ALICIA YANEZ COSSIO - BRUNA, SOROCHE Y LOS TÍOS

PRÓLOGO

Bruna optó por callarse, como siempre, y no insistir más. Había venido de una ciudad, había caminado por sus calles, visto sus iglesias de oro con sus campanarios que se perdían en las nubes, caminado por sus plazas, en una de las cuales se levantaba la estatua de su bisabuelo que, siendo obispo, tuvo doscientos cuarenta y cinco hijos. Había vivido en la vieja casa de los abuelos donde aprendió a ver la vida desde un ángulo diferente. Conocía la historia de los habitantes y la historia de quienes fundaron e hicieron la ciudad, pero cuando se refería a ella la gente preguntaba:

—¿Cuál ciudad?

—¿Dónde está?

Y como era difícil, humanamente imposible explicar lo inexplicable, optó por el silencio.

La gente no podía entender lo que había sucedido, era doloroso explicar ciertos detalles por lo cual Bruna concluyó por no decir palabra:

—¿De dónde vienes?

—De cualquier parte.

—¿Pero, de cuál?

—De allí... del sur.

Con el paso del tiempo, el silencio le dio cierta superioridad sobre la gente, era como si ella estuviera de Por vida encaramada encima de una torre y dijera a la humanidad que estaba a sus pies:

"Tengo un secreto que sólo yo sé"

Después de abandonar la ciudad aquella, todo se solucionó con una facilidad aterradora. Tenía va veinte años y no tenía pasado...

—¿Cuántos años tienes?

— Veinte. ¿Y tú?

—Más o menos lo mismo...

—Entonces, vamos...

—¿A dónde?

—Hacia el norte.

Era absolutamente libre sobre la faz de la tierra, de manera que quemó las naves de su timidez y se decidió por el "auto stop" con todas sus dificultades y consecuencias.

Bruna se sentía feliz, tenía unos ojos que podían proyectarse hacia el futuro y el don de reírse de sí misma y de las cosas.

— Eres feliz?

—Si... Creo que sí...

—Entonces vamos.

—¿A dónde?

—AL este.

Le gustaba viajar por el mundo, hacer incursiones por su organismo montada en un leucocito, estacionándose di las vísceras de su corazón, en las membranas de su cerebro, en las telarañas de su insomnio.

Se sentía feliz cuando estaba lejos de la ciudad con sus costumbres, habitantes y prejuicios que mantenía su independencia encarcelada.

Le atraía la vida nueva, aunque fuera peor de la que dejaba. Amaba conocer otros lugares, aunque tuviera que pasar dificultades. Las dificultades de los viajes casi siempre obedecían a causas económicas por el temor de extralimitarse en los grandes hoteles, donde se sentía tan a gusto, como si hubiera nacido con la misión de disfrutar de la vida. Donde nadie se enteraba de quién era, de dónde venía y a dónde iba. Si era duende, princesa o gnomo, ecuatoriana, rusa o italiana. Descubrió que las horas y los horarios carecían de importancia y la comodidad de sentarse en las manillas del reloj como si fueran un sillón, sin horarios de comida, ni horas de levantarse o acostarse.

—¿Qué hora es?

—No sé... tal vez las cinco.

—Si, las cinco de la mañana, o de la tarde, o del jueves, o sábado, o domingo.

La noción del tiempo, accidentes y modos del verbo vivir podían desaparecer para conjugarse sólo en el presente. La libertad plena y lo más amable era mirar un paisaje por un ventanal que parecía colocado, exprofeso, para mirarse allí, a esa hora. Las calles con el ir y venir de las gentes con sus afanes de hormigas, con el pasar de los carros que parecían juguetes a los que se les había dado cuerda por el placer de mantenerlos en movimiento, estaban allí, para que una persona con las posibilidades de Bruna los mirara y disfrutara de su presencia real.

—¿A dónde va la gente?

—No va, viene...

—-¿De dónde viene tanta gente?

—No vienen, van...

Aprendió el placer de darse a la humanidad, conversar con la gente que estaba de viaje, como ella. Hablar de temas importantes o minúsculos: política, vestidos, enfermedades, arte, sombreros, libros. Sentir el atractivo de comunicarse, correr los entretelones de las almas y asomarse a los mundos espirituales que eran más interesantes que tos mundos siderales porque eran generosos, amables, superiores o mezquinos, obtusos o ruines, mirados desde su punto de vista o al de los otros.

—¿Ya llegó el primer hombre a la luna?

—Sí, ya llegó... pero "él" se fue y aún no ha vuelto...

Conversar con la gente era un placer inexplorado. Bruna gozaba analizando los ojos que se adelantaban a la palabra. Las manos que desmentían lo dicho por los labios. El rubor inesperado que nacía de los poros de la piel, y se subía por las sienes, y se concentraba en los pómulos, y su verdadero sentido era completado gestos que equivalían a puntos suspensivos:

—Pásame la...

—Yo sé qué...

—Tienes una...

—Era así...

Disfrutaba oyendo los sonidos que no llegaban a articularse por la laringe porque de repente se cerraban las puertas interiores, sin que por eso se perdiera la posibilidad de penetrar en la psiquis ajena por cualquier parte, por las raíces del cabello:

—No, no es rubia, se pinta.

Por las uñas de los dedos:

—Trabaja mucho.

Por los escotes:

—NO0, no es casada, pero...

O por los tejidos de las medias:

—Trata de disimular, pero está en quiebra.

Aprendió a conocer la grandeza y la miseria de un mundo que era diferente en cada lugar y a cada hora y conoció seres humanos con un conocimiento pleno y sin reservas obtenido a través de su voluntad, de las palabras, de los cuerpos y de las acciones.

—¿Me conoces?

—SÍ.

—Pero, a fondo, como... en la Biblia...

Le gustaba los grandes hoteles donde todo tenía su precio: el aire que penetraba en los pulmones dosificado por el aleteo de la nariz ávida, y que no era del todo fresco. Las alfombras que se hundían bajo el peso de los cuerpos con el volumen de memoria y de pensamientos. Los cristales, el olor, el color, la luz del crepúsculo que se veía a través de las ventanas, las personas que están allí valorizando mutuamente el lugar mientras podían mantener una economía que les permitiera estar allí.

Cuando el dinero se agotaba debía ir en busca de lugares más baratos, pero Bruna no podía liberarse del terror de los míseros hoteluchos donde, de pronto, a media noche — que es la hora precisa para los pensamientos inoportunos— le acometía la certeza que las sábanas no habían sido

cambiadas por economía, lo que equivalía a dormir con un desconocido, sin atinar ni poder precisar de qué sexo, de qué país, de qué creencias e ideología, ni de qué idioma.

—¿Quién habrá dormido aquí?

—Un hombre, una mujer...

—Tal vez un chino, hay papelitos de olor por todos lados.

Y sentía con la certeza de las cosas que se sienten a esas horas que un germen, un microbio, un espermatozoide, adquirían proporciones gigantescas, hacían presa de su cuerpo y la devoraban, la domeñaban, la desaparecían de la cama, del cuarto, de la tierra, del recuerdo.

Entonces Bruna se levantaba con la boca amarga sintiendo entre los dientes los bordes de su propio hígado, y el corazón agitado como si lo tuviera cogido entre los dedos. Se bañaba, si había agua, y la dejaba correr por su piel en arroyuelos verticales que se llevaban en su corriente los malos pensamientos y la tristeza. Se sentaba en un sillón, si había tal mueble en el cuarto, y pasaba las noches leyendo un libro, si tenía un libro a mano, y si no, sumida en sus pensamientos que eran los que ella hubiera querido tener en su mente, desechando los que la colocaban en los intersticios de lo intocable sin venir al caso, y por otro lado sin poder lograrlo porque su mente era un vehículo en el cual se embarcaba rumbo a lo desconocido y desconcertante que eran los linderos de la ciudad lejana.

—¿Qué lees?

—-Un libro.

—¿Cuál es?

—La Comedia Humana.

—¿De Balzac?

—No, de Saroyan.

Esperaba la llegada del día y las horas se le hacían largas como si tuvieran una cola de frío y de niebla que no terminara de pasar y que frenaran la salida del sol y los actos cotidianos y mecánicos de las gentes. La espera era larga.

—Anoche no dormí...

—Yo, tampoco.

—¿Qué hiciste?

—Nada... ¿y tú?

—Nada, tampoco...

El mundo se había reducido al cuarto del hotel y aunque había otros seres con las mismas angustias y las mismas apetencias, debían permanecer en quietud, con las puertas cerradas. El hombre de la calle había muerto, eran las horas que desde tiempos inmemorables estaban destinadas al descanso y nada podía hacer sino esperar.

Bruna esperaba soñando en la posibilidad de que crearan sitios acogedores y amables donde pudieran reunirse los que padecieran la enfermedad del insomnio.

—No duermo.

—Yo, tampoco.

—Padezco de insomnio.

—Yo, también.

—Qué haces?

—Cuento ovejas.

—Resulta?

—No.

—¡Caramba!

—¡Toda una noche!

Desde que salió de la ciudad padecía de insomnio y las casi ocho horas diarias destinadas al descanso se habían perdido. Si en el mejor de los casos lograba dormirse soñaba en cosas inútiles, carentes de realidad y de interés; en cosas que ella no se había propuesto ni deseado y que luego se olvidaba y no volvían a le mente, y que si volvían jugaban una mala pasada por que no habían sido previstas.

—Anoche tuve un sueño.

— ¿Sí? ¿Qué soñaste?

—Que me perseguían coles disfrazadas de lechugas.

— ¡No!

Pero era preferible sumirse en el mundo de lo caótico y no desvelarse porque al día siguiente sobraba el pie derecho, o le aparecía a Bruna una nueva pierna con la cual debía aprender a caminar, o las ojeras le, endurecían las pupilas. La luz le arañaba los ojos y mantenía los párpados bajos para sumirse en la penumbra y no tropezar con las cosas, con las palabras, con las ideas, las fechas, y los parentescos, confundiendo todo como si acabara de nacer, y como si llevara el colchón a cuestas.

—¿Qué día es hoy?

—¿En qué año estamos?

—¿Hija de quién soy?

—¿Cómo me llaman?

Vivía la vida que siempre quiso llevar caminando de un lado a otro, buscando países, gentes diferentes, maneras de vivir encaminadas hacia otros tópicos no tocados con sus manos, sintiendo que, en el amanecer de cada día algo insólito, que el tiempo era el único enigma sin solución posible, que lo visto y sentido ayer, no era lo visto y sentido hoy, ni mañana. Que el mañana era por demás efímero y que no era suficiente la existencia

para tocar, sentir y coger tantas cosas, tantos cuerpos, tantas ilusiones. Quería estar metida dentro de todas las situaciones con los cinco sentidos, con el principio vital bien arraigado en su cuerpo para asistir al espectáculo que cada vez nacía, y que parecía creado en ese mismo instante para ella sola, ya que ella sola sobre la faz de la tierra sabía el secreto de la ciudad dormida.

—Yo soy.

—¿Qué?

—Yo misma.

—¿Yo misma qué...?

—Yo soy, ahora...

— ¿Ahora qué?

—Yo.

Al recordar la casa de los abuelos no podían borrarse de su mente las manchas de humedad que se insinuaban en las paredes del hotel, haciendo resaltar el color primitivo de la pintura. Había manchas de humedad en la pared que daban al cuarto de baño, y las manchas de humedad olían a una auténtica tristeza, la de saber que algún día todo había de terminar con una prisa desmedida. Por un momento le pareció que la habitación del hotel con su ventana, tan alta, era la misma habitación que fue de Alvarito Catovil cuando el peso de la alfombra que tejía, hizo que el piso se hundiera dejando la ventana inutilizada para mirar a la calle...

La vieja casa de los abuelos encerraba todo un mundo donde estaba involucrada la esencia de Bruna. Valía la pena recordarla año tras año. Recordar los personajes que la habitaron, con todas sus lágrimas vertidas, con los momentos plácidos que, a través del tiempo, marcaban hitos. Recordarles con todas sus ilusiones que ya no eran tales porque habían adquirido consistencia, o se habían esfumado del todo. Recordarles con sus heroísmos y ridiculeces que en el presente tenían un valor invertido y diferente.

—Tu abuelo fue un hombre muy importante.

—¡Bah, pamplinas!

—¿Qué dices?

—Mi abuelo fue un papanatas.

En la casa estuvieron los suspiros de María Illacatu. La banqueta de tres pies donde se sentó a tejer la alfombra el inocente de Alvarito... El gran montón de espadas herrumbadas que fueron de los hijos del obispo... La caja rústica de cedro donde llegaron las monedas de oro de María 23... Las sillas paticojas de madera labrada y de brocado de raso donde se sentaron los admiradores de Camelia Llorosa... La garrafa de aguardiente para desenterrar el tesoro... La primera máquina sumadora que llegó a la ciudad... La botella donde se ponía el agua de higuera negra para contrarrestar las brujerías...

El problema del tiempo lo enredaba todo, había una gran confusión por saber quiénes fueron los nietos y quiénes fueron los abuelos:

—Tu abuelo fue muy rico.

—¿No fue mi tatarabuelo...?

—Creo que sí... no se... estoy confundida...

Bruna no podía precisar el tiempo que en realidad habían vivido sobre la tierra, ya que, mientras unos vivieron hasta los cien años, en realidad de verdad, no habían pasado la época en que les cantaban nanas para que los niños se durmieran tranquilos:

—Cuentan que Alvarito Catovil se hacía pis en la cama hasta cerca de los sesenta años...

Otros habían vivido no más de veinte años, y gracias a su corazón eran viejos, cumplieron su función sobre la tierra, pagaron con creces el don de la vida: sacudieron, remendaron y voltearon su corazón de tal manera que, cuando se empezaba a hablar de ellos, su presencia y su prestigio se mantenía a lo largo de las generaciones y parecía que vivían todavía.

—Me parece estarlo viendo con su barbita puntiaguda y su bastón...

—¿A quién? —A tu pobre abuelo Francisco.

Algunos personajes que habitaron en la casa de los abuelos habían vivido con tal intensidad, que el hecho de comerse un pan era toda una historia: pusieron los cinco sentidos en el acto cotidiano y sintieron la harina, la sal, la levadura, el calor de las manos que golpearon la masa, la temperatura del horno, el golpe del pan al caer en la cesta del panadero. En tanto que los otros, repitieron los mismos actos orgánicos y anodinos durante todos los días de su vida hasta que se murieron. Algunos de los primeros se embarcaron en la duda, cogieron al vuelo un pedazo de desesperación y llegaron hasta los infiernos, o se sentaron con Dios a jugar una partida de naipes, barajándose el alma cortada en pedacitos.

— ¡Qué fastidio de la vida!

—¡Calla, no tientes a Dios!

—Cualquier rato me doy un tiro...

—¡Aaah! ¡No blasfemes!

Los que habían vencido al tiempo en la ciudad dormida, y destruido los relojes, y vencido al absurdo mecanismo de los convencionalismos, y habían sobrepasado las posibilidades humanas sin que por eso se hubieran sentido satisfechos, eran muy pocos. Ellos llevaban la marca de una divinidad desconocida. Bruna se parecía a ellos. Descendía de una raza que hubo de desaparecer con sus casas, sus gentes, sus prejuicios y sus ritos equivocados.

—Tu mamá iba a misa todos los días...

—Pero yo no.

—Tu abuela era santa...

—Tal vez, pero yo no.

—En mis tiempos eso no se hacía...

—Ahora, lo hago yo.

I

El pasado de Bruna estuvo ligado a tres tíos abuelos que habitaron la vieja casa. Los tres fueron locos de remate, locura que, a su vez, la heredaron de otros antepasados.

—Es una loca.

—De tal palo, tal astilla.

—Nunca hubiera creído que...

—Eso y mucho más... Le viene de familia...

En el amorfo montón de seres que habitaron en la ciudad, los antepasados de Bruna sobresalieron con las proporciones de los espantapájaros sobre las eras. Fue una progenie de maniáticos. Las aberraciones y rarezas nutrieron sus vidas y sofocaron las de quienes debieron vivir a su lado. Muchos fueron considerados como grandes personajes: se escribieron tratados sobre sus vidas y sus obras. Pero cuando fueron pasados por el tamiz de la verdad y por el crisol del tiempo, cuando sus acciones fueron colocadas en el platillo de lo absoluto, dejaron inmóvil el fiel de la balanza. La risa, el llanto, los vacilantes, o los seguros pasos sobre la tierra, el tic tac del corazón, las palabras, las miradas, los pensamientos, no sumaron nada...

—"Qué se hizo el Rey Don Juan Los infantes de Aragón Qué se hicieron?...”

La casa de los abuelos de Bruna estaba junto a otras casas que hacían la ciudad. La ciudad se había quedado dormida porque la construyeron en el sitio justo en que los vientos cambiaban de dirección, porque aún ellos trataban de liberarse de la influencia del soroche.

La gente de la ciudad tomaba pastillas contra el soroche, y cuando las pastillas se agotaban, la enfermedad se manifestaba haciendo que la gente permaneciera sentada indefinidamente. La indiferencia se apoderaba de ellos, se aferraban al pasado porque las manos temblaban, y el rasado era lo que más a mano encontraban en su estado de ostracismo. Dejaban de sentir muchas sensaciones. La pereza venía a sentarse en sus rodillas, dejaba caer los brazos hacia la tierra hasta que los dedos de las manos so transmutaban en raíces, la tristeza recóndita afloraba a los ojos, la respiración se cambiaba en entrecortados suspiros, y se ponían en estado de coma, cuando la novedad se colaba a través de la lluvia o de los vientos contrarios. Se producían vértigos durante los cuales nadie atinaba a encontrar el sitio en que habían dejado la cabeza, ni el lugar donde estaba el cajoncito con las ideas y los recuerdos.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Nada...

—Ah, sí... Pero, ya no me acuerdo

Las diferencias entre la ciudad y lo que estaba tras de las montañas, se imponía a gritos, pero nadie escuchaba. A veces, no era tanto la distancia;

bastaba una hora de avión para hallar otro mundo. La ciudad era única. Rodeada de montañas nevadas y de otros vapores, se había hecho inaccesible. La imposición de un coloniaje brutal y desenfrenado, la tristeza congénita, el buscar el cajón de las ideas entre los trastos viejos y apolillados de los desvanes, los ojos que siempre estaban bizqueando para mirar hacia atrás, habían hecho de los habitantes de la ciudad seres decapitados. Pero, sin embargo, ellos se sentían seguros porque les habían dicho que en otras partes del planeta había gente que estaba loca por efecto de la prisa. Decían que la muerte andaba en vespa pisando los talones de los mortales.

—Dicen que un tren eléctrico se ha descarrilado y que llevaba mil pasajeros!

—¡Claro! ¡Allá ellos! ¿Quién les manda tratar de cambiar el cerebro humano de un maquinista, con una bujía? Esas son las consecuencias y el pecado del materialismo...

II

Bruna descendía de una raza desleal a la que todavía le dolía y empequeñecía el mestizaje, con un dolor y un complejo de pecado original.

—Nosotros no tenemos ni pizca de indio. —Nosotros, tampoco.

—-En cambio... ellos sí.

—Basta con verles el color de la cara.

— Aquí todos nos conocemos.

Bruna pensaba en la inmensa mayoría de gentes que habitaban en la ciudad y que silenciaban a sus abuelos cuando estos no tenían un apellido ilustre, un apellido sobre el cual se podían reconstruir a su gusto un pasado brillante, cuyos fuegos fatuos les dieran realce a través de una historia fraguada en las tertulias caseras.

—-De qué García son ustedes?

—-De los primeros que vinieron a América.

—-¿De cuáles?

—-De los fundadores, por supuesto.

—¿De los de García Moreno?

—¡Sí, claro, de esos mismos! Nuestro bisabuelo era casado con...

Los mismos parientes de Bruna se avergonzaban de sus tíos locos y trataban de desvirtuar sus manías con relatos que iban cambiando de sentido y de circunstancias, gracias al gusto de cada generación, como si los muertos fueran los frutos mal habidos de los vivos. Se hacía un incómodo silencio sobre las faltas de los antecesores cuando estas eran tan

evidentes que se hallaban registradas en las páginas de un libro, o lo que es peor, en las mentes de toda una generación.

—-¿Quién fue éste?

—Creo que un pariente.

—-Mi tío abuelo? ¿El loco de los fósforos?

—Él era un pariente lejano, lejano, casi nada para nosotros.

Las violencias, las traiciones, los borrascosos episodios herían la sensibilidad de los presentes cuando debían cargar con el imaginario equipaje de los supuestos pecados de los que habían muerto. Se hacían esfuerzos inauditos para dotar a los humildes y a los pobres de un rango y un abolengo que nunca tuvieron, ni soñaron tener, porque tal vez en vida les hubiera pesado como un fardo demasiado denso para sus hombros:

—-Es cierto que mi abuelito cavaba papas?

—¡Qué tontería! Eso harían los indios de su hacienda. —_Qué hacienda?

— Una... que tenía.

—¿Dónde?

—Por ahí...

Se escondían con prisa los amarillos daguerrotipos donde aparecía un pedazo del tronco común vestido con un trajecillo mezquino que indicaba pobreza, o con los rasgos imborrables de la raza maldita y escarnecida.

—-De quién es esta foto?

—-No sé. Tal vez, de un criado...

—Pero, aquí está nuestro apellido...

—¿Ah, sí? Entonces es tu abuelo. Pero él está disfrazado así por día de inocentes.

—Parece un indio...

—No, no, él era muy blanco. Aquí está maquillado... En ese tiempo la gente sabía divertirse mejor que ahora.

— ¡Regálame la foto del abuelito!

—No, no ¡Imposible! ¡Deja eso'

Pero sin embargo no tenían el valor de romper la vieja cartulina porque un temor supersticioso se los impedía. Una mano invisible había cambiado la nariz del abuelo por la suya, y temían que, al romper la foto, la propia nariz sangrara entre los desperdicios de la basura. Por eso conservaban la foto en el fondo del armario, bajo llave, pero temiendo que en un momento dado adquiriera vida el maltrecho abuelo, y saliera en el momento inoportuno, como los sueños malos, o los pensamientos indebidos, a decir la verdad acerca de un apellido, o de una fecha, o bien a reclamar su nariz. Hasta que un día, por fin, se armaban de valor inaudito y haciendo mil pedazos la foto,

se sentían liberados y adquirían, como por arte de magia, el rango y el prestigio que desesperadamente estaban deseando.

Los niños espiaban anhelantes el momento de descuido para abrir el armario y liberar al empolvado abuelo que, desde el más allá de su ignominia les sonreía y les contaba cuentos y verdades acerca de los tiempos y de las narices. Pero los niños crecían, y apenas aprendían el significado de la palabra "apellido", daban otra vuelta a la llave del armario y se olvidaban del abuelo.

Bruna se burlaba de quienes ostentaban un apellido ilustre que no les llegaba por la vía normal del "creced y multiplicaos", sino a través de las historias tortuosas y degeneradas de un abuelito obispo. Pero como el abuelo había tenido alcurnia, nadie se avergonzaba de los pasos mal dados, y como las fechas se trastocaban, siempre el resultado era el mismo: el abuelito había enviudado de una muerta inexistente y para rogar por el eterno descanso del alma de la no muerta, se había hecho obispo de la noche a la mañana, con el convencimiento y el beneplácito de las presentes y futuras generaciones.

—Y cómo siendo obispo tuvo hijos?...

—Eso fue antes, muchos años antes. Tuvo el heroísmo de vencer los placeres mundanos y de consagrarse a Dios.

Todos los habitantes de la ciudad tenían un árbol genealógico; podían, además darse el lujo de podarlo y de reparlo de tarde en tarde. Una vez, uno de ellos encontró un pájaro entre las ramas del árbol. El pájaro tenia título nobiliario y él lo aceptó gustoso, y desde entonces, puso la cascara de su huevo en el escudo que estaba sobre el dintel de la puerta de su casa solariega. (Las casas para ser casas, debían ser solariegas). Pero cuando aparecía un indio con poncho y alpargatas, aunque el indio estuviera dotado de valor, lealtad, hombría, podaban la rama del árbol y el indio caía a tierra y servía de abono...

— ¡Te llamas Juan Espejo! ¿No serás, acaso, descendiente de lo mejor que tenemos: Eugenio Espejo...?

— ¡No, que va! Ese Espejo era indio y se llamaba Chugshi. Robo el apellido.

Nosotros somos de los...

Bruna, ante el escándalo de los parientes que la creían loca, se firmaba con el apellido original de la que fue su abuela india. Su actitud, más que descaro, obedecía a que sabían de memoria la historia de la ciudad y había descubierto la historia de su familia y le parecía pueril y absurdo tapar con una mentira tan convencional la verdad que estaba a la vista de cualquier persona, que, como ella, se hubiera dado una vuelta por los silenciosos y sorprendentes caminos de los archivos.

—¿De dónde sacas lo de Illacatu...?

—-De los archivos. Yo sé que soy Illacatu y no Catovil.

La historia de su apellido fue una historia bastante común en ese entonces: un hombre de más allá de los mares, sediento de aventuras y de oro — porque fueron ellos los que realizaron la hazaña del coloniaje, y vinieron

amparados por unas leyes que se cayeron al mar y se ahogaron— se unió con una india. Ella era la hija de un cacique dueño de montones de oro y de esmeraldas. El hombre blanco vio el cielo abierto... Hombres como aquel forjaron y alimentaron, a través de los siglos, la leyenda de El Dorado y la propagaron por el mundo despertando las codicias que desde los tiempos de Alí Baba estaban latentes. El nombre de la india fue el de María Illacatu.

—Y o te bautizo, Yahuma, con el nombre de María. En el nombre del Padre, del Hijo y del...

Y se llamó María desde el momento que sobre su cabeza agachada derramaron agua y lavaron con ella las ideas del Padre Sol, enfriándole el corazón que estaba tibio por el fuego de sus rayos, y le hablaron de un dios desconocido que solía enojarse con más frecuencia de lo debido:

—Idólatra! ¡Dios te va a castigar! ¡Te vas a 1r al infierno! ¡Te vas a condenar!

---¿…?

Poco a poco le crearon en los oídos un dualismo de voces que terminaron por dejarla sorda a las palabras que se oyen sin que salgan de los labios. María Illacatu dejó de oír las voces que sonaban en la penumbra, en la sonrisa, en el llanto contenido, entre las hojas de maíz, en el fondo de loa ojos. Se quedó sola, con una soledad poblada de preguntas sin respuestas que se erguían con la firmeza de las serpientes en acecho. Con una soledad plagada de gritos desesperados que morían sin hallar eco y raspaban la epidermis como el canto de los grillos.

—Dios salve a María todita llena gracia, Señor contigo, tu vientre Jesús. Amén.

Padre que estás sentado en cielo tu nombre contigo. Danos pan todos los días. Haga tu voluntad. Pan de cada día. Perdona deuda de nuestra muerte amén".

Los hijos de María Illacatu fueron más hijos del padre que de la madre. Tuvieron conciencia del prestigio que les daba el oro tan fácilmente conseguido y se cambiaron el inocuo García a Villacatu:

— Aquí en España todo el mundo es García...

—Es un nombre de hidalgos...

—A nosotros nos llaman Villacatu. Nuestra madre era de sangre real.

Ellos crecieron en la tierra del padre, y el hecho de ser indianos les rodeó en la mínima aldea de un halo de dignidad que los acompañaba en los actos más ocultos y anodinos.

Los hijos de éstos crecieron en la tierra de la madre, y por lo tanto, maldijeron el día que sus padres se cambiaron de apellido. En la tierra donde vivían todo estaba por hacerse, entonces adoptaron la denominación de Villa-Cató, y a su vez, los hijos de los VillaCató zanjaron la debatida cuestión del abolengo llamándose Catovil.

—Villacatu es indio, quichua puro...

—Somos dueños de seis villas.

—Villa-Cató, no suena mal...

—¡Suena mejor Catovil!

—¡Eso es! ¡Qué alivio, perdimos el Villacatu!

Así se perdió toda referencia a la abuela india, hasta que Bruna hizo su entrada en el mundo de su propia vida cogida de la mano de la vieja mama Chana, y años más tarde, en el mundo terrible e insospechado de los archivos donde los borrones y las suplantaciones estaban hechas con tanto descaro, que eran lo primero que se veía al abrir los empolvados libros.

—Aquí están los legajos. Tenga cuidado. Están hechos polvo. El tiempo y la humedad...

Bruna se estremeció al descubrir su propia raíz; no hija de sus padres, ni nieta de sus abuelos, ni sobrina sus tíos. Era un ser en el aire.

—Por fin! Encontré lo que buscaba...

—-¿Qué, señorita?

—Algo acerca de mis antepasados...

—Eso buscan muchos.

—¡Hay un nombre tachado... y está otro escrito, encima, con otra letra y otra tinta...!

—Sí, es verdad. Es una enmienda muy, muy posterior...

—¿Tal vez después de un siglo?

—Tal vez, tal vez...

Desde que escribió junto a su nombre el apellido que en realidad le correspondía, sintió que sus pisadas en el mundo tenían más firmeza. Que no era un pájaro alocado volando a ras de tierra, como una hoja desprendida de cualquier árbol, sino un ser concreto. Descubrió el porqué de sus secretas rebeldías y se trazó su propia ruta como el único capitán de su propia nave: podía tener un árbol genealógico y olvidarse que lo tenía. Podía recostarse a dormir a su sombra sin que se le cayeran las hojas, ni se doblaran las ramas. Era un árbol que se nutría de sangre, y a la vez, ella era la rama que se proyectaba hacia arriba:

—¡Yo tengo sangre india!

—-¿Estás loca...?

— Mama Chana me ha contado que...

—Y a te he dicho que no hables con sirvientes.

—He visto en los archivos lo de mi tatarabuela india...

— ¡Jesús! ¡Qué disparates!

La familia de Bruna conservaba como un tesoro —sin saber quién era— el retrato de la abuela india. Estaba vestida como una gran dama a raíz de su

desdichado matrimonio. Quien hizo el cuadro, la pintó tal como era. Pero, influido por los convencionalismos de la época, le quitó la piel que tenía, y así, desollada, la puso en carne viva la piel que le prestó el marido para que posara. María Illacatu perdió la piel cobriza en el lienzo con el mismo estoicismo con que perdió su razón de existir. Su cara, su cuello, sus brazos tenían un color blanco, lechoso, irreal, como si hubieran sido sometidos a una cirugía estética por los novatos en trasplantes de piel de la ciudad. Era la imagen de lo que quisieron que ella hubiera sido.

—Esta fue tu tatarabuela...

—¡Mentira! ¡Mi tatarabuela fue india!

—Pero, ¿no estás viendo que ella no es india?

—No será ella...

El hombre que pintó el cuadro fue un artista extraordinario, plasmó en la tela el dolor y la melancolía de la modelo: tenía una expresión sobrehumana. Un tinte gris azulado rodeaba la figura dándole un fondo de soledad, como si fuera un ser transportado. Se la veía sola, única en la tierra, abandonada de todos, vigía de su propio dolor, mástil de su asombro ilimitado, clavada de raíz como un signo de admiración que hubiera tirado el padre sol desde lo alto. En sus ojos orientales se veía la masacre de toda una civilización, a la que arrancaron de cuajo lo mejor que tenía, y a la que ahondaron y perfeccionaron en sus vicios para dominarla sin remordimientos.

—A mi tatarabuela se la ve triste...

—Pero luce elegante.

—Parece que fuera a llorar...

—Tonterías! Las mujeres de esa época no tenían los melindres románticos de las mujeres de ahora.

Su mano izquierda suavemente apoyada en el respaldo de la silla, que lucía como un mueble inservible, engañaba al espectador inexperto y ajeno a la historia de la india. Con la otra mano sostenía un abanico semiabierto que más bien era un arma por la tensión con que lo agarraba. Un abanico en sus manos eran tan absurdo, que a pesar de verse lo que era, había que preguntarse para qué lo tenía. Las venas azuladas del puño derecho demostraban una rebeldía soterrada, una audacia en potencia, de quien era casi una niña por la edad y el abandono en que la hicieron vivir. Era pequeña, delicada, como una planta exótica trasplantada a un jardín de lujo y alimentada por vitaminas.

—¿No es verdad, Mama Chana, que mi abuela parece que fuera a pegar a alguien con su abanico?

—Sí, hija, sí, ella hubiera querido pegarle al sinvergüenza de su marido.

—¿A mi abuelo...? ¿Acaso él, era malo...?

—Era perverso... Calla, calla, tus tías pueden oír.

María Illacatu había sucumbido mucho tiempo antes de que le hicieran el retrato. No resistió al trágico proceso de trasplante y de adaptación al mundo de los blancos. Sus costumbres heredadas de siglos y afincadas a la tierra con un señorío de raza, debían borrarse de la noche a la mañana como si fueran estigmas.

—A la india hay que ponerle corsé para que pose.

—Y, ¿vas a gastar tanto dinero en hacerle una pintura...?

—Para que mis nietos no digan que...

— ¡Ah, sí, comprendo!

Los pensamientos de María Illacatu debían cambiar de rumbo, debía producirse un bombardeo de ideas en el cerebro para destruir las palabras, e ir de la sencillez al caos. Los sentimientos debían desecharse como vestidos viejos Debía lavarse el corazón en agua salmuera para que el amor se hiciera odio. Y todo este cambio que debía hacerse para poder vivir la mísera existencia cotidiana, debía hacerse sin entenderlo, sin una explicación.

—La india es preciosa, pero bruta.

—Hay que domarla como a las yeguas salvajes. Tiene que acostumbrarse a usar chapines y medias de seda.

No hubo la mano que se tendiera para ayudarla a dar el paso hacia el vacío, debía hacerse todo por la razón de la fuerza, sin saber el cómo, ni el por qué, ni el para qué...

—No se les puede querer, porque son indios.

—Hay que tratarles duro, para que aprendan.

Adaptación infinitamente difícil, casi sobrehumana, que sólo lograron los ineptos y los serviles.

—-El Puma no quiere ser mitayo.

—¡Látigo, hasta que quiera!

—¡El Amaluisa se ha escapado!

— ¡Que le busquen con los perros!

Adaptación imposible que sobreviviría a los siglos dando por resultado generaciones de seres que vivirían de aquí para allá, como briznas de paja, y que no se borraría de la faz de la tierra hasta que el último aborigen no adoptara un estuche para su pie, un vestido para el trabajo y otro para el descanso, un pan que no tuviera la sal ácida del sudor, una alegría en sus diarias madrugadas, una respuesta a las preguntas que crecían como cardos en el horizonte estrecho de sus negros pensamientos.

María Illacatu fue una adorable criatura petrificada en el medio de dos culturas que ni siquiera lucharon entre sí, porque se desconocieron siempre.

— Allá los indios. Aquí los blancos.

A veces, ellos mismos se quedaban en la encrucijada, en la masacre y en la emboscada, boquiabiertos, porque no sabían si debían matar al enemigo o golpearse la cabeza entre las piedras para matar las ideas que llevaban dentro, y que eran las promotoras de sus actos y por las cuales cogían el arcabús, el cuchillo, la espada, el palo...

María Illacatu murió unos años antes de que las miradas curiosas de las nobles criollas que envidiaban su belleza y su fortuna la mataran. Murió el mismo día en que, un grupo de aventureros de más allá de los mares y de las montañas, la descubriera a ella, al seguir la pista de la ciudad de "El Dorado".

Un grupo de hombres barbados con espadas, corazas y corazones de acero, andaba perdido por los precipicios y desfiladeros de un lugar donde no se podía entrar, ni salir, porque un demonio se complacía en empujarlos hacia el corazón de la montaña. El corazón de la montaña era el último reducto de un viejo cacique que esperaba el fin de sus días, sentado en cuclillas sobre la pena de unas noticias. El cacique tenía una hija que sería la esposa del sol. Pero cuando los aventureros la encontraron, el sol se eclipsó y María Illacatu dejó su alma prendida en la punta del árbol más alto. Sus ojos se quedaron mirando la sombra que tapó al astro, y se dejó conducir, porque estaba ciega, por quien sería su dueño y su verdugo, hacia la niebla que envolvía una ciudad lejana.

Una recua de llamingos cargados de oro y de esmeraldas fue marcando el camino de María Illacatu por los desfiladeros que nunca más volverían a ser visibles, ni visitados por ningún ser humano. Al pasar la sombra de la ñusta con sus carceleros, con su fortuna de oro y su dolor, sus hermanos indios fueron cortando las lianas que sostenían los vacilantes puentes de bejucos, con la misma saña con que los desesperados se cortan las venas de sus pulsos. Obstinado el paso de los angostos caminos con grandes rocas que las hacían rodar desde las cimas, para que los genios del mal no regresaran nunca y para que el caserío desapareciera entre los humus vegetales y las entrañas de la geología. Pero nunca olvidarían las lágrimas de la hermosa jovencita que fue robada por los extranjeros.

Fue un viaje hacia la muerte. El camino se iba alargando cada vez más, como si fuera de goma. Iba inventando curvas en las montañas que antes no existían, pasando tres y cuatro veces por los mismos lugares. Iban subiendo y bajando de cima a sima, confundiendo las nubes con el agua crujiente de los ríos.

Mordidos por el frío, vomitados por el calor, la caravana iba nutriendo generaciones de mosquitos que se quedaban borrachos con el sabor de la sangre desconocida. Las osamentas do hombres y animales se quedaban blanqueando en el camino y eran zarandeadas por el pico violento de los gallinazos. Iban horadando las rocas de oraciones y salpicando el viento de blasfemias.

Y hubieran seguido caminando por siglos y siglos, si María Illacatu no hubiera sentido que en sus entrañas se estaba gestando un ciclón que debía salir al mundo transformado en ser humano: con un brazo de blanco y otro de indio, con una pierna de chasqui y otra de hijodalgo, con un corazón que equivocaba el ritmo porque la sangre se licuaba o se coagulaba en el asombro de las venas, con un ojo que tenía una niña de maíz y otra de trigo.

—¡La india va a dar a luz!

—No importa... Ya llegamos.

—El capitán no quiere que digamos "india"...

Mana Illacatu contó el secreto de su maternidad al camino y el camino se apiadó de ella cortándose de repente y deteniéndose en los ejidos de la ciudad que abría sus ventanas para ver la caravana que llegaba. Nadie se dio cuenta de cómo la tierra se corrió a las quebradas y las montañas, se retiraron. El camino se contrajo: diez árboles entraron dentro de uno. Los pájaros cayeron muertos de vejez y los huevos acabados de poner, se hicieron alas. María Illacatu vio la ciudad dormida y no se asombró, porque el asombra se le quedó junto al alma que dejó colgada en las ramas del árbol.

Aprendió el idioma de los blancos pero se negó a hablarlo, las palabras le nacían en la garganta con un significado diferente. Al sentirse el blanco de las miradas de los habitantes, tenía la impresión de que mil suelas de zapatos estaban hollando la piel de su cara, tal era la sensación de desprecio que intuía, y a pesar de que sabía significado de las nuevas palabras, jamás las diría: era pequeño desquite...

—“No se dice "huasi” sino: ca-sa. No se dice: "alpa", sino: tie-rra. No se dice: "rumi"”, sino: piedra. No se dice "cari", sino: hom-bre. No se dice: "huarmi”, sino: mujer. No se dice "tanda", sino: pan. No se dice: "ashcu” sino: pe-rro. No se dice: “misi” sino: ga-to. No se dice, no se dice, no se dice...

Mientras el marido hacía construir la casa de tres pisos, ella permanecía horas enteras sentada en la huerta, a la sombra de un recuerdo arrancado, mirando el oscuro fondo del pozo donde siempre creyó encontrar una mirada amiga. Más tarde sus descendientes confundirían esa mirada con el reflejo maligno de la pupila del diablo...

Poco a poco los hijos la fueron reconciliando con su dolida existencia. Fue encontrando un sentido para estar allí, en esa casa. Pero entre ella y el hombre blanco se interpuso una muralla de silencio, detrás de la cual, le llegaban como piedras el desprecio y la burla de la gente blanca, a los que ella correspondía encerrándose en su concha, negándose a coger el tenedor para llevarse los alimentos a la boca, resistiéndose a aprender todas las cosas nuevas que le eran impuestas. Se mantuvo impermeable a ciertas acciones que le parecían ritos absurdos, como manejar el abanico para despejar el rubor, o sentarse frente al bastidor metiendo y sacando la aguja para poner en la tela unas flores que se sentían prisioneras como ella, o conversar en las largas tertulias nocturnas de los acontecimientos desabridos y vulgares de la ciudad dormida, a los cuales debía presentarse, para que la vieran las visitas, vestida igual que las otras mujeres. Durante la reunión no decía ninguna palabra, ni hacía ningún movimiento cuando se sentía aludida. Lograba que la sangre estuviera quieta debajo de la piel y los músculos tensos, como si fueran de madera. Así los presentes creían que María Illacatu era un bello ejemplar embrutecido al que no había penetrado la luz de la inteligencia y le era imposible captar el sesgo de los ojos, ni los puntos suspensivos en los que iban incluidos bromas crueles que la hacían sangrar por dentro.

—Hablen no más, no entiende nuestro idioma.

—Los indios son brutos por naturaleza. El idioma de Castilla no se ha hecho para ellos.

—Es un caballo de estampa.

—¡Mal dicho, es una yegua!

—Ja, ja, ja...

El marido enriquecido con el oro de la ñusta que mantenía a su lado, volvió a cruzar los mares para acrecentar la leyenda de los indianos que encontraban tesoros en todas partes. No se llevó a la mujer porque pesaba demasiado, ella y su pena no cabían en ningún barco, ella y su soledad estaban pegadas a la tierra.

Pero se llevó la sangre de María Illacatu al quitarle los hijos. Esos hijos, por los cuales ella había mandado a buscar una tarde, con un pájaro su alma, que dejó colgada en la rama del árbol más alto de su antigua morada.

Al besar a los hijos para despedirles, puso a cada uno, debajo de la camisa, un pedazo de su alma recién llegada. Cuando el barco que los llevaba estaba en alta mar, los hijos se quitaron la camisa, y los pedazos del alma de María IIllacatu volvieron a permanecer colgados en las puntas de las estrellas, sin poder juntarse hasta después de mucho tiempo. Se quedaron allí, moviéndose como pañuelitos que dijeran adiós a todos los hijos del mundo.

—¡Adiós mamita... La bendición

—-No es tu madre, es una india...

—¡No me importa! Yo la quiero... Y ella también me quiere...

—¡No quiero llantos! ¡Vamos!

Cuando el marido volvió, no traía a los hijos. Los había dejado al cuidado de los abuelos paternos. En el equipaje traía un nombramiento real, jamones, tocinos, chorizos y un escudo de nobleza hecho en pergamino. Cuando el hombre y la mujer volvieron a encontrarse, ella le miró por primera vez en su vida: el hombre blanco era el ser más extraño y detestable de todas sus pesadillas y malos sueños. Tampoco esa vez le dijo una palabra.

---¿…?

—Los dejé allá, en España.

---¿…?

—A que les eduquen.

--- ¿…?

Una noche que el hombre blanco volvía de sus galanteos a una criolla vieja y fea, pero noble, con la cual había decidido casarse —previa dispensa del Papa y de quienes aún seguían litigando si dentro de los indios hay o no hay alma— María IMlacatu mandó traer los ojos que se le quedaron perdidos en las sombras del eclipse, y cuando el pájaro volvió con los ojos, ella se los

puso: instantáneamente los muebles cambiaron de sitio, la estatura de las gentes blancas se redujeron de tamaño, vio las cosas que estaban dentro del equipaje, vio que sus hijos habían perdido lo que ella les puso debajo de la camisa y esperó...

Esa noche, puestos sus propios ojos, sería también la última noche que bailaría desnuda danzas indígenas, al son de una vihuela desafinada que se torcía de dolor, y al compás de un látigo de cuero trenzado con que solía ser golpeada. Era la última vez que vería dormir al hombre blanco, ahito de licor y de placeres... Abrió por primera vez un costurero que, no sé quién le había regalado, y sacando unas afiladas tijeras las clavó en el corazón del hombre...

Las tijeras se quedaron por un momento fijas al sentir el calor de la sangre: experimentaron el placer de penetrar en un ser tibio, húmedo, y con movimiento, y luego, borrachas de placer y de lujuria, comenzaron por su cuenta a cortar y cortar el cuerpo tendido, como si se tratara de un pequeño juego macabro...

Eran las dos de la mañana, la vela se había consumido cansada de llorar lagrimones de cera sobre el candelabro de plata. Los pedazos ensangrentados del hombre se retorcían en el suelo queriendo volver a juntarse, pero por más esfuerzos eran rechazados por las ingles, las piernas resbalaban de los hombros, la cabeza no encajaba en el vientre, los ojos resbalaban por la espalda. María Illacatu se lavó las manos tintas en sangre, lentamente comenzó a destrenzarse y... se ahorco con su propio cabello.

Las tijeras siguieron cortando y cortando hasta que alguien las arrancó del que hacía tiempo era cadáver. Entonces saltaron de la ventana a la calle y empezaron a cortar las piedras, los troncos de los árboles, las aguas de los ríos, y sólo pararon cuando empezaron a trasquilar la lana de las ovejas que serían las progenitoras de las que, un siglo más tarde, habrían de dar su lana para que uno de los descendientes de María Tllacatu empezara a tejer la alfombra más grande del mundo.

Cuando los hijos de María lllacatu se hicieron hombres por obra y gracia del mecanismo de los relojes v de la biología, decidieron de común acuerdo en una reunión de familia el cambio de Garcia a Villacatu y entonces regresaron a la tierra del oro. Acallaron los rumores acerca de las muertes de sus padres, quienes —se decía— murieron de aplanamiento al corazón, el uno, y de fiebre puerperal la otra, hasta que llagaron al pleno convencimiento de que en realidad fue así...

Ya instalados en la ciudad, de la cual recordaban muy poco tuvieron la desagradable sorpresa de que ya no existían indias ricas con las cuales casarse para luego repudiarlas. Lo que encontraron fueron mujeres que sabían manejar el tenedor y levantar el dedo meñique cuando tomaban agua. Pintar paisajes nevados que nunca habían visto. Asistir misa diaria con una criadita india que les llevaba el reclinatorio a cuestas por las empedradas calles, mientras otras, de más edad, las llevaban la devoción colocada encima del almohadón de seda, sobre el cual, ademas, sentaban para oír las largas pláticas en las que se hablaba y condenaba el pecado de la carne, se decían pestes del demonio, y se pedía clemencia para un mundo corrompido... Las mujeres de la ciudad también sabían manejar el abanico, detrás del cual practicaban las primeras e incipientes lecciones de

coquetería. Orinaban entre cinco y seis veces al día en bacinillas de oro y se pasaban el resto del día bostezando y soñando en casarse con un noble, rico y elegante hidalgo. Eran todo lo contrario de lo que fue su desconocida madre.

Una vez posesionados de las riquezas heredadas por vía materna y del título comprado, por vía paterna, los Villacatu duraron muy poco tiempo de solteros. Los abanicos de las mujeres entraron en acción, y los billetitos perfumados fueron y volvieron metidos en el seno de las afanosas criadas de mayor edad, y bajo la mirada de los respectivos padres que, ya de antemano, habían palabreado a sus hijos para el matrimonio...

Nadie volvió a saber más de María Illacatu, porque de común acuerdo la cogieron y la enterraron en el cajón de los recuerdos empolvados de donde nunca más saldría.

A Bruna le dolió siempre el ver a su antecesora india clavada en el salón de las visitas, aislada de todo afecto y referencia por un muro de silencio y de palabras equívocas. Nadie parecía saber nada de su pasado, y si conservaron el cuadro en el sitio de honor de la casa, fue porque un temor supersticioso les impidió tocarlo y acercarse a él. Se decía que, en las noches de luna, cuando los rayos penetraban por las rendijas de las ventanas cerradas, se oían lamentos y suspiros que helaban la sangre.

Había otra verdad, el cuadro era valioso como obra de arte. La firma del artista que lo hizo, plantada en el ángulo inferior derecho, había adquirido fama con el paso de los años.

Cuando Bruna descubrió por sí misma y por las deliciosas infidencias de mama Chana, el escándalo de los parientes lejanos, veneró a la abuela india. Hubiera querido llevarse el gran cuadro, colocarlo a la cabecera de su cama, para sacar a la abuela del recuerdo y darle el calor que no tuvo en vida. Pero era tarde. Ya no era la abuela. En realidad, nunca tuvo el menor parentesco con los habitantes de la casa. Con el paso de los años fue sólo una valiosa pintura, que tenía un asombroso parecido con "un retrato de Bonnat", que representaba una gran dama de más allá de los mares y nada más...

—-¿Quién es?

—Una de nuestras antecesoras.

—Qué bonita es

—-El cuadro es muy valioso, está valorado en ...

—¡Qué distinguida!

—¡Claro, tenía títulos de nobleza!

III

La casa de los abuelos de Bruna, construida por el aventurero que engendró la prole más absurda, era un enorme caserón lleno de vericuetos y de ventanas colocadas simétricamente que le daban un aspecto de convento. Tenía zócalos de piedra azulada en la fachada y a la entrada de la puerta principal un escudo con castillos, pajarracos y diagonales. Techos con tejas casi verticales, a dos aguas. Una puerta muy grande de roble que sólo se abría en las ocasiones importantes. Ordinariamente los habitantes de la casa hacían uso de la puertecilla falsa, encajada como una hijuela, en la puerta del lado derecho. La puertecilla tenía, a su vez, una pequeña ventana por donde se miraba el sexo, la condición social, la edad y los pensamientos de las personas que llamaban para entrar.

—Tac-tac-tac.

—¿Quién es?"

—-Don Martín Pérez de la Perinola.

—Abre las puertas grandes y las ventanas de la sala.

—Tac-tac-tac.

—- Quién es?

—Alabadu siá Dius, patruncitu...

— Abre la puertecilla y que se limpie los pies.

Tenía un zaguán oscuro y largo con un hermoso empedrado de vértebras de buey que, por las noches se desordenaban tratando de buscarse entre sí. Los huesos querían juntarse para formar una columna vertebral que hiciera posible la resurrección del animal. Por las noches se oían ruidos extraños y cuando llegaba la mañana, las vértebras aparecían en gran desorden formando un empedrado cabalístico, palabrotas y figuras obscenas, que los niños de la casa no las entendían y creían que eran rompecabezas con los cuales se ponían a jugar tratando de sacarlos, pero nunca lo consiguieron porque estaban fuertemente adheridos a la tierra con una argamasa de barro, raspadura y sangre de buey.

—¡Vamos al zaguán!

—Sí, vamos a ver los huesos

—¿Ya ves? Esto no estaba antes aquí... Ni esto... Ni esto. ...

—¡Son los huesos más mágicos que he visto!

La casa fue construida aprovechando los desniveles del suelo y hasta donde llegaba la montaña abrupta y fría. Tenía tres pisos hacia la calle principal, dos hacia la secundaria, y era de un solo piso hacia atrás y al otro lado.

En el fondo se asentaba la huerta que tenía un callejón de limoneros. Un capulí altísimo y centenario que derramaba sus frutos por la huerta y por los patios vecinos, y cuyas ramas albergaban centenares de pájaros cantores, nerviosos, y glotones. Y había un pozo que guardaba en su fondo al ojo del diablo. Ese ojo del diablo podía ver dentro de las cabezas de las gentes, los pensamientos que estaban fabricando y podía decir a gritos los pecados de las personas que se inclinaban sobre su brocal, para que todos se enteraran. Por eso nadie miraba hacia el oscuro fondo.

—No se acerquen al pozo: ahí está el diablo.

—Sólo vamos a mirarlo de lejos...

—Les digo que no. Les va a coger el diablo.

—Vamos a tirarle piedras...

— ¡No, el ojo les está mirando!

El temor frenaba hasta la curiosidad de los niños que, sin haber pecado, se sentían culpables, porque vivían en una atmósfera en la que el mal era omnipotente. El mal llenaba todos los espacios; estaba en los cuencos de las manos, en el hoyo diminuto de los lagrimales, alojado entre el paladar y la lengua, detrás de las puertas, debajo de las sábanas, en las botellas vacías, en los armarios cerrados. Sólo María lllacatu en sus momentos de angustia y cuando la soledad le arañaba las débiles costillas, miró el fondo del pozo y se vio transportada al centro de la tierra encontrando una amable compañía en la enorme pupila que brillaba más allá del agua y de sus lágrimas.

La casa tenía gradas, gradientes y traspatios por todas partes. Era una ciudadela donde vivían en gran promiscuidad las pobres gentes, con las tinieblas y el eco. Ellos se acostaban en los colchones de paja que se guardaban en los desvanes, gestando año tras año millares de pequeños fantasmitas que se adueñaban de la casa y aprendían a caminar, como los niños de carne y hueso, sujetándose de los barrotes del corredor, antes de dar sus primeros pasos.

—-¿Oyes esos ruidos? ¿Serán ratones?

—No, los ratones no caminan así...

—¿Entonces...? ¿Qué son?

—¡Shhhh, son fantasmas!

Las habitaciones principales daban al patio. El patio estaba rodeado por los cuatro lados de anchos y largos corredores, con pisos de madera rústica que se lavaban los primeros viernes de cada mes con una solución de creso. Había barandas de madera pintadas de color verde yerba. La mayoría de las habitaciones tenían su puerta y su ventana respectivas, menos las habitaciones que lindaban con las paredes de la casa vecina. Cuando llovía, se cerraban las puertas que daban al patio y las habitaciones se comunicaban entre sí por medio de puertas interiores; se retiraban algunos muebles y se podía caminar por todo el piso. Mientras caía la lluvia desolada, las viejas se ponían a rezar el rosario y a quemar romero bendito, y los niños que nunca faltaron en la casa, aprovechaban el desorden de los muebles retirados de su sitio para jugar a las "escondidas", metiéndose debajo de las camas y en los grandes armarios.

En el centro del patio había una pila de piedra, que tenía casi un metro de diámetro, estaba hecha de una sola pieza y colocada encima de una columna retorcida como melcocha. Alrededor de todo esto, un polígono amplio recibía el agua que caia desde arriba.

El adorno superior de la pila fue cambiado muchas veces, de acuerdo a los gustos de los dueños de la casa, la pila era el reflejo de sus habitantes. Al comienzo sólo había un hoyo por el que resbalaba el agua tranquilamente. Cuando Camelia Llorosa vivió en la casa, mandó hacer una figura de bronce que representaba una graciosa sirenita sosteniendo una concha. En tiempos de tía Catalina —caca de gallina— la sirenita fue sustituida por un voluminoso pescado de piedra, con la boca abierta por donde salía el agua sin ton ni son. La expresión del pescado era absorta y estúpida.

—-El pescado de la pila se parece al mudo Manuel, tiene cara de idiota.

—¡No vuelvas a decir eso! el pescado es el símbolo de los primeros cristianos.

—¿Y por qué los primeros andaban con la boca abierta, ah...?

Cuando Camelia Llorosa murió, tía Catalina mandó quitar la sirenita que recordaba el cuento de Anderson, porque alegó que estaba desnuda, la sirenita fue quitada y llevada a los cuartos traseros de la casa, los que daban a la huerta, donde se murió de frío y de tristeza.

—¡He dado orden de que me quiten esa mujer desnuda de la pila!

—¡Mama Chana! ¡Hazle un vestido a la sirenita, para que no la quiten de la pila...!

Cuando tía Catalina murió, en olor de todas las santidades, el pescado fue sustituido por un "Manenken Pis" de piedra, casi de tamaño natural, que rue traído con grandes esfuerzos, por el hermano de Bruna, el que recorrió toda Europa tras las hermosas piernas de una bailarina:

—¡Me harta este pescado! ¡Me hartó siempre!

—Tía abuela decía que era de los primeros cristianos...

—¡Tonterías! Voy a quitarlo. He traído un "Manenken Pis".

—-¿Quién es?

—Un principito que se perdió de su palacio, y cuando lo encontraron estaba así.

—¡Ahh! ¿Con el pipí al aire...?

El patio tenía el matiz y el recuerdo de las cosas que saben a cuentos y a canciones de cuna. Había grandes maceteros de geranios por todas partes. Caminitos de yerba tratando de sobrevivir en los espacios reducidos de las junturas de las piedras planchonas, y eran amables por eso, por su afán de sobrevivir, por su generoso empeño de delinear las formas de las piedras grises en la monotonía del patio tranquilo...

De las vigas del corredor del segundo piso, colgaban jaulas de canarios; el silencio era salpicado de margaritas amarillas que salían de las gargantas de los pájaros.

Había enormes gatos angoras que se paseaban por donde les daba la gana y se desocupaban en la misma forma, por esa razón era que se baldeaban los corredores con creso todos los primeros viernes.

Cómodos sillones de mimbre en las esquinas del patio, invitaban a sentarse y a mirar cómo caía el agua de la pila.

El agua de la pila tuvo su lenguaje especial para cada uno de los que habitaron la vieja casa: para María Illacatu fue un llanto incontenible. Cuando miraba el agua, pensaba:

—Lloro más que la pila, mis lágrimas no se ven, pero no se secarán nunca, nunca...

Para la mujer que se casó con uno de sus hijos y que fue una beata empedernida, el agua de la pila fue un correr de avemarías, sentada frente a ella esperó treinta años a que cayera el aerolito que debía salvarle o condenarle:

—Glu-glu-glu-glu.

—Me salvo— me condeno— me salvo— me condeno...

En los tiempos de la sirenita, Camelia Llorosa y su corte de admiradores, se extasiaron ante las formas femeninas, y el que llegó a ser su esposo compuso el soneto más conspicuo acerca de la primera Eva que salió del fondo del mar:

—"Perlina creatura de formas redondeosas. Neptuno te da un ósculo. Los nácares cirrosos..."

Alvarito de Villa-Cató sumergió en el agua de la pila sus ardientes manos para que se deshincharan por el roce continuo de los hilos de lana con que tejía su alfombra.

—¡Me arden las manos!

—¡Claro, nunca descansas!

—¡No puedo! ¡Tengo prisa!

El obispo de Villa-Cató concibió su atrevido plan cuando estaba mirando el agua de la pila, María 23 se metía vestida en ella cada vez que le daba la gana. Tía Clarita sacaba el agua de la pila para regar todas las tardes sus macetas de geranios. Bruna y sus hermanos hacían barquitos de papel, se embarcaban en ellos y se alejaban del soroche que mantenía a la ciudad dormida, mientras el "Manenken Pis" oía el ruido de las arañas que tejían su tela ambigua.

IV

Cuando habitaron la casa, Bruna conoció a los tíos alrededor de los cuales pasó su infancia y sus primeras rebeldías. No era, entonces, una casa suntuosa. El hombre que se casó con la abuela india no hizo nada por acrecentar fortuna, y los que vinieron después se dedicaron a gastar lo que había en las más desaforadas aventuras. Pero era un caserón alegre y lleno de sol. Solamente al caer la tarde se percibía un ligero malestar, como si las anteriores generaciones estuvieran presentes, con los ojos clavados en el centro de la nuca.

—Parece que unos ojos me están mirando...

—A mí también me pasa lo mismo cuando me quedo sola...

Era una casa que conservaba todo: los vicios, las manías, las penas y los desabridos placeres. Se adivinaba que todos los que vivieron en sus muros sólo habían dejado una historia de familia y estaban ansiosos de una reencarnación para vivir más hondamente. Pero para Bruna, la casa de los tíos era el rincón más dulce y acogedor de la tierra, a donde siempre hubiera querido volver en busca de su esencia y vitalidad. Siempre que deseaba retornar a la ciudad anhelaba la casa de los tíos, y sólo así sentía entrar dentro de sí misma en busca de paz.

—"'Si estuviera en la casa pondría orden en mis ideas... Sabría lo que quiero... Me sentaría junto a la pila a tomar el sol".

Bruna tenía presentes a todos sus antecesores, los conocía uno a uno, y no se sentía extraña cuando la presencia del pasado era tan ostensible. Sabía que ellos tuvieron que morirse para dar paso a los otros, y que muchos de ellos se murieron en vida y hasta se dieron el gusto de celebrar sus propios funerales.

Desgraciadamente una generación debía eliminar a la siguiente, porque, aunque el mundo tenía cabida para todos, las oportunidades eran para pocos. La civilización no estaba tan adelantada como para ceder el paso, con cierta elegancia y nobleza, a quienes les pisaban los talones buscando el lugar más cómodo para ponerse a vivir. El mundo continuaba revuelto, parecía que Dios hubiera creado un manicomio donde nadie ocupara su

puesto. Los viejos iban agrandando su órbita y seguían acaparando el espacio vital de los que estaban bajo su dominio.

—¡Soy tu padre y me debes respeto!

—¡Soy tu madre y me debes obediencia!

—¡Soy tu jefe y me debes consultar todo lo que hagas! ¡Soy tu confesor y me debes decir tus más secretos pensamientos!

No se había visto que nadie cediera el paso a nadie, porque todos vivían a medias y querían seguir usufructuando, aunque sea cortezas y retazos de vida y de un espacio que no les correspondía. Eran toneles sin fondo, incapaces de retener nada para sí, ni para los otros. Vivían una existencia vegetal y cuando presentían que la clorofila se les iba agotando ansiaban volver a empezar y cuando empezaban y se sentían más seguros, volvían a dejar pasar los días sin conciencia de que el tiempo no retrocede nunca. Volvían a vegetar sin plenitud de tiempo, sin amor, como títeres manejados por los hilos de las circunstancias, de las costumbres, de las casualidades que casi siempre se enredaban en nudos ciegos, originando los achaques espirituales, sin pensar que las soluciones podían encontrarse tan sólo asomándose unos instantes en el pensamiento ajeno.

Bruna vivía intensamente porque sabía que debía retirarse, ponerse galantemente a un lado, para no interferir la órbita ajena, y para que la suya no fuera invadida por intrusos. Debía haber un orden más categórico en las diarias relaciones espirituales, algo así como el sistema del tránsito callejero. Viendo los desórdenes y los atropellos en las relaciones de los hombres, Bruna se repetía a menudo, para convencerse a sí misma:

—Cuando sea mayor haré "lo que deba hacer", que es lo más difícil del mundo. Cuando sea madre, seré "solamente" una amiga de mis hijos. Cuando sea abuela, les contaré cuentos a los hijos de mis hijos, sin comparar las acciones de los nietos con las que yo hice, a esa edad. Nunca me meteré en la órbita de nadie...

Plena de vivir y sentir las emociones propias, miraría pasar a los otros, pero, eso si, tendría una sonrisa sardónica al ver la prisa de la gente por llegar a ninguna parte. Nadie podría quitarle el derecho de reírse al ver pasar a la gente con un equipaje completamente inútil, lleno de envolturas de caramelos, pergaminos, animales disecados, rencores pequeñitos que cabían en las junturas de los dientes y que, sin embargo, habían pesado toneladas..., envidias dobladas en papeles amarillos, palanganas, monedas de oro con las cuales, al cabo del viaje, no se podía comprar ni siquiera una lágrima y que eran el fardo de una existencia completamente inútil porque habían ocupado tanto espacio que no quedaba lugar para nadie, ni para nada... Bien les valía a todos aquellos haberse quedado en el ciclo de lo uterino.

Difícilmente sus nietos, si llegara a tenerlos, si el apellido Catovil, o mejor dicho Tlacatu, no se extinguiera con ella, los nietos serían más jóvenes que la abuela.

La imagen de unos pajarracos con quienes hizo un viaje, en una de sus continuas escapadas de la ciudad dormida, le acicateaban en los proyectos que ella tenía para su futuro. Se trataba de unas mujeres vestidas con

vaporosos camisones de colores violentos, cuajadas de abalorios y bambalinas, con la moda de una juventud rebelde cuyos sentimientos y rebeldías ellas jamás habían experimentado; semidesnudas, flácidas, regordetas, pintadas como si vivieran en un carnaval constante, luchando desesperadamente en contra del tiempo y del buen gusto, por atrapar en el aire del trópico chispitas de una juventud perdida para siempre.

Cuando las mujeres se bajaron del barco que los llevaba al paraíso de la juventud, chillaban como urracas, se movían como focas, eran toneles de grasa rancia tratando de competir con las esbeltas nativas de una isla en el océano.

— "Señores turistas: a darse un baño de juventud en las Bahamas. En las soleadas playas el tiempo no pasa. Recupere su juventud en las milagrosas arenas de estas playas de encanto".

No, la juventud no era eso, por encima de la piel rosada, de las hormonas y de las cirugías, de las carnes firmes y duras, de la ausencia de surcos en la cara donde el tiempo pone e incuba sus semillas, la juventud era una disposición abierta y sincera para la vida, una facultad de enamorarse de alguien o de algo, un poder de ensoñación que está dentro, un privilegio de amor y de comprensión, un vigor para la amistad y una energía para el acto cotidiano. Sería siempre el eterno problema del espíritu, nunca del cuerpo, y el equilibrio entre el ser y el estar...

V

Al regresar los hijos de María Illacatu, uno de ellos puso el ojo en una mujer criolla de buena cuna, enteramente inútil, muy blanca, muy sosa y muy piadosa. Había nacido con la enfermedad de tener un cerebro pequeñito. Había absorbido, por osmosis, todos los prejuicios y convencionalismos que reinaban en la ciudad dormida, a más de los vapores del soroche.

Obsesionados por el peso de la nobleza que ya no lo tenían en el dintel de la puerta de entrada, sino sobre sus propias cabezas, la piadosa mujer y el hijo mayor de María Illacatu, lograron complementarse para formar un matrimonio plagado de hijos, de murmuraciones y de oraciones, donde se vivía cuidando de las apariencias, de lo azul de la sangre y de las buenas maneras:

— El chocolate se toma levantando el dedo meñique y a sorbitos lentos, para que no suene. El caballero debe abrir las puertas a la dama. Dime con quién andas y te diré quién eres. Nobleza obliga. Un pañuelo usado no debe doblarse nunca, sino...

Era una época vacía de acontecimientos y carente de acciones políticas y públicas. Se vivía y se moría en el estrecho ámbito de lo familiar. El tiempo había hecho una estación definitiva en la ciudad, parecía no correr, hecho un nudo ciego. Los días se marcaban por dos acontecimientos, que eran el principio y el fin de la trama; el nacer y el morir. La gente se nutría de los acontecimientos caducos de más allá de los mares. El cordón umbilical al que se aferraban estaba ya podrido, y lo poco que llegaba a través de él, eran hálitos de vida completamente adulteradas: vivían nutriéndose de fábulas.

Cuando nacía una infantita al otro lado de los mares, se celebraba el nacimiento cuando ya la infantita caminaba sola y se iniciaba en las primeras travesuras, trepándose por las ramas de su árbol genealógico, para buscar los frutos verdes de su hemofilia. Si moría un rey del otro lado del mundo, se celebraban sus funerales cuando el regio cuerpo estaba hecho polvo y los gusanos que lo comieron iban por la penúltima generación de su especie.

Cuando canonizaron a San Raimundo de Peñafort, festejaron la subida del santo a los altares, cuando en el otro lado, el santo ya casi no tenía devotos. Pero, de todas formas, cuando llegaba la noticia que venía precedida de repiques de campanas y de fuegos artificiales, la gente se tiraba a la calle en son de fiesta. La noticia sacudía el marasmo, el soroche se hacía discretamente a un lado y comenzaban las celebraciones, que, por lo general, consistían en largas misas que se iniciaban al alba, con el disparo de una media docena de cohetes que salían a perseguir a los demonios, y terminaban con las procesiones y las corridas de toros a las que asistían todos los habitantes de la ciudad con sus familias y su cortejo de servidores.

Durante una corrida de toros murió el hijo mayor de María Illacatu en la forma más violenta y ridícula que podría darse y desde entonces los Villacatu, Catovil y Villa-Cató, dejaron de asistir al espectáculo, y ningún miembro osó jamás romper la tradición.

El día de la corrida de toros la gente se hallaba congregada en la plaza desde las primeras horas, llevaba tiempo esperando la llegada de los principales para dar comienzo a la fiesta, y los principales —entre los que se contaban el señor Villacatu con siete de sus catorce hijos—, esperaba a su vez, ser de los últimos en llegar para dar la impresión de que por él y sólo por él y no por los toros, ni los toreros, la fiesta no empezaba. Por fin, tácitamente se pusieron de acuerdo y llegaron todos reunidos. La masa estaba adquiriendo proporciones de monstruo con una cabezota de mil ojos y mil bocas por las que comenzaron a salir silbidos de impaciencia que, por poco, cambian rumbo el viento que era el que traía las ráfagas de soroche.

Villa-Cató había puesto el ojo y mentalmente se había sentado en el puesto de honor. Pero exactamente lo mismo hizo otro de los principales, y como ninguno de los quiso ceder porque en ello se les iba el rango, el prestigio y la aristocracia, fueron de las palabras a los hechos, ante la espectación de los asistentes a la fiesta que, ingenuamente creyeron que el movimiento de

los principales era una especie de innovación en la fiesta, porque de lejos, así parecía, vieron como los principales con sus padrinos y secretarios bajaban a la arena y se batían a duelo, allí mismo en el centro de la plaza.

Los dos toros de bastón y levita midieron los pasos, se saludaron, y acto seguido se dispararon sendos pistoletazos: el tatarabuelo de Bruna cayó muerto, más por efecto de la puntería, que, del destino, y el otro, perdió una oreja.

De lo que muy poca gente se enteró, fue del diálogo inicial y final que llevaron a cabo los dos combatientes:

—¡Caballero! ¡Yo llegué primero!

—¡Lo siento, ese lugar me corresponde!

—Le advierto que no voy a ceder...

—Si usted cree que lo voy a hacer yo, está equivocado... (Pausa).

—¡Villano! ¡Estoy esperando!

—¡Mal nacido! ¡Fuera de mi lugar!

—¡A mí nadie me llama mal nacido! ¡Voy a lavar la afrenta con su sangre!

—¡Aquí está mi tarjeta!

—¡Qué tarjeta, ni nada! ¡Nos batiremos a duelo!

—¡Yo soy el agraviado!

—Pero yo no desciendo de indios!

Cuando sonaron los disparos, el eco fue volando a traer la muerte. La muerte llegó aprisa y se introdujo en cualquiera de los ventrículos del corazón. Salió por la boca llevándose el alma en un atado mal hecho, haciendo con toda grosería a un lado, los dientes y a la lengua del moribundo que le estorbaba en su carrera. Luego la muerte cogió por el cuello al eco y lo lanzó lejos, yendo a reventar en la cima de las montañas:

—-Un trueno, un trueno ¡Castigo de Dios!... —dijo la gente.

No estaba dentro de los planes de la muerte el llevarse la oreja del otro, fue de paso, y sin querer que lo hizo. Total: el tatarabuelo de Bruna se fue al otro mundo con la celeridad de un relámpago, y sin hacer testamento, y el otro se quedó sin oreja y con su honra.

Se mataba y se moría en aras de una visión superflua, ignorando lo que era el hombre porque estaba envuelto en una coraza demasiado pétrea: el apellido.

La vanidad de las gentes de la ciudad y de los antecesores de Bruna seguirían por años y años incubando rencores, envidias, crímenes que se cometían y quedaban impunes, violencias que se hacían a los sentimientos más nobles y que nadie protestaba. El culto a la llamada nobleza era una superstición que los mantenía ahogados. Se trataba de una autosugestión colectiva para enfrentar el mundo de las comidillas, porque en algunos casos la sangre india era evidente todavía, aún vivían muchas personas que

vieron una india sentada a la huerta, a la vera del pozo maldito, con los pies descalzos y el cabello destrenzado. Aún vivían los que sabían de memoria el origen de las fortunas y los apellidos.

Esto heredó Bruna: un mundo de valores invertidos en el cual la sangre no tenía otra función que la de ser de colores, y las lágrimas, agua salada. La dignidad y el sentido común tenían papeles estereotipados. Era difícil llegar a la plenitud del "ser humano”, de "sapiens-sapiens” sacudiendo uno a uno los prejuicios que estaban adheridos como la carne, a los huesos. Era doloroso haber nacido en la ciudad y asomarse al mundo, y ver que las cosas tenían valores distintos, y no eran como se habían aprendido, ni como las habían enseñado y luego, empezar a caminar —de nuevo y a solas— por una senda contraria cuando se creía casi haber llegado...

Bruna era el producto de la fábula, de la leyenda, del tiempo estancado como un charco de agua sucia, de la tristeza, de las estaciones, de las montañas, pero se buscaba a sí misma, hasta encontrarse...

VI

Después de la trágica corrida de toros la viuda se retiró a su casa acompañada de su soledad y de la admiración de los presentes:

—Quedó tendido en la arena...

—Así mueren los nobles

—La pobre viuda con catorce hijos

—Menos mal que, con dinero...

—Sola, pero con honra...

La viuda no se hallaba en su nuevo estado, nada la consolaba ni la despojaba de su tristeza, los parientes y los catorce hijos no la hacían salir de su marasmo. Se moría por saber qué estaría haciendo su marido en el más allá... Agotó todos los medios para ponerse en comunicación con el difunto. Perseguía su sombra por las salas oscuras donde se quemaban yerbas olorosas para contrarrestar el olor de los intestinos chamuscados de las palomas, de las colas de lagartijas y de los ojos saltones de los sapos. Miraba en vano la nada desolada de las bolas de cristal que a diario frotaba con las yemas de los dedos. Barajaba los naipes en los que aparecían las sotas y ases cabalgando en las suposiciones. Esperaba pacientemente la llegada de la noche acompañada de sus sollozos y lamentaciones, pero el muerto se negaba a comparecer. La viuda no entendía que, lo que él quería era no volver, y atribuía sus fracasos a que las constelaciones no habían entrado en conjunción, O a que, antes de sacrificar a las palomas, las manos no se habían lavado con el jabón indicado, o a que, las lagartijas qué jugaban un papel importante en lo de hacer aparecer espíritus, no tenían el color verde indicado, o a que, las yerbas habían sido arrancadas con la mano derecha, en lugar de la mano izquierda. Y así, vagaba de la seca a la meca diciendo quedamente:

—Te conmino a que vengas del más allá y me escuches. Por estas tres velas cruzadas y la sangre de la paloma, desde mi doliente oscuridad y en el nombre del Padre y del Hijo y del...

Las viudas no tenían otra alternativa que seguir dócilmente a sus maridos hasta la muerte, de la misma manera que lo habían hecho en vida. Las mujeres no tenían ningún tipo de instrucción, no se les permitía ni hojear un libro por temor de que se hicieran hombrunas. Sólo podían tener contactos

con la aguja, la escoba y las ollas. Cuando sus pensamientos se atrevían a ir más allá de los aleros de sus tejados, eran causa de escándalo y ellas mismas se reprimían, porque creían que obraban mal. Estaban imposibilitadas de hacer ningún otro movimiento que no hubieran hecho antes sus madres y sus abuelas. Las mujeres eran unos ovarios gigantescos, vestidos de negro, donde se gestaban hijos en serie y supersticiones en masa.

Tal era la viuda quien creía en todas las supersticiones de la época. Nunca dejó los manteles extendidos en la mesa, después de comer, porque creía firmemente que los ángeles se ponían a llorar en el cielo... Espiaba como un cao el momento en que el último de sus hijos terminaba de comer para dar la orden de que los manteles fueran quitados.

Creía que después de un aguacero era peligroso salir a la calle vestido de color rojo, porque el arco iris —que siempre perseguía a las mujeres— podía hacerles madres de hijos albinos. La prueba era que en los campos había gran cantidad de albinos:

—-¿No, no es mijo! ¿Novis quis blancu...?

—Hiju dil cirru ha di sir.

Creía que nadie se debía bañar en viernes santo porque al punto podía convertirse en pescado, y citaba casos con nombres y apellidos de habitantes de la ciudad que estaban encerrados en redomas, y a los cuales sus familiares les mantenían dándoles migas de pan, escondidos debajo de las camas hasta que les llegara la muerte que, sin duda, debía ser por ahogamiento, y no les podían matar, ni comerles, porque no podían ser asesinos, ni tampoco caníbales.

—En casa de los Ayoras hay un cuarto cerrado y oscuro donde nadie puede entrar...

—¿Por qué?

—Porque allí está el hijo menor, debajo de una cama, convertido en pescado, por haberse bañado en viernes santo.

—Tú, le has visto...?

—Sí. Con estos ojos que se han de volver polvo y ceniza

No toleraba que se sentaran trece personas a la mesa porque era segura la muerte de uno de los comensales. Años más tarde, a Bruna la sacarían medio dormida de su cama, para sentarla a la mesa, con trece viejos decrépitos que celebraban las bodas de diamante, de una pareja de parientes:

—¡Por Dios, que se duerme la niña y se cae de la silla!

—Dormida o despierta, estamos catorce y no trece.

Creía que cuando se regaba un poco de sal, por descuido, la mala suerte venía a la casa, pero se podía alejarla tirando el resto de la sal, por encima del hombro izquierdo...

Creía que una mariposa negra anunciaba la muerte y una mariposa blanca, riqueza...

Creía que comer aguacate con azúcar —que nadie lo hacía porque sabía muy mal— era pecado mortal, pero no podía explicar el por qué, ni a qué mandamiento faltaba...

—Nunca, nunca lo comas, es pecado.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Se debía controlar la risa, porque era seguro que al otro día se lloraba, si se había propasado un cierto término. Había que tragarse la alegría y pensar en cosas tristes instantáneamente.

— Ya no podemos, no podemos reimos más...

—Sí. Mañana vamos a llorar todo el día...

Al tocar las doce campanadas de la media noche del 31 de diciembre, se podía ver claramente el futuro echando una clara de huevo en un vaso de agua. Cuando llegaron los Villacatu ella lo hizo, vio un velo blanco en el fondo del vaso, y al punto comenzó a preparar su ajuar de novia...

Cuando el calendario traía martes 13, hacía que sus catorce hijos se quedaran en cama. No se abrían las puertas, ni las ventanas, y se hacía un silencio de ultratumba hasta que el día se fuera...

Algunas veces, los habitantes de la casa se levantaban en fila, a las doce de la noche, y salían a orinar sobre una mata de ortigas para que las posibles brujerías —que algún enemigo de la familia pudiera hacerles— se quedaran sin efecto...

Todos los actos de la vida estaban regidos por la buena y la mala fortuna. Parecía que los muertos no tuvieran otra ocupación que pasarse la vida jugando a los dados, o a los juegos de azar sobre la epidermis de los vivos. Todo giraba alrededor del desatino. La viuda era la sacerdotisa del disparate.

—"Misas, trisagios, romerías, cabalas, encantos, brujerías..."

Por fin, cuando sintió que la vida se le escapaba, debido a una hemorragia incontenible, escribió con su puño y letra y con su propia sangre, los nombres de Adán y Eva en un papelito de seda y se los aplicó a la frente, y así se mantuvo por días enteros esperando que la hemorragia se cortara . Pero la sangre era una hebra de hilo que seguía desenrollándose porque la muerte había empezado a tejer con ella un bonete de color rojo. Nada ni nadie logró hacerla cambiar de idea, la viuda siguió firme en sus creencias hasta el último momento.

—Deja que venga el médico a verte...

—¡No, no y no! ¡Los papelitos son infalibles! Además, los días del hombre están contados.

Un día amaneció con el presentimiento de que su fin se acercaba, pues había visto una mariposa negra con las alas extendidas y dibujada en ellas

una calavera con las tibias cruzadas, al estilo de los piratas. Desde ese momento solo pensó en liquidar sus cuentas, sin apartar la vista de la mariposa que se mantenía clavada en la cortina de su cama, como un velero que esperaba buen tiempo para hacerse a la mar llevándose su alma para la travesía más larga. Entonces reunió sus fuerzas, se levantó de la cama, abrió las ventanas que habían permanecido cerradas desde la muerte del marido, y muy decidida, salió a ponerse en contacto con la noche.

Era casi la madrugada, una madrugada de verano gélida y fría La viuda pescó una pulmonía Tambaleante, angustiada, perdida en el mundo del presagio y de la conjetura, con la fiebre que le consumía y con la mirada fija en la mariposa negra, oyó el canto de los gallos y el suspiro de las piedras de la calle. Al toparse manos a boca con la pulmonía que llegó tiritando, oyó como ésta se reía al leer los papelitos que aún llevaba pegados a la frente. Como los papelitos estaban al revés, la pulmonía leyó “mono y mona” y muerta de la risa se sentó a horcajadas sobre el pulmón derecho de la viuda. La aterrada mujer se llevó las manos al costado sintiendo que un ser desconocido y frío le había penetrado y, se quedó quieta y ansiosa buscando en el cielo lo que siempre había buscado, sabía que oía el momento de encontrarlo:

—¡El aerolito, el aerolito!... Tengo que verle... Mi última oportunidad... ¿Dónde, dónde está, que no lo veo...?

Había estrellas. La noche miraba por los centenares de ojos que parpadeaban desde lo alto. Todo dormía o simulaba dormir. Los duendes acostados en los aleros de los tejados, metidos sus enormes sombreros hasta las orejas, atisbaban lo que hacían los habitantes de la ciudad y no se perdían el espectáculo de la viuda agonizando...

Ella seguía buscando el aerolito que cayera del cielo y su caída encajara en el tiempo preciso en que se rezara un padrenuestro. Presentía la muerte como se presienten las cosas que han entrado ya, en la órbita de cada uno, de la misma forma en que los animales presienten la lluvia y la primavera, sin tener calendario. La muerte estaba dentro de ella, esperando por el aerolito y nada más.

Los familiares se despertaron por el ruido insólito de una ventana que fue abierta a deshoras, y también por el presentimiento que se adelantó al ruido. Llegaron corriendo, descalzos y en camisas de dormir al cuarto de la viuda y se pusieron de rodillas para asistir al espectáculo: era la salvación de su alma lo que la viuda se estaba jugando. Los catorce hijos estaban mudos, aún los más chiquitos no osaban decir ni pío. Al cabo de algunas horas y cuando la noche dejaba de ser tal, y muchos de los presentes se habían dormido, vieron caer el aerolito del cielo, halado sin duda, por los hilos de la desesperación. Rezaron el padrenuestro en el tiempo preciso, respiraron tranquilos: ¡El alma estaba a salvo!

—”...maslibranosdenuestramuertamén!

— Justo, justo ¡Se salvó!

—¡Viva! ¡Se salvó! ¡Viva!

—¡Con las últimas, pero se salvó!

Parecía una fiesta. Una santa paz la invadió cuando la metieron en la cama. El payacucho había desaparecido de la cortina. A los niños les llevaron nuevamente a la cama, les dieron chocolate caliente, les arroparon y les dijeron que mamita estaba a salvo. Los niños se durmieron tranquilos...

Una sola nota de tristeza había en la casa: era el agua de la pila que lloraba sin descanso y sin consuelo. Al aclarar el día la viuda ya no era ella. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho como la estatua de una santa yacente. Las mismas sábanas tintas en sangre hicieron de mortaja; esa era su voluntad. Nadie pudo despegar de su frente los papelitos con los nombres de Adán y Eva, y cuando levantaron sus párpados para ver sus ojos, vieron asombrados que las pupilas habían desaparecido y en su lugar había un aerolito brillante y huidizo.

La enterraron con gran solemnidad. Fue un ser privilegiado. Ninguna persona en la ciudad había conseguido realizar la hazaña del aerolito y del padrenuestro con tanta precisión. Había ido derecho al cielo desde el lugar donde se vivía, se moría y se olvidaba, perdidos entre las sombras de los encantamientos, atenazados por los augurios y las profecías, acicateados por las conjeturas y los agüeros.

A Bruna le gustaba pasarse las horas, sentada en el sillón donde la viuda había esperado cada vez nueve meses, por catorce veces, que sus hijos leudaran dentro de ella. "El sillón de la viuda" era el mueble más viejo de la casa, los rellenos de paja se le salían por todos lados, pero era cómodo e invitaba a zambullirse en el mundo encasillado de la viuda y a mirarla con una gran compasión: ella necesitaba que la existencia estuviera regida por fuerzas incomprensibles.

—¡Quítate del sillón de la viuda, se te van a pegar las manías...

—¡No quiero! Estoy jugando:

Vamos a Pifo

a ver a mi hijo,

que de puro viejo

se ha hecho conejo.

Ante la inseguridad de un mundo síquico que se bamboleaba, había que buscar asideros más fuertes y perdurables en el ocultismo. De otro modo nadie podía explicarse tantos códigos que fueron impuestos y aceptados, tantos preceptos rígidos que fueron obedecidos, tantas leyes difusas que convencieron hasta la muerte, tantas sanciones demoníacas que se veneraron y más la magia todopoderosa del soroche en que vivieron envueltos.

VII

En la familia de Bruna los niños estuvieron condenados a la orfandad Casi todos los niños se criaron y se hicieron adultos absorbiendo por osmosis los defectos de los tíos De los catorce hijos de la viuda, a excepción de la primera y de otra, llamada Teresa, los demás se fueron al cielo sin pena ni gloria. Murieron de niños, víctimas de las viruelas, de la tosferina y del sarampión Los catorce niños se quedaron a vivir bajo la tutela de los tíos, quienes honradamente trataron de hacer las veces de padres, pero fracasaron Los últimos sobrevivientes solían cantar a voz en cuello.

—Clara, Alfonsito, Cecilia y Manuel: con viruelas Domingo, Margarita, Diego y Raquel: con sarampión Petra, Ricardo, Eloísa y Georgina: con tosferina Teresita se va a enfermar y Carmela se quiere casar.

Los tíos agotaron todas sus energías en el matrimonio de la primogénita, Carmela, a quien casaron con un noble de más allá de los mares, dejando el resto de los niños a mérito de las niñeras, de las enfermedades y de sus propios destinos, que, por otro lado, estaban ya marcados desde cuando fueran críos, pues ya se sabía que morirían temprano El soroche de la ciudad dormida iba de brazo con el fatalismo.

—Margarita tiene calenturas

—Ella morirá temprano...

—Pero, ¡sólo se trata de una calentura!

—Da lo mismo, no llegará a los dos años...

La primogénita, Carmela Catovil, pasó a la historia de la familia con el nombre de Carmela Llorosa. La casaron a la edad de quince años. Fue un matrimonio por poder, después de ir y de venir una copiosa correspondencia sobre el lomo del océano y de las muías. Su esposo tenía título de nobleza y ella dinero... El parecer de la niña no fue consultado por que se sabía de antemano que lo mejor que podía sucederle a una mujer era unir su destino y su cuerpo al de un noble. El noble tenía una edad bastante avanzada y en consideración a su edad y a ser él, el poseedor del título largamente acariciado por la ambición social de los tíos, no iba en busca de la novia, y debía ser ella la que hiciera un viaje tan largo y expuesto.

—Carmela, te vas a casar.

—Bueno, ¿cuándo?

—El año que viene.

—-¿Con quién?

—Con un noble.

—-¿Cómo es?

—No sabemos. No es de aquí...

—Entonces... ¿de dónde?

—-De España. Debes ir allá...

—¡No quiero ir! ¡No quiero ir! ¡No quiero ir!...

El viaje fue toda una peripecia. De los doscientos acompañantes que iban con la novia, más de la mitad se murieron en el camino, o desertaron ante los peligros y la lentitud desesperante de la travesía que debía efectuarse a paso de tortuga para que la pequeña novia pudiera subsistir.

Cuando Bruna se enteró de los detalles del viaje que tuvo que soportar su abuela, se indignó porque sabía que la lentitud del viaje no se hacía por la niña, ni por la condición de mujer, sino porque se trataba de llevar un virgo a través de las montañas, hasta llegar al mar...

Carmela partió entre las aclamaciones de la multitud, abrazos y recomendaciones de los tíos, y lágrimas de los hermanos pequeños que perdían la posibilidad de una madre y adivinaban que nunca más la volverían a ver. También ella lloraba a mares. Montada a lomos de una muía y llevando en brazos dos muñecas de trapo con caras de porcelana, abandonó la ciudad, seguida por una gran recua que llevaba un fabuloso ajuar de novia, alimentos para la difícil travesía, armas para defenderse de los salteadores de caminos y herramientas para abrirse campo a través de las montañas.

Cuando la primera muía había traspuesto los límites de la ciudad, la última no se movía aún del portón de la casa de los Catovil. Era un viaje que se hacía, no a un sitio determinado sino a una idea. Era una peregrinación en pos de un convencionalismo. No iba en busca de un hombre, sino en busca de una posición de salón.

—Vengan a ver a la niña Carmela que se va a casar y se aleja...

—¡Cuántas mulas! ¡Cuánta gente! ¡Cuántas cargas!

—¡Dichosa ella!

Carmela no pensó nunca en rebelarse, por entonces estaba incapacitada pera autodeterminarse por sí misma, los principios con los cuales había nacido estaban fuertemente adheridos al sexo, tardaría mucho en comprender que, las condiciones de inferioridad en que había nacido por el hecho de ser mujer, no eran tales.

Al cabo de tres meses de atravesar montañas inexpugnables en las que el aliento se cuajaba por el frío de los páramos, que tenían pasos diabólicos, llegaron al término del viaje. Pero nunca podría resarcirse de los agobios pasados. Recordaría siempre como un mal sueño las ráfagas heladas que le cortaban la cara tatuándola de frío. Los caseríos inhóspitos a los cuales debían acercarse cautelosamente por el temor de no ser bien recibidos. Las fatigas de los guías y de los arrieros que debían derribar árboles enormes para improvisar una cama donde pudiera pasar la noche la desolada novia. Los puentes colgantes que se encabritaban sobre terribles precipicios en cuyos fondos la muerte se desdoblaba en aullidos. Los pantanos en los cuales las mulas se atascaban y había que sacarlas a fuerza de tirones, o dejarlas abandonadas a su suerte. Los lugares donde la lluvia caía desde que el mundo salió de la nada. Las ciudades fantasmas que aparecían y desaparecían en la confusión de un parpadeo. Los reinos del paludismo y de la malaria donde el organismo se retorcía en escalofríos. Los días y las noches caminando hacia la costa, llevando un virgo que debía unirse a un apellido. Para los pocos que lograron llegar al término del viaje fue una pesadilla. Carmela tenía el cuerpo curtido y su espíritu se había fortalecido con una fuerza hasta entonces desconocida.

—¡Llegamos!

—Por fin! ¡Y la niña está intacta!

—¡Cómo no iba a estarlo, si en ello se les iba la vida!

Un barco de vela se mecía en el mar esperando a la novia. Subió al barco con su nodriza, su ajuar y sus presagios. El viento sopló durante todo el viaje. La travesía se llevó a cabo sin mayores contratiempos. El alma de su abuela María Ilacatu, que aún estaba suspendida de las aristas de las estrellas, empujaba la nave hasta llegar al remoto lugar del mundo, donde se suponía que terminarían las fatigas de la novia.

Pero un sino fatal la esperaba: había nacido en agosto, en el cuarto menguante de la luna, y ese día, por descuido, su madre había acariciado unas magnolias, que eran las flores cuyos efluvios cambiaban el designio de los astros.

El día anterior a su salida, el novio había muerto, cansado y lloroso de esperarla, o posiblemente murió de viejo.

—-¿El Conde don Emiliano de la Reguera y Soria...? ¡Puf! está dos metros bajo tierra.

—-¿Cómo?

—Digo que murió.

—-¿Cuándo...?

—Pues, hace un medio año, más o menos...

—¡Dios nos asista! ¿De qué murió...?

—Pues... creo que de viejo.

—¡De viejo, no puede ser!... Era mi novio...

Los familiares del difunto la recibieron como a una viuda, el matrimonio por poder, contraído hace un año, le daba ciertas prerrogativas. Deslumbrados por el equipaje que traía y por el cajoncito de joyas que su nodriza llevaba de aquí para allá, hicieron que los deudos del marido la retuvieran a su lado. Extrañados y dolidos por las desventuras que oyeron relatar del viaje, le brindaron el desabrido cariño de los parientes políticos.

Cuando Carmela cumplió los dieciséis años, la vieja nodriza que nunca se separó de su lado, desde el momento que vino al mundo, murió de nostalgia por la ciudad lejana y también de pena por las desventuras que pasaba la niña. La niña se quedó sola en un mundo totalmente desconocido. Lo que equivalió a un segundo nacimiento sin padre, ni madre, sin nodriza, sin camisitas bordadas y sin canciones de cuna.

Una vez libre de tutelas, se dedicó a consumir su ajuar, el cual iba poco a poco desapareciendo gracias a pequeños caprichos que empezaba a experimentar: una mañana, un helado tomado en un salón de lujo; una tarde, una taza de té en una terraza de moda; luego, una larga boquilla de nácar; más tarde, un viaje a la ciudad donde iban todos los peregrinos del mundo; después, unos vestidos porque los que había traído le quedaban estrechos y eran totalmente sosos; y así, siguió gastando alegremente el contenido de la cajita de joyas.

Era una mujer libre y sin prejuicios. Rodeada por el prestigio de venir de un lugar tan remoto y por el misterio de ser una mujer casi casada. Carmela de Villa-Cató se abrió paso a la vida, obedeciendo a los impulsos de su corazón que latía con un ritmo acelerado, fortificada por el dolor, la soledad y las adversidades esperaba la oportunidad de conquistar el mundo.

Fuera del círculo de sus parientes políticos, que eran la prolongación de los habitantes de la ciudad de donde vino, encontró personas diferentes a las que hasta entonces la habían rodeado. Sus parientes políticos se parecían a los otros, aunque sin los achaques producidos por el soroche. Al darse cuenta de que el mundo estaba poblado por otra clase de seres, hizo el gran descubrimiento de que la educación que le habían dado era absurda: la mujer podía vivir al margen del gheto y tenía unas insospechadas posibilidades que debían ser explotadas sin que sucediera ninguna catástrofe.

Se dedicó a viajar por donde le vino en gana, conoció paisajes y lugares asombrosos, pero lo que más le ayudó fue el contacto con las gentes. Su mente joven y virgen asimiló una cultura extraordinaria. Aprendió varios idiomas. Se hizo mujer entera, absoluta, dueña de sus decisiones y de sus actos. Empezó a manejarse a sí misma de acuerdo a los impulsos de su sangre, fue la primera y única mujer de ese tiempo que lanzó su grito de independencia en la ciudad dormida.

Sin embargo, no logró despejarse del halo de mujer fatal con el cual se sintió marcada desde su nacimiento, así que poco a poco fue desarrollando un romanticismo rayano en lo cursi del que nunca se pudo liberar, hasta que una sensibilidad enfermiza fue apoderándose de sus actos y fue la causa de su desdicha. Su época coincidió con los albores de un período romántico que dio como resultado la quintaesencia de la mujer fatal. Y entre otras cosas, le pareció una tremenda grosería que le hubieran puesto Carmela de nombre de pila, y sin consultar a nadie, porque a nadie le importaba, adoptó el

nombre de Camelia: la flor que tenía una particularidad definida entre las heroínas de sus lecturas favoritas y con el nombre de Camelia, el poco dinero que le quedaba, y mucha audacia, se lanzó al mundo desde el trampolín de sus inquietos años.

VIII

Un día de poca actividad, en que el sol de otoño la encontró tendida en la cama, y creyó advertir vestigios de soroche alrededor de sus sienes, se puso a pensar en que casi todas las mujeres eran como ella, o podían llegar a serlo, si se proponían. En cambio, en la ciudad lejana ella sería el único ejemplar de este tipo. Para su carácter y sus aspiraciones, allí tendida sobre la cama, la palabra "competencia" estaba por la letra omega de su alfabeto; se estremeció pensando en esto, y sin más dilaciones preparó el regreso.

Los caminos no habían cambiado mucho, pero ya no se trataba de la novia delicada que debía hacer el viaje a lomo de tortuga, sino de la mujer que podía competir físicamente con los robustos arrieros y sicológicamente poner a raya a una partida de maleantes con la fuerza de su dialéctica. Su viaje de retorno duró lo que demoró una de las lamentaciones del primer viaje. Cuando llegó a la ciudad de su infancia, vio que nada había cambiado, salvo que los niños habían crecido o se habían muerto, y de todos los hermanos quedaba una sola.

Sus planes se realizaron como los había imaginado. Apenas llegó, la ciudad entera se puso en movimiento:

—¡Llegó Carmela!

—-¿Cuál Carmela...?

—La Catovil, la que hace unos años fue a casarse...

—¡Ah!, ¿la que ni fu, ni fa...?

—Sí, la misma

Camelia era una noticia en carne y hueso. Todos querían verla y oír de sus labios pintados de rojo vivo, las aventuras que había pasado.

La casa de los Catovil volvió a llenarse de rumores y de pasos agitados para recibir a la recién llegada, a quien daban por muerta. Los duendes de la casa se cambiaron de ropa. La maleza de la huerta fue arrancada de cuajo. Se abrieron las ventas de las salas. Se remozaron los muebles. Se limpiaron los polvos acumulados desde hace años. Se pintaron por segunda vez las puertas que daban a los corredores y las barandas, del mismo color verde yerba. Se raspó el musgo que cubría las piedras de la pila.

Camelia se constituyó en el centro de atracción de la ciudad, especialmente de los hombres para quienes dejó de existir esporádicamente la casa de "Las Bello-Animal" que era el único lugar escabroso y el único picante y tolerado de la ciudad. Las "BelloAnimal” se lamentaban:

—Desde que ella llegó estamos muy mal...

—Arrimemos la pianola al balcón...

—¡Estamos liquidadas! ¡El sexo puntiagudo nos defrauda...!

—Hay que hacer algo. ¡Nos hundimos sin remedio!

Los hombres se dieron a consumir grandes cantidades de pastillas para combatir el mal del soroche. Camelia los tenía encandilados con el resplandor de sus grandes escotes, de los que hacía gala durante todas las horas del día sin que pareciera importarle el agudo frío que llegaba desde las montañas. A los hombres les parecía una hazaña de contornos bélicos y heroicos el hecho de que hubiera una mujer viuda, soltera y casada al mismo tiempo y se asombraban de que hubiera podido viajar sola, sin morirse, y subsistir sin una dama de compañía en lugares lejanos y desconocidos. Todos se desvelaban pensando y tratando de adivinar si Camelia era virgen todavía, y habrían dado cualquier cosa por saber con quién, dónde y cómo habría sucedido aquello que tal vez no había sucedido...

—Ella ha recorrido medio mundo...

—Sí, usted sabe... ella sola...

—-¿Será...? ¿Estará...? Bueno

—Le entiendo, sí, le entiendo... es un asunto muy delicado...

Ella sabedora de lo que ocasionaba entre los hombres de la ciudad, quienes podían decir a boca llena:

—Anoche pasé una velada deliciosa en casa de los Villa-cató... Lo que sonaba diferente a decir: —Anoche pasé una velada deliciosa en casa de las "Bello-Animal"...

Explotaba al máximo y con verdadero talento la situación que se le presentaba. Poseedora de ciertos atractivos y de una escuela de coquetería nunca vista, se sentía en el pináculo de su existencia, mientras sus parientes maldecían el momento en que se le ocurrió volver a la ciudad para poner en evidencia un apellido tan honorable...

—¡Carmela, por Dios, no hagas eso!

—Camelia, tía, por favor, Ca-me-lia.

Tenía el don de ofrecerse y no darse. Los hombres se quedaban perplejos, sin atinar qué hacer. Ellos estaban acostumbrados a las provocaciones obscenas de las "BelloAnimal”. Camelia, en cambio, decía que sí, y luego se negaba con un "no" inocente y lleno de lucubraciones intelectuales que aumentaban la lascivia masculina.

—Carmela, divina Camelia, me permite...

—-¿Qué cosa, don Julián? ¡Dígala, dígala!

—Pues... pues... que la tutee...

—Ah, ¿sólo eso?...

Podía atraer y luego empujar, manteniendo siempre las distancias de los cuerpos, cuando tácitamente se habían unido las voluntades y las intenciones, produciendo en los hombres sensaciones semejantes a las de estar sentados sobre carbones encendidos.

La única vez que las mujeres de la ciudad dormida se juntaron en bloque de defensa común, fue cuando se solidarizaron contra Camelia, poniéndose al

lado de las "BelloAnimal", a las que ya no decían "mujerzuelas", sino "las pobres mujeres”.

Las pobres mujeres no se vieron afectadas económicamente, al contrario, volvieron los clientes que eran los mismos viejos verdes que visitaban la casa de Camelia, pero volvieron en visitas rápidas, al grano.

—¡Don Nicanor! Usted ya no nos manda flores...

—Bueno, es que...

—Sí, claro, lo entendemos... Las flores son para ella...

En el bloque de defensa común entraron las madres de todas las hijas casaderas y las posibles madres de la ciudad. Entraron las monjas de los conventos y las criadas de las casas ricas. Impelidas por las circunstancias, las mujeres se dedicaron a correr toda suerte de calumnias y de cuentos. Las mentes se despabilaron del letargo e hicieron alianza con las lenguas, cuando las lenguas se negaban a decir ciertas cosas, entonces se aliaban con las manos:

—-¿Sabes la última?

—¿Acerca de ésa...?

—Sí, dicen que está...

—-¿Y de cuál de nuestros maridos será...?

—¡Vaya a saberse! Con tantos hombres que entran y salen ... de esa casa.

Escribieron una historia que podía leerse desde lejos, escrita con trazos vigorosos, de honores ofendidos, de hogares deshechos, de noches de duermevela, de infidelidades, de crueldades, y de todas las cosas que suelen tratar las mujeres comunes y corrientes cuando se reunen para hablar de sus maridos... Todo esto estaba escrito en la fachada de la casa de los Villacató. La historia se repetía y se repetía cada vez que se juntaban dos mujeres, hablaban a media voz con las cabezas juntas, hacían ciertas señas con las manos, meneaban las cabezas y se sonrojaban.

Camelia no tenía otra culpa que la de ser una mujer de mundo. No se le podía perdonar el donaire con que manejaba al sexo masculino de la ciudad, ni su cultura, ni su desenvolvimiento, como tampoco su guardarropa, que lucía deliciosamente extravagante. Ni las grandes dosis de perfume con que envolvía su figura dejando una estela de incógnitas fragantes y de deseos insatisfechos. Ni las pieles y las sedas. Ni su boquilla de nácar de enormes proporciones en la que ensartaba cigarrilos egipcios. Era la única mujer de la ciudad a la cual se la había visto fumar, ni siquiera a las "BelloAnimal" se les había permitido esa licencia. Su otro gran pecado fue el de ignorar al resto de mujeres.

—¡Carmela, que te pierdes! Todo el mundo habla de ti...

—¿Quién es todo el mundo?

—Todas las mujeres.

—¡No me importa! ¡Mejor!

Actuaba como si tuviera siempre a sus plantas un cortejo de admiradores fanáticos. Era más bien fea, conspicua, alta y muy delgada, como correspondía a quien hacía gala de un romanticismo congénito. Usaba dos o tres lunares postizos confeccionados por ella misma, recortados de un paño de terciopelo negro y engomado en la parte posterior. Fue ella quien introdujo la moda del terciopelo. Las gentes poco habituadas a la palabra le llamaban "ciertopelo”. Tenía el cabello abundante y negrísimo. Durante el día lo llevaba recogido hacia atrás con una hebilla de carey y pedrería, y por las noches se lo soltaba sobre los hombros para dar una idea de aparición nocturna a su alargada figura. Sus vestidos de noche eran de corte griego, lo cual era otro motivo de escándalo, ya que el resto de mujeres sólo usaban vestidos para estar en la casa y vestidos para salir a la calle, no para determinadas horas del día. Los vestidos de Camelia Llorosa dejaban al descubierto la escuálida anatomía de sus brazos, pero así flacos como eran, los hombres de la ciudad soñaban por estar aprisionados en ellos.

—No sé qué le ven los hombres, con los huesos al aire y esas pepas negras en la cara...

—Con el pelo negro, como de india y pálida como una tuberculosa...

Desayunaba el jugo de varios limones para acentuar la palidez de su rostro y se pintaba grandes ojeras de color violeta, para que todos se enterasen de su constante insomnio producido por las penas del amor. A las cinco de la tarde se ponía un kimono de seda y bebía su té en auténticas tacitas de porcelana roja. Hacía diariamente cuatrocientas flexiones ante el espejo para afinar la cintura de avispa, pues deseaba que una mano fuerte pudiera cerrarse alrededor de su talle.

Era ducha en el arte de desmayarse cuando las circunstancias así lo exigían; y cuando lo hacía, lo hacía con una convicción de artista.

— ¡Las sales, las sales! ¡Nuestra Camelia se ha desmayado!

—La culpa la tiene usted, don Martín, ya sabe cómo la afecta ese pasaje del divino Hugo...

Siguiendo la moda de lo que vio hacer en algunas ciudades de más allá de los mares, reunía en sus salones, los martes por la noche, a lo más distinguido de la gente de pluma, que eran poetas en su mayoría y a uno que otro pintor que hubiera traspuesto el cómodo umbral de la fama. Conseguía que las nueve musas bajaran del Olimpo y se sentaran en las rodillas de sus invitados, para que nada les faltara, y se sintieran más a gusto en sus tertulias.

Los escultores que fueron con el pasar de los tiempos, los artistas más notables de la ciudad, nunca habían sido invitados a las veladas de Camelia Llorosa. Eran considerados como meros artesanos. Las gentes pensaban que al cortar la madera de los árboles eran como oscuros leñadores. Cuando ellos cepillaban las tablas y sus pies se enredaban en las virutas, daban pasos equivocados entre las nubes, la gloria, los arcángeles y los santos que yacían en el desorden de sus talleres. Y cuando cogían con sus manos los testículos de los carneros para dar ese brillo de mármol a sus estatuas, sus manos perdían la finura que tenían las manos de los escritores y el estilo

característico de los hombres de salón, al tener entre sus dedos una copa de cristal de bacarat.

Tampoco había gente de teatro. No existía interés por las tablas tal vez porque se vivía actuando las veinticuatro horas del día. Las compañías de teatro que giraban por el mundo no se habían aventurado a llegar a la ciudad, los caminos que conducían a ella seguían siendo abruptos desfiladeros por los cuales sólo era posible avanzar con la tramoya a cuestas, el miedo en la máscara, la pantomima en los ojos, calzando coturnos que se pegaran como ventosas a la tierra para no resbalar por el fango, esperando que se encendieran las candilejas del sol para espantar a los histriones endemoniados que impedían que la farándula entrara en escena, en la ciudad que nunca había levantado su telón al mundo.

En las tertulias de Camelia Llorosa ella era la única mujer. Se hablaba de arte y literatura. Camelia recitaba poesías en un francés dulcísimo. Se metía con largos párrafos de "Las Cuitas del Joven Werther" que se sabía de memoria. Los asistentes no se cansaban de oirla, con las manos recogidas y los ojos cerrados, tratando de aprehender las palabras, los silencios y las intenciones. Cuando finalizaba, la casa de los abuelos se venía abajo con estruendosos aplausos que despertaban a los fantasmas. Un tenue polvillo caía de las paredes y todos se sentían tan en su elemento como si estuvieran naufragando en un mar de tinta, con barquitos de papel y remos de pluma de cisne, donde los pescados fueran letras, y el mar, el océano inmenso de la poesía.

La hegemonía de Camelia Llorosa llegó hasta el extremo de constituirse en el oráculo de la política: mantenía una copiosa correspondencia con todos los expatriados e insurrectos desterrados; se entretenía en avivar y sofocar cuartelazos y rebeliones, según estuviera su genio. En sus tertulias literarias se conspiraba en grande escala, se derrocaban gobiernos y se fraguaban revoluciones, como si se tratara de un pasatiempo con qué mitigar el sopor de las horas muertas.

—¡Mañana estalla la revolución!

—Sí, Camelia no puede resistir más los bigotes del general Arévalo...

El nombre de Camelia Llorosa le venía de sus largas y espesas pestañas, ennegrecidas con pomadas elaboradas con la médula de huesos humanos y el pabilo de las velas de sebo —que eran el alumbrado corriente de la gente pobre de la ciudad—. Las pomadas se vendían a la entrada de los cementerios con el nombre de "pomadas vivificantes”. En las noches de tertulia Camelia lograba colocarse, con verdadera maestría, una gota de aceite en la punta de las pestañas para producir la impresión de una lágrima suspendida en las puntas de su sensible feminidad. Con la lágrima a cuestas Camelia Llorosa lograba lo que se proponía. Los hombres no podían resistir el brillo de la perenne lágrima y hacían cualquier cosa que ella les pidiera, por descabellada que esta fuera, con tal de que apareciera otra lágrima gemela.

—Al general Arévalo hay que sustituirle por el coronel Torres.

—¡Camelia! ¡Eso es una locura!

—¡No lo es, Torres es más romántico, tiene algo de Napoleón

—Pero, Camelia...

—Creo que voy a llorar...

Torres se posesionaba del mando y las tertulias de Camelia Llorosa volvían a adquirir su tinte literario. Se servían finos licores traídos de más allá de los mares sobre el despellejado lomo de las muías. Camelia Llorosa servia su vino con infinita gracia y cuando pronunciaba las rituales palabras de: "salud", todos bebían automáticamente dos tercios de la copa; volvían a decir: "salud", y terminaban iguales...

A las nueve de la noche tomaban chocolate, elaborado en la propia casa y destilado en una piedra de agua. Una vez consumido el chocolate, éste hacía su efecto, y de la más apasionada discusión política, o lánguida disertación literaria, se pasaba al tema del amor.

Impelidos por las circunstancias, por los deseos nunca satisfechos, por el fuego que encendía la presencia y la figura de Camelia Llorosa, todos los asistentes a sus reuniones le habían declarado su amor. Habían agotado el tema con todos sus matices, variaciones, resultados y consecuencias, no de hecho, sino en el plano de lo platónico.

Las noches de los martes se sucedían año tras año. Los asistentes tenían unas canas más, un bigote, una calva más pronunciada, un poco más de barriga y llevaban unos sonetos, o un ramo de flores para la dueña de la casa.

IX

Pasaron los años con la lentitud con que solían pasar en la ciudad dormida, y cuando la inexpugnable fortaleza de Camelia Llorosa comenzó a desmoronarse porque ya no quedaba ningún hombre que no le hubiera rendido el tributo de su adoración más ferviente, por vía oral o escrita, en forma de prosa o de verso, otorgó su mano al menos pensado. Obró por capricho, obedeciendo las sinrazones de los días regidos por la vacilante lógica de la luna sobre su organismo. Empezaban los primeros síntomas visibles del soroche, tenía una venda de cemento puesta sobre los ojos. Camelia Llorosa resolvió aceptar a uno de los pretendientes cuando estaba bien entrada en los cuarenta años que —aunque no los representaba— los tenía. Se dio cuenta de que el juego al que se había habituado no podía mantenerse indefinidamente, pues las infusiones de agua de romero ya no lograban hacer desaparecer del todo las primeras canas.

El elegido era a su juicio una lumbrera. Le llevaba diez años de edad y juraba por todas las musas que se había mantenido soltero en espera de un amor apasionado y torrentoso, como sólo Camelia Llorosa podía ofrecerle. La verdad era muy diferente...

—¡Camelia, cincuenta años de mi vida, la he esperado!

—Pues, no va a esperar más...

—¡Oh dicha! ¡Juro que nunca puse mis ojos en ninguna otra mujer!

—¡Mentirosillo...!

—¡Camelia de mis entrañas, usted ha sido la única mujer! Rendido a sus pies, le pido el mármol de su blanca mano.

La boda fue muy elegante, supervisada en los menores detalles por el espíritu refinado y romántico de quien había decidido pasar la barrera que venía tratando de pasar desde los quince años. El deseo de Camelia Llorosa fue el de que veinte niños vestidos —o mejor desvestidos— de Cupido, acompañaran al cortejo. Pero los habitantes de la ciudad dormida pusieron el grito en el cielo, y Camelia tuvo que conformarse con veinte niñas vestidas de rosa y con coronas de azahares en la cabeza.

Se pintaron por tercera vez los barrotes del corredor con el color verde yerba de siempre. Se barnizaron los muebles. Volvieron a quitarse las telarañas de las junturas de las paredes y a limpiarse la maleza de la huerta. A la sirenita de la pila se le pulió con cascaras de limón y bicarbonato. Las vértebras del zaguán fueron limpiadas con agua caliente y ceniza. Se encargó champán francés que llegó en el momento en que la

novia salía de la iglesia. Se borró la denigrante historia que estaba escrita en la fachada de la casa. Las mujeres de la ciudad dormida respiraron tranquilas, al cabo de mucho tiempo de vivir en zozobra, se aprestaron para asistir a la boda. Los pretendientes desechados volvieron a frecuentar la casa de las "Bello-Animal": descaradamente, los solteros, subrepticiamente, los casados. Los que eran poetas vulgarizaron la palabra "tálamo", llenos de despecho: y hubo dos o tres pequeños simulacros de suicidio...

Camelia Llorosa vestida de blanco —como en realidad le correspondía, a pesar de ser viuda y casada a la vez— dejó a la gente con la boca abierta cuando salió de la iglesia del brazo del elegido. Lucía esbelta y juvenil, no tenía las ojeras violetas del insomnio, y la lágrima que solía llevar a cuestas en cada ojo había desaparecido, pues ya no tenían razón de ser.

Durante mucho tiempo los habitantes de la ciudad dormida hablaron acerca de la boda de Camelia Llorosa, ponderando su vestido y el banquete que se celebró ese día. Todos esperaban que el gran suceso culminaría con el advenimiento de un vástago que heredara el supuesto talento del padre, el dinero y las gracias imponderables de la madre.

Pero el suceso nunca llegó. El padre como artista refinado que era, decía que necesitaba crear un ambiente propicio para entrar en las funciones preliminares al ejercicio de la paternidad...

En el transcurso de su larga vida de medio siglo, no había logrado encontrar mujeres que supieran crear ambientes como lo hacía Camelia Llorosa. Ella conseguiría lo imposible, era capaz de hacer sudar hasta a las piedras. Un poco preocupado, no dejaba de pensar en sus escasas e inútiles visitas a la casa de las "Bello-Animal"...

—Don Julián no es hombre para la Catovil...

—No. Pero dicen que está tomando jarabe de alas de cantáridas.

—Aunque se las coma crudas! ¡Con cantáridas o sin ellas, no puede!

—Pero, con ella ha de poder...

Camelia Llorosa conocía la vida por los actos de los héroes de sus libros favoritos. Esperaba que su primera noche de bodas fuera única y —en realidad lo fue—. No le llamó la atención que el que suponía fogoso marido, la hiciera cantar, una vez metida entre las blancas sábanas de lino —bordadas con pequeños cupidos por las diligentes manos de las monjas conceptas—, la ronda infantil del Ma-tantirun, tirun-lá...” Camelia Llorosa, entre sorprendida y risueña, se pasó cantando toda la noche, y las luces del alba la sorprendieron con voz enronquecida:

—"Buenos días mi señoría,

—Matan-tirun, tirun-lá.

—Qué deseaba su señoría.

—Matan-tirun, tirun-la.

—Y o deseo una de sus hijas.

—Matan-tirun, tirun-lá.

—En qué oficio la pondría.

—Matan-tirun, tirun-lá...”"

Pasaron otras noches y Camelia Llorosa empezaba a desesperarse y a intuir el mundo subdesarrollado de su marido. Le costaba trabajo desengañarse del todo y como era de naturaleza generosa, optó por cambiar la letra de la ronda infantil poniéndola al rojo vivo. Ciertas palabras y ciertos significados eran evidentísimos. Al principio le costó algún trabajo y algún rubor a ponerse a cantar, pero venció su natural repugnancia y lo hizo como para demostrar que ella había ido hasta el final.

Las noches seguían largas, lentas y tediosas, cantando canciones que no había vuelto a cantar desde que era niña y que, para colmo, no surtían ningún efecto, pese a que don Julián le juraba que era la última vez que cantaba... Los días eran tristes, nublados de vergüenza y de recuerdos, salpicados de una espesa costra de largos silencios.

El ansiado hijo, y el suceso del que tanto le habían hablado desde el tiempo en que la embarcaron, nunca acabó de llegar... Cada día estaba más flaca y exhausta de cantar el "Matan-tirun, tirun-lá". Sus familiares, preocupados, le acosaban a preguntas:

—¡Camelia! Qué te pasa. Cada día estás más pálida y desmejorada...

—¡No es para menos...!

—Cuéntanos: no te llevas bien con tu marido...!

—¡Marido! ¡No me hablen de el!

Camelia Llorosa había perdido el prestigio de ser el gallo del gallinero literario. Las tertulias y las fiestas perdieron su brillo. Ella empezaba a sentir un cansancio y un desgano de vivir que se traducía en un negro rencor hacia todo lo que le rodeaba. Pasaba horas enteras sentada junto a la pila mirando correr el agua, y con un libro abierto en las manos, que nunca leía.

Hasta que un día, comprendió de golpe la gran mentira de las cosas y haciendo una fogata en el centro del patio, prendió fuego a todos los libros que habían sido las delicias de antaño, quemó uno por uno todos sus sueños, tiró los regios vestidos de los armarios, se sacó las joyas, abandonó su larga boquilla de nácar, el pedazo de "ciertopelo" engomado de sus lunares postizos, las copitas de cristal de "bacarat —a las que más tarde mama Chana confundiría diciendo: "copas de cabaret”— y haciendo una muda caricia a la sirenita de la pila, que la acompañaba en su humillación y en su pena, salió de la casa de los Catovil dando un definitivo portazo, en busca de su ilusión perdida, montada en el Rocinante de su desengaño, y con dos auténticas lágrimas en los ojos.

Era un Quijote femenino en busca de una quimera, y como tal, se encaminó al único lugar de la ciudad dormida que había sido mirado con mucho recelo de su parte. Pensó que a nadie podía nacerle la idea de buscarla allí, en el convento de las monjas conceptas que le bordaron las sábanas nupciales.

Cuando llegó al lugar, haló el cordón de la campanilla, se cercioró bien de que nadie la hubiera visto, y cuando abrieron del otro lado la rejillas, y ella dijo quién era y a lo que 1ba, suspiró, satisfecha y entró.

En el convento se armó un jaleo de tres días. Las monjas la recibieron como a la oveja perdida del rebaño. Hicieron la fiesta del pecador arrepentido, y como todas las monjas se habían olvidado de leer y escribir, la hicieron superiora, no sin antes cortarle el pelo a rape y ponerle los espesos velos que hacían de la mañana, tarde, y de la tarde, noche.

El repudiado e inútil marido hizo vanos esfuerzos por encontrarla. Con la vergüenza a cuestas la buscaba, a gatas, debajo de las camas, de las sillas, en el fondo de las arcas de ropa blanca, entre las piezas de olán que sirvieron a la viuda para hacer camisitas, levantando las tapas de las ollas en la cocina, y hasta aventurándose a mirar en el fondo del pozo, pero... en vano. Un día llegó al convencimiento do que había sido raptada y llevada al extranjero por alguno de sus amantes de más allá de los mares. Entonces la lloró como a muerta. Vistió de luto riguroso los años que le quedaron de vida, y se quedó solo en la vieja casa, escribiendo versos apasionados a la memoria de Camelia, a su cuerpo blanco como el mármol, a sus manos alargadas y a su lágrima titilante, hasta que también sintió el hastío de vivir y de escribir palabras y palabras, y se murió — como dijeron las gentes de la ciudad— del más puro y apasionado amor.

—Don Julián acaba de morir...

—-¿Ha muerto de amor?

—-Dónde estará Camelia Llorosa?

—¡Quién sabe...!

Pasaron los años y la memoria de Camelia Llorosa siguió en el corazón de los amantes de las artes, y en el de los amantes no correspondidos, quienes, a veces caminaban a deshoras por los linderos de la ciudad dormida en busca de sus huellas. Los niños aprendieron a saltar la soga diciendo:

— Monja, viuda, soltera y casada... Monja, viuda, soltera y casada...

X

La única hermana que quedaba a Camelia Llorosa acababa de morir al dar a luz a su noveno hijo. Era la más común y natural de las muertes, el morir de fiebre puerperal. Parecía una maldición de los Illacatu el que sus descendientes fueran huérfanos y los niños se criaron entre tíos.

A Camelia Llorosa le llegó la noticia a través de un descuido del torno que manejaba una de las hermanas conceptas. La noticia se transformó en llantos y suspiros para las monjas. Debajo de la almohada de la muerta los familiares encontraron un papel en el que se pedía a Camelia que se hiciera cargo de los nueve huerfanitos:

"Querida Carmela: el corazón me dice que no has muerto y que tampoco estás en el extranjero... Te ruego veas por mis nueve hijos. Sé una madre para ellos. Recuerda que nosotros también fuimos catorce hermanos y sólo quedamos tú... y yo que me estoy yendo... Tu hermana, Teresa".

Como superiora que era del convento, Camelia Llorosa, no podía dejar abandonadas a sus monjas, así que pidió dispensa papal a Roma, y mientras llegaba, se dispuso a preparar a la monja más apta para que le sucediera. La más apta tenía setenta y tres años, y también, como todas, se había olvidado de leer y escribir. Así que Camelia Llorosa no tuvo empacho en enseñarle otra vez el silabario:

—La pe con la a: pa. La pe con la e: pe. La pe con la i: pi...

Mientras los papeles de la dispensa iban y venían sobre el lomo de las mulas y sobre la cresta de las olas, y la monja aprendía a leer y a escribir, pasaron muchos años y los nueve huerfanitos quedaron reducidos a tres. Cuando Camelia Llorosa tuvo la dispensa papal en sus manos, salió a posesionarse de la antigua mansión de sus triunfos y de sus desencantos, con un temple de ánimo que admiró y edificó a las hermanas conceptas, quienes la despidieron con lágrimas; llenándola de medallas y estampitas para los sobrinos.

Nada había cambiado en la ciudad dormida. Los niños habían crecido y los viejos se habían muerto. En la vieja casa había sombras, polvo y recuerdos. La sirenita seguía plantada en la pila sosteniendo la misma concha en sus manos. Los tres sobrinos le esperaban en fila, vestidos de negro y con los ojos muy abiertos. Los fantasmas que ella había mandado a encerrar en los cuartos traseros de la casa, cuando era una mujer de mundo, andaban ahora sueltos por los corredores, revolviendo todas las cosas. La huerta estaba invadida de malezas y de ortigas. Los alientos de tantas personas muertas se habían quedado pegados en el desconchado de las paredes.

Los años de convento habían hecho de Camelia Llorosa una mujer distinta: se había arrancado la risa de la boca. Al sacarse el corazón para lavarlo de las mundanidades a que se había dedicado antes, no pudo volverlo a colocar en el mismo sitio, sino cerca de los riñones. Había dejado de ser la mujer culta que asombraba a los hombres de la ciudad dormida, y lo único que leyó en sus años de enclaustramiento fue "la Imitación de Cristo" del señor Kempis y el papelito que le enviara su hermana Teresa antes de morir.

Había vivido un mundo donde la realidad de las cosas le sabía a engaño. Entre los muros del convento había dejado lo mejor de sí misma, así como su fama de santa y de sabia. Era silenciosa, austera y fría. Seguía conservando su ímpetu dominante. A las monjas las había mandado por ser ella quien era y a los sobrinos los dominaba con la fuerza de su mirada, reforzada y puntualizada por las largas pestañas, que ya no eran tupidas, pero seguían imponentes. Los sobrinos no se atrevían ni a respirar en su presencia. Fue un favor del cielo el que los seis restantes se largaran.

Víctimas, como siempre, del sarampión y las viruelas. Los tres que quedaron fueron: Catalina, Francisco y Clarita.

Los tres crecieron en el estrecho círculo de una educación dominada por el miedo y por la incertidumbre de los bruscos cambios de carácter entre el tedio de las largas oraciones conventuales, las tiranías de una mujer que había dejado de ser humana a fuerza de desengaños, y los quebrantos y ansias de ver los anchos corredores y no poder correr por ellos, ni jugar con el agua de la pila...

Cuando la tía oía cantar a los sobrinos la ronda infantil del 'Matan-tirun, tirun-lá', perdía la cabeza y todos tenían que correr a esconderse en la huerta, los niños se zambullían de cabeza en el fondo de los armarios o en las arcas donde aún se conservaban cartas olorosas y anudadas con cintas de colores. Los sirvientes le traían, temblando, grandes tazas con infusiones de agua de toronjil y flores de azahar, le daban cien gotas de serenita y la tía se sumía en el mundo de la inconsciencia, sólo entonces los niños se tomaban de las manos y salían a navegar en el mar de la tranquilidad.

Los accesos de Camelia Llorosa eran temibles, no podía vivir en una casa donde dejó de ser quien era; la vida le pedía demasiado, aún no se había perdonado el haberse dejado engañar por un hombrecillo insignificante; y su desatino no paró allí, pues habiendo experimentado por sí misma la inconsecuencia masculina, generalizó en su desprecio a todo lo que implicara el sexo fuerte. De este modo llegó a obligar que su sobrino Francisco se vistiera de niña hasta el día en que entró al colegio...

—-No quiero en esta casa nada masculino.

—Qué es masculino.

—¡Los hombres!

—Tía, ¿y el gato?...

—Que se lo lleven lejos y traigan una gata.

Los tres sobrinos que sobrevieron a la muerte de sus padres y a las enfermedades de la infancia, fueron hechura de su fracaso. Nunca supo cómo tratarles, su corazón ácido se había apergaminado y fue incapaz de cualquier manifestación de ternura. Con ella se secó para siempre la rama del primer hijo de María Illacatu.

XI

En la casona de los tíos, junto al capulí frondoso —+el que repartía sus frutos por toda la huerta y por los patios de las casas vecinas— se había visto fuego desde que la casa fue construida. Todas las noches aparecía una llama azul, fría y extraña que salía del fondo de la tierra y desaparecía tan pronto como alguien se aproximaba al lugar y se quedaba mirando fijamente. Entonces la llama cambiaba de sitio: pasaba del pie del árbol a la niña de los ojos, y se instalaba en el cerebro. Al mirar la llama y cerrar los ojos, se podía verla durante horas hasta que se desvanecía bajo los párpados de la codicia.

—¡Mira la llama azul! ¡Ya aparece de nuevo!

—¡Mira cómo crece y cómo se achica!

—¡Ahí está el tesoro!

—¡Vamos a cavar!

—-¿Y, si el tesoro no es para nosotros?...

Se creía que la llama era el alma de un avaro que había enterrado su tesoro, y su alma había tenido que quedarse custodiándolo hasta que llegara a las manos del que debía ser el dueño...

Las chaquiras preciosas y las esmeraldas de María Illacatu habían desaparecido más pronto de lo previsto. A ninguno de sus tres hijos se les había ocurrido trabajar: El trabajo es para los indios, —decían. El primer hijo, el que murió en la corrida de toros, se dedicó a las fiestas y saraos para mantener y cimentar el rango social que no tenía el equilibrio deseado al comprar el titulo... El segundo entro al convento siguiendo la tradición de los segundones. Y el tercero que fue Panchito, se vio en apuros económicos para mantener a su numerosa prole en el rango a que estaban acostumbrados, de manera que decidió apoderarse del tesoro haciendo los preparativos con la minuciosidad que indicaban los libros de la época sobre los desenterramientos de tesoros:

—"'Manual concreto y efectivo sobre el arte, manera y forma de desenterrar Tesoros Ocultos y apoderarse de ellos. — Editado en la ciudad de Lima, Perú, y con Licencia Eclesiástica”.

Panchito esperó que llegara la luna llena. Hizo traer un llamingo de tres meses que se hubiera alimentado de pasto seco y piquiyuyo. Un perro negro que tuviera dos manchas blancas: una en el lomo y otra en la frente en forma de media luna. Consiguió cuatro velas benditas que hubieran velado el cadáver de una doncella... Una garrafa de aguardiente de caña —la caña debía haber nacido cerca de un río donde se bañaran mujeres—... Picos y palas nuevas que hubieran sido bendecidas, no por un sacerdote, sino por un sacristán que fuera borracho... Los preparativos duraron largos meses, con la consiguiente espectación.

La familia conservó siempre la garrafa de aguardiente. Bruna la pudo ver entre los muebles viejos que se guardaban en los cuartos traseros de la casa. Estaba llena de telarañas y en su fondo había un sedimento verdusco.

—- Qué habrá en el fondo de la garrafa?

—NO sé, pero nunca la abras...

—¿Por qué?

—Porque puede ser veneno, o estar todavía con el antimonio del tesoro.

Cuando la luna llena se puso en el punto que indicaba el manual, Panchito se hizo acompañar de todos los familiares, amigos y amigotes reconocidos en la ciudad por ser los que mayor número de palabrotas podían y sabían decir, y se fueron a la huerta con todos los instrumentos necesarios. Empuñando las varitas milagrosas de San Cipriano, se colocaron alrededor del árbol de capulí y vieron cómo éstas señalaban el sitio indicado por la llama. Las varitas se doblaban con una fuerza tan grande que era preciso sostenerlas con ambas manos.

— ¡Ayúdame, Manuel, aquí se doblan las varitas!

—Es cierto. ¡Este es el sitio justo!

—¡A cavar! ¡A cavar! ¡A prisa!

Pasada la medianoche, cuando el golpe de los picos había acallado el rumor de las ánimas en pena, y por encima de los limoneros comenzaban a clarear, como si la noche se estuviera destiñendo y los gallos se desperezarán con las alas, sin atreverse a cantar todavía, encontraron un baúl de cuero negro. Arreciaron las tomas de licor y el vocabulario de los hombres se hizo violento:

—¡Maldita sea la...!

—¡Hache de pe...! ¡X... y... Z...!

—¡Me c... en la w...!

El perro se sacudió la media luna de la frente que al caer se hizo pedazos, el llamingo cumplió los cuatro meses de edad, y las velas benditas se apagaron...

Habían hecho un espacio vacío alrededor del baúl para amarrarlo con una soga y poderlo izar fácilmente a la superficie con una soga. Pero Panchito no pudo resistir la tentación de ser el primero en abrir el cofre, y antes de que estuviera arriba, bajó al fondo del hoyo, y utilizando una barra de hierro como palanca, forzó las cerraduras y abrió el baúl... Todos los presentes dieron un grito de asombro al ver que estaba lleno, hasta los topes, de monedas de oro puro:

—¡A mí! ¡Déjenme a mí solo...! ¡C... m... l..! ¡Espera, Panchito espera! ¡M... ñ... O...! ¡No seas p...!

—¡Ayyy!

Los gritos fueron tales que despertaron a la mujer de Panchito, a quien se le había prohibido asistir al desenterramiento del tesoro por el hecho de ser mujer (Las mujeres impedían el buen éxito del trabajo). Panchito acariciaba las monedas de oro, se revolcaba en ellas y hundía sus brazos en el baúl, cuando llegó su mujer. Entonces todos vieron algo que les puso los pelos de punta: el cofre se cerró de golpe, salió andando del hoyo y se perdió en la oscuridad de la noche... Se había violado el tercer acápite de la primera regla del libro de los desenterramientos de tesoros: la ausencia total de cualquier mujer, y allí estaba la tía en camisón de dormir y con boca abierta...

—¡La señora! ¡C... m... q...!

—¡Vayase! ¡Largúese! ¡Piérdase! ¡No sea c...!

— ¡El baúl se escapa por su culpa!

— ¡Todo se ha perdido por una t... u... v...!

Ya casi era de día cuando todos se retiraron cabizbajos y como alelados. Panchito se fue a la cama diciendo a su mujer —que seguía con la boca abierta sin comprender nada de lo que pasaba— todas las palabrotas que había aprendido esa noche.

Cuando ella le llevó el chocolate a la cama, cerca de medio día, para que se levantara, le encontró muerto...

Acudieron los familiares y amigos a verle: en su puño tenía un doblón de oro y estaba como dormido, riéndose de medio lado. Nadie pudo quitarle la moneda porque su mano se había cerrado definitivamente sobre ella, estaba adherida a la palma...

Los doctores dijeron que el antimonio del tesoro había penetrado en sus pulmones, introduciéndose por la ternilla izquierda de la nariz que estaba negra, como si hubiera sido chamuscada. El alma del tesoro había seguido el camino trillado de los buenos y los malos olores, había llegado hasta el corazón y le había paralizado. Pero, de todos modos, se fue a la tumba con su moneda de oro, ante el asombro de las gentes.

—-Dicen que nadie le pudo abrir la mano...

—¡El doblón de oro puro estaba pegado a la carne!

Dos días seguidos las campanas de la ciudad dormida doblaron a muerte. Su mujer le siguió dócilmente al otro día a la tumba, aquejada tal vez por un

complejo de culpa. Pero los doctores no dijeron eso, sino que su muerte se debía a una enfermedad extraña, que calificaron como pasmo. De todas formas, se fue tornando negra y retorcida como las raíces del viejo capulí que repartía sus frutos por la huerta y por los patios de las casas vecinas.

—¡La viuda de Panchito está malísima... no llega a la noche!

—Todo por culpa del tesoro.

—Es que ese tesoro no era para ellos...

Se hicieron los funerales. Volvió a rondar por la casa otro grupo de niños huérfanos. Volvieron a vestirse de negro. Quitaron otra vez los espejos de los salones. Orlaron los retratos de los antepasados con crespones negros. Volvieron a cerrar las ventanas que daban a la calle para que el poco ruido de la ciudad dormida no interrumpiera el luto de los habitantes de la casa. Durante cuarenta noches rezaron por las almas de los difuntos, que habían dejado el mundo de los vivos en circunstancias tan especiales. Durante noches y noches los familiares relataron hasta el cansancio el episodio del baúl, sin omitir detalle. Cuando las visitas contaron el suceso a otros y el cuento fue propagándose a través de las generaciones, resultaba que, el tío Panchito había enterrado el tesoro al pie del viejo capulí y cuando llegó la generación de Bruna y sus hermanos, éstos andaban buscando siempre el tesoro de Panchito.

—¿Vamos a la huerta, a cavar el tesoro?

—¡Vamos! Así podemos decir todas las palabrotas que queramos.

—Las mujeres no van...

—Bruna puede ir, si se pone mis pantalones...

La casa volvió a vivir un nuevo período de silencio y de mutismo, interrumpido apenas por el agua que salía de la boca del pescado. El pozo con el ojo del diablo volvió a adquirir una importancia más lóbrega. Los sobrinos, al vivir con los tíos pasaron a adquirir sus posturas y de viejos y a alimentarse con las secuelas de Hipocresías y convencionalismos. La muerte se pasó a vivir definitivamente en la casa y la tristeza a aflorar en los ojos de todos.

—Ha cantado el solitario, ¿quién se irá a morir?

—Hay una mariposa negra en la sala, ¿a quién se vendrá a llevar?

Por el portón de la vieja casa entraban comadronas y salían ataúdes con una frecuencia alarmante. Cada rincón de la casa tenía su historia acerca de un ser que había muerto en tales y tales circunstancias. Al rito de la muerte le quedaban rezagos de una barbarie que tardarían siglos en desaparecer. La dificultad de explicarse las cosas que venían del más allá, y que parecerían estar regidas por seres crueles, habían hecho de la muerte un acontecimiento morboso que nunca desaparecería. Cuando algún familiar moría, Bruna lloraba, pero su llanto era por el terror de enfundarse en ropas negras, muchas veces el muerto le importaba un comino, pero debía vestirse de negro durante largos meses y cuando empezaba a usar ropas de medio luto, moría otro y así indefinidamente...

—Guarda tus vestidos de color en el arca.

—Tienes que llevar luto ocho meses.

—¿Otra vez?

—Tío Anselmo ha muerto.

—-¿Y quién es tío Anselmo...?

XII

Alvaro de Villa-Cató era uno de los hijos de Panchito. Todo el mundo le llamaba Alvarito. Murió a los ochenta y cinco años de edad cronológica que correspondía apenas a unos cuatro años de edad mental. Fue un niño-hombre genial. Toda su vida se pasó sentado frente a un telar, tejiendo una alfombra de color rojo. Todos los días de su vida y todas las horas de la misma, no hizo otra cosa que tejer la alfombra que nunca pudo terminar y sobre la que habría de venir caminando desde Roma, el Santo Padre, a la ciudad dormida.

Fue un sueño que nutrió su vida. La alfombra roja era de un tejido apretado, uniforme, suave y liso como la mejilla de una mujer. Y cada vez el tejido era más perfecto, por el dominio que las manos de Alvarito adquirían sobre el rudimentario telar instalado en su propio cuarto.

La alfombra se enrollaba sobre sí misma, cada día giraba menos sobre su propio eje, hasta que el rollo se hizo tan voluminoso que levantó el techo y hundió el piso. Tenía un metro de ancho y el largo era el de toda una vida. Era como una serpiente roja, jamás imaginada, que dormía su invierno. Sería capaz de dar la vuelta al mundo y tenderse como un puente sobre los mares por obra y gracia del genio de Alvarito de Vila-Cató, para que el Papa viniera caminando sobre ella, llegara hasta la puerta de su casa y le diera la bendición. El Papa no podría negarse a la tentación de ponerse a caminar sobre la hermosa alfombra. El tejido aprisionaría sus pies impidiéndole regresar e instándole a seguir adelante. Vendría caminando desde Roma, los ángeles le harían sombra con las alas extendidas durante el día, las luciérnagas le alumbrarían y le darían calor durante la noche. Sobre la alfombra no llovería nunca y ella misma, al desenrollarse, iría buscando los mejores caminos y los parajes donde hubiera jardines y árboles frutales.

—Alvarito, descansa. Te vas a enfermar...

—¡No puedo, tengo prisa!

—¡Alvarito, ven a almorzar!

— Apenas termine esta fila voy...

—¡Alvarito, ya mismo se hace de noche...!

—Que me enciendan las velas.

—¡Alvarito, ven a dormir!

—Luego... luego...

Murió sin haber logrado la única aspiración de su vida, y presintiendo que ésta se le iba sin remedio, pidió que le enterraran junto a su telar.

La falta de ejercicio había hecho que su cuerpo se desarrollara casi tanto como la alfombra, de modo que fue necesario fabricar un ataúd tan grande que fue llevado por veinte miembros llorosos de la familia.

—¡Cómo pesa!

—¡Pongámosle en la carreta de las verduras!

—¡No! Sería una falta de respeto y... las mulas se han de cagar sobre la alfombra...

Para que el cadáver pasara la alfombra comenzó a desenrollarse, yendo de la puerta del cuarto de Alvarito a la puerta de la iglesia, de la puerta de la iglesia a la puerta del cementerio, de la puerta del cementerio, justo, a la puerta de su tumba.

De este modo, la ciudad quedó íntegramente alfombrada. Todos los habitantes de la ciudad ayudaron a los familiares a extender la alfombra sobre el empedrado de las calles, movidos por la curiosidad de ver hasta donde llegaba. Pero una vez satisfecha la misma, nadie se preocupó de volverla a su sitio. Además, era el monstruo que, habiendo conocido la libertad, era imposible que volviera a su cueva, había despertado de su sueño de invierno.

—¡Qué maravilla de alfombra!

—¡Es la alfombra más larga del mundo y la van a dejar tendida en las calles!

—Y a no pueden meterle dentro de la casa...

La alfombra quedó tendida en las calles durante cinco años, hasta que el sol y la lluvia dieron cuenta de ella. Y pasaron otros tantos años en que la ciudad permaneció cubierta de pelusas, pues en eso fue en lo que se convirtió la hermosa alfombra roja. La lana estaba descolorida, las pelusas eran rosadas y se pegaban a los vestidos negros de las gentes agobiadas de luto y de soroche.

Las pelusas volaban de aquí para allá cuando soplaba el viento, metiéndose por las puertas de las casas y por las ventanas de los cuartos. Los árboles estaban cubiertos de flores de lana... Los pájaros tuvieron su época de oro porque los nidos pudieron confeccionarse más blandos y se adornaron por sí solos. A veces el viento entraba en la cocina y las gentes se tomaban la sopa con pelusas.

—-Qué...?

— ¡Las pelusas de la alfombra!

Pasaron otros tantos años más antes de que las pelusas desaparecieran del todo. Las pelusas se desmenuzaron en un tenue polvillo que ocasionaron una peste de catarro crónico. Era una forma de "alergia" pero entonces no se había inventado todavía esa palabra...

—Tengo catarro desde hace cuatro meses...

—¡Eso no es nada! Yo tengo año y medio de catarro...

Los pañuelos corrientes fueron sustituidos por sábanas. Se modificaron las modas femeninas, empezando a usarse enormes faldas llenas de pliegues

que partían de la cintura, llegaban a los tobillos y necesitaban algo más de diez varas para su confección. Las mujeres podían llevar bajo los llamados "bolsicones” no sólo los enormes pañuelos para el catarro, sino hasta el fruto de amores clandestinos, y si era necesario, una casa entera.

Cuando las pelusas se cansaron de volar y de meterse en todos los intersticios, el alma de Alvarito descansó también de volar por todos los confines del mundo. Hasta entonces no había podido descansar tranquila debajo de su lápida de mármol, por no cumplir la promesa que hiciera el día de su primera comunión y en la cual creyeron muchas gentes: la venida del Papa desde Roma a la ciudad dormida, caminando y caminando sobre la alfombra roja por cuya causa millares de ovejas y de carneros habían temblado de frío cuando las tijeras mágicas de las que se valió María Illacatu para su venganza, dejaron de andar por el mundo cortando todo lo que encontraban a su paso. Pero como siempre sucedía, la memoria de Alvarito se perdió en el olvido.

—-¿Quién fue Alvaro Villa-Cató?

—- Un hombre que llegó a ser Papa.

—-¿Cómo así?

—Fue caminando hasta llegar a Roma.

XIII

El hermano menor de Alvarito fue Jerónimo. Gordo, espeso, ingenuo, agotó las energías que le proporcionaban una superalimentación, en la crianza de sapos y de ranas. En este trabajo descargó el exceso de fortaleza que no lograba agotar en los aburridos actos cotidianos.

El trabajo no estaba dentro de las posibilidades de las personas bien nacidas, no podían trabajar porque consideraban que el trabajo era humillante. Las manos de los hombres blancos y de los que se consideraban como tales, no estaban hechas para el trabajo porque se deterioraban. Jerónimo se aburría en grande, iba de un lugar a otro, comiéndose las uñas, y metiéndose en lo que no le importaba hasta que dio con el "hobbie" que cambió su vida.

Dentro de la familia de Bruna, las mujeres —a excepción de Camelia Llorosa que se independizó del ambiente— todas fueron víctimas, o juguetes de las circunstancias, por la cobardía que las mantuvo atadas a los hombres y por el egoísmo de ellos, que nunca quisieron soltarles de la mano. Entre los hombres existió más variedad que entre las mujeres, quienes vivieron aferrados a los convencionalismos y se dejaron influenciar por el mal del soroche.

Jerónimo Villa-Cató fue el mimado de la familia: antes de nacer había llorado en el vientre materno, y a los dos días de eso, había nacido con un diente de leche tan grande como el de un conejo. Todo esto era presagio de que sería un hombre que, por A o por B, se inmortalizaría y pondría el apellido de la familia en un lugar muy alto. En sus primeros años, los actos más simples eran tomados como geniales y anotados por uno de sus tíos en un gran cuaderno de tapas verdes. Sin embargo, tuvo una existencia completamente vulgar, lo único notable fue el dedicarse a criar ranas.

Los familiares quisieron iniciarle en la pintura, pero sólo consiguieron grandes manchas en los muebles y en los pisos. Creyeron que pasaría a la historia siendo un santo, pero Jerónimo no iba por ese camino: se comía las uñas, hacía bolitas con los mocos de su nariz, atrapaba moscas en el aire y le gustaba treparse al tapial de la casa vecina para mirar la vida íntima de los vecinos. Quisieron hacer de él un Napoleón, pero se asustaba con el ruido de los petardos y se metía llorando debajo de la cama. Trataron de iniciarle en la literatura, pero nunca pasó del segundo libro de lectura. Luego le empujaron por el lado de la música creyendo que sería un émulo de Beethoven, pero su oído estaba completamente atrofiado. Le molestaba la música y más bien disfrutaba con los ruidos. Además, tenía mucha energía física, no era hombre para estar dándole todo el día a las teclas del piano. Sus oídos habían sufrido una inversión total, de manera que disfrutaba más oyendo croar a las ranas que haciendo escalas musicales.

—-Do, re, mi, fa, sol, la, si.

—Croac, croac, croac, crí...

Las primeras ranas las tuvo en la pila del patio y como se reprodujeron tanto, se vio obligado a trasladarlas a unos estanques que hizo construir para el efecto en las afueras de la ciudad.

Los viveros de ranas se regaban mediante surtidores altísimos que imitaban al caer de la lluvia. Había logrado inventar un ingenioso aparato que lograba engañar a las ranas, cada vez que tenía ganas de deleitarse con un concierto: era una inmensa lata colocada de canto, a la que se golpeaba con un gran mazo forrado de trapos y cuyas vibraciones producían de un modo perfecto una serie de truenos.

Madrugaba todos los días. Desayunaba copiosamente, y en la puerta del mismo comedor se subía a su muía que casi siempre estaba mal ensillada o con las cinchas flojas. La mula vivía en el fondo de la huerta comiéndose todas las hortalizas que le daba la gana, lo mismo que las flores de los canteros. La mula y el caballero salían todas las mañanas por el portón grande de la casa y no volvían hasta las seis de la tarde.

Pasaba las horas del día abriendo y cerrando las llaves de los surtidores de agua para que las ranas se pusieran a croar creyendo que llovía y el aire se llenara de música. Ese era su trabajo. La familia le dejaba hacer con una mezcla de resignación y desencanto, pero sin perder, en el fondo de sus corazones, la esperanza de que algún día haría algo para inmortalizarse.

Los viveros de ranas eran tres grandes estanques: en el primero llamado "prima pianísimo" estaban las ranas que gestaban su prole, alimentadas diariamente con los mejores insectos que se podían encontrar. En el otro

llamado "secondo vivatto", estaban los renacuajos a los cuales se les cogía en el momento mismo en que se les caía la cola, para transportarlas con las debidas consideraciones al llamado "tertio con brío", donde cumplían sus funciones de aparejamiento. Los estanques estaban rodeados de alambradas y empalizadas para que las ranas no se escaparan. Era un hervidero de repugnantes animales que se mezclaban y escondían bajo la espesa nata verde.

Cuando los renacuajos se despojaban de la cola indicando su mayoría de edad, las colas eran recogidas en frascos llenos de agua para que utilizaran los curanderos de la ciudad en la cura o limpieza de los ojos. Los curanderos tomaban las colas de los renacuajos con el dedo pulgar e índice de la mano izquierda y pasando tres veces por el cristalino del ojo le curaban de rojeces, infecciones y cataratas.

— Colita, colita, por la virtud que Dios te ha dado, limpia este ojo de lagañas... Colita, colita, por la virtud que Dios te ha dado, haz que este pobre hombre recupere la vista...

En los viveros de ranas de Jerónimo Catovil trabajaban muchos indios haciendo turnos por la mañana y por la noche, para que las ranas estuvieran siempre vigiladas y no acontecieran casos imprevistos. La muerte de una de ellas, era como la pérdida de una nota en la melodía que transportaba a Jerónimo a los cielos. Ni siquiera tuvo la noticia de que las ancas de sus instrumentos favoritos podían comerse y eran un verdadero manjar.

—El pobrecito de Jerónimo sufrió mucho.

—Bah, no me hables de ese tipo

—Fue mi tío abuelo. Murió relativamente joven, durante la epidemia de...

—¡Mentira! Murió tuberculoso, por cochino

Para Bruna, Jerónimo fue el pariente más degenerado de todos cuantos tuvo. Cuando oía relatar los trabajos que pasó para mantener los viveros en buenas condiciones, le entraban escalofríos de asco y apenas se condolía cuando oía relatar que Jerónimo, ya tuberculoso, nunca dejo de faltar un sólo día a ver sus ranas, y tanto caminó, sudó, y jadeó, que la sangre se le negó a seguir andando por las venas, se le picaron los pulmones y murió escupiéndolos pedacito por pedacito.

Cuando murió, la familia se olvidó de los viveros, hasta que un buen día las gentes vieron aparecer una mancha verde que se acercaba a la ciudad a pasos lentos. Aterrados cerraron puertas jy ventanas, pero las ranas no hicieron caso y se metieron dentro de las casas trepándose lentamente por las paredes y los tejados. La invasión de las ranas duró largos meses.

—Tengo los nervios destrozados... Anoche, al ponerme las pantuflas, mi pie desnudo tocó una rana que estaba allí, agazapada...

—Y o no me atrevo a estirarme de noche, en la cama, por temor de toparme con una...

—A la hora del desayuno cazamos una rana que iba a saltar a la mesa desde la lámpara...

— Mañana va a haber una procesión de penitentes, para que Dios nos libre de las ranas.

—¿De dónde habrán salido tantas ranas?

—-Dicen que de casa de los Villa-Cató...

XIV

La ciudad tenía muchas iglesias de oro, las iglesias tenían plazas de piedra, las plazas tenían monumentos de bronce, los bronces representaban a los héroes y a los bienhechores de la ciudad. En uno de los monumentos se veía al obispo de Villa-Cató con un libro en la mano derecha y en la izquierda una pluma que bien podía ser de cisne o de gallina. Salomón de Villa-Cató fue un hombre dedicado a los libros. Es posible que no haya sido zurdo. Estudió teología en las universidades de más allá de los mares, de donde regresó al cabo de muchos años de ausencia, ostentando unas pocas e insignificantes canas, trayendo consigo un hermoso traje de obispo y un anillo de amatista.

Salomón fue uno de los hijos de Jerónimo, quien entre rana y rana tuvo sus hijos y su esposa. Si no hizo una vida común y corriente, fue porque siempre fue considerado como el niño prodigio de los tíos, los cuales se murieron con la leve sospecha de que el verdaderamente genial sería Salomón y lo instaron a seguir la carrera eclesiástica, mandándole muy lejos de la familia, y aunque nunca pudieron ver el monumento que Salomón llegó a tener en vida, no estuvieron muy lejos de la verdad.

—"Los habitantes de esta insigne ciudad erigen este monumento al preclaro procer de la fe.— 1743 -I..."

Y en letras más pequeñas podía leerse: ("Ojalá nunca muera").

Era la época en que la masonería tenía cogidos los hilos políticos del país. Las vidas de los habitantes de la ciudad estaban en sus manos. Se creía que los masones habían pactado con el diablo. Se decía que obedecían tenebrosas consignas y que eran los responsables de los crímenes que se cometían a la luz del día, poniendo en ascuas a los piadosos moradores.

Salomón de Villa-Cató se dio cuenta del peligro que corrían sus feligreses y quiso, como obispo que era, detener el avance de las fuerzas del mal, el cual salía de las reuniones secretas que se celebraban en ciertos lugares ocultos y que empezaba a actuar como un fermento en la política.

—¡Han ultrajado a una niña de pocos años!

—Obra de los masones...

—¡Se ha descarrilado el tren del norte!

—Los masones...

—¡Los ríos se han salido de la madre!

—¡Por culpa de los masones!

Una mañana en que el obispo se preparaba a los oficios religiosos, sorprendió la nerviosa y ofuscada actitud de su sacristán que no atinaba a colocar las vinajeras en la bandeja de plata. Entonces observó que tenía en el puño cerrado de su mano derecha algo, que delataba a las leguas que era un huevo de la muerte.

—-¿Qué tienes en la mano?

—¡Nada, nada... su ilustrísima!

El obispo le hizo abrir la mano y vio, en el colmo de la sorpresa, que se trataba de un sobrecito gris, marcado con los tres puntos en triángulo, que eran los signos del mal.

—¡Vicente! ¡Traidor! ¿Qué significa esto?

—¡Nada, nada... su ilustrísima!

El sacristán temblaba y sudaba de espanto y como se negara a dar explicaciones comprometedoras, él mismo se tragó el sobre con su fatal contenido apurándolo con su sorbo de vino de consagrar que tomó de las vinajeras y... al punto quedó muerto. El cuerpo tieso del sacristán y la cabeza ladeada con los pelos pegados a la cara, igual que el hisopo de echar agua bendita, sumieron al obispo en hondas cavilaciones... Luego se aterró al comprender que la víctima debió haber sido él y no el pobre Jacinto que yacía a sus pies. Desde ese mismo instante se dedicó a la ofensiva para salvar su pellejo, y las pieles del rebaño a él encomendadas. El obispo se sentía acorralado. No podía confiar en nadie, ni en nada: la almohada de su cama le espiaba por el dobladillo del ojo de pollo. Sentía que sus pasos eran seguidos y contados por siniestros hombres de levita y chaleco. Cuando partía el pan del desayuno, temía encontrar entre la miga un sobrecito con los tres puntos fatídicos. Se sentía controlado desde las torres de las iglesias y mirado desde las ventanas de todas las casas. Las piedras de las calles formaban empedrados en triángulo cuando él pasaba. Los gorriones volaban de tres en tres. Las luces de las velas formaban triángulos en los altares. Todos cuantos le rodeaban parecían estar comprometidos con la tenebrosa secta que, día a día, parecía extender sus tentáculos para apoderarse de la ciudad, y desde allí, dar un trampolín para dominar el mundo. El obispo se sentía acorralado, ni siquiera podía confiar en sus propios sobrinos.

—-¿Qué hacer, Madre de las Angustias, qué hacer...? No puedo ni contar con mis familiares, porque son medio tocados. ..

Entonces ideó un plan que sólo a un Catovil podía ocurrírsele: instaló una casa cuna aledaña al obispado y la fue poblando de niños varones, a los cuales inculcó, desde que aprendieron las primeras letras, que fueron enseñadas por él mismo, un odio cerrado para la sacrílega secta.

Todos los niños tenían el mismo parecido físico y las mismas actitudes mentales. Se les amamantó con leche de cabra y pastillas contra el mal del soroche. Desde niños fueron recios, robustos, despiertos, y se llevaban entre ellos no más de cinco años, que fue el tiempo que se demoró en hacerlos. El primer plan duró la etapa de cinco años y todo lo programado se cumplió al pie de la letra. Todos llevaban el mismo apellido porque eran hijos del

mismo padre y por el otro lado, provenían de lo más selecto de las mujeres que no estaban comprometidas con la secta, lo cual era fácil de saberlo tratándose de mujeres que frecuentaban el confesionario.

La primera etapa del plan comenzó a desarrollarse con cierta lentitud. Las futuras madres colaboraron gustosas con el obispo y durante cinco años no hicieron otra cosa que traer hijos a la casa cuna del obispo, los cuales con el pasar del tiempo limpiarían de oprobio la faz de la tierra.

La expectación y la sensación cornúpeta que experimentaron los hombres al principio, fue terrible; pero cuando se dieron cuenta de que no eran los únicos y sus mujeres seguían siéndoles fieles, y luego el obispo intervenía asegurándoles que eran más puras que la patena, se acostumbraron a la idea.

Al cabo de veinte años la casa cuna se transformó en un disciplinado cuartel. Doscientos cuarenta y cinco hermanos obedecían sólo las Órdenes de su padre y general en jefe, Villa-Cató. Tenían una educación muy esmerada y su conocimiento cultural era amplísimo. Todo el saber del obispo se volcó en ellos, nunca existió un capitán más orgulloso de su batallón, que él. Formaban una orden militar y religiosa inspirada en la de los caballeros de las Cruzadas. Cuando recibieron las órdenes menores y el grado de tenientes, fueron designados con el nombre de Batallón de la Fe.

—¡Qué gallardos, qué apuestos, qué bizarros, son nuestros hijos!

—Sí. Pero nunca miran a una mujer, ni siquiera a sus madres.

—No podemos ni acercarnos a ellos...

—¡Todo sea por la religión!

Eran doscientos cuarenta y cinco caballeros andantes. En la primera salida que hicieron, para combatir con el enemigo, sembraron el terror entre los ejércitos liberales, tras los cuales se escondían las tenebrosas fuerzas del mal.

El Batallón de la Fe era invencible, inferior en número a cualquiera de los ejércitos con los cuales se enfrentaron en más de cien encuentros, nunca tuvieron una baja digna de mención. El solo nombre de "Batallón de la Fe", ponía a temblar a sus enemigos.

La batalla de ideales había traspuesto los ámbitos familiares, metiendo el campo de batalla con sus cañones y emboscadas en el seno de los hogares, porque casi todos estaban comprometidos por el lado del padre con la masonería, y por el lado de la madre con el Batallón de la Fe.

Las mujeres que no pudieron cumplir con el pacto de engendrar hijos varones, que en realidad fueron muy pocas, debían hacerse cargo de las niñas a las cuales no se les negó el apellido del padre, ni tampoco ayuda económica cuando las necesitaban.

Nadie ignoraba que el "Batallón de la Fe" estaba integrado por los hijos de Salomón de Villa-Cató. No se ocultó el hecho porque su padre no los había engendrado por lascivia, ni por torcidas inclinaciones, sino por estrategia, lo cual era muy diferente... Los habitantes del bando azul de la ciudad se acostumbraron a ver en los soldados-clérigos a los adalides y defensores de

sus más caras creencias. El obispo podía caminar por las calles de la ciudad con la frente bien alta y posar con orgullo para que se le erigiera, en vida misma, el gran monumento que adornaba la plaza. Las madres tenían orgullo de sus fértiles vientres porque habían contribuido a la formación de una raza de héroes y de santos.

Por razones de disciplina y porque el santoral no era suficiente para los gustos del obispo, éste se vio en la necesidad de numerar a todos los hijos que iban naciendo. Hijos e hijas tenían su correspondiente número de pila muy bien registrado.

—Mi hija mayor no es Sánchez, sino Villa-Cató.

—Comprendo. ¿Qué número lleva?

—Es María 17.

—La tercera de mis hijos se llama María 14.

—Pues, no sabía que eran hermanas, la mía y la suya...

—Y o tampoco lo sabía...

El Batallón de la Fe se hizo famoso en todo el mundo. Sus hazañas traspasaron las montañas y nadaron por loa mares. Era un ejército indestructible. La última faena que realizaron fue la de dar un golpe mortal, en el mismo honor de la tenebrosa secta. El jefe de los masones, don Manuel Benavides, grado 33, agonizaba en su lecho. Su esposa que era del bando opuesto, se aprovechó de las circunstancias para convencerle de que' era necesario y urgente partir al más allá con la conciencia un poco aligerada para que el viaje durara menos y para evitarse las sorpresas de última hora. Llamó a un sacerdote que pasaba por ahí para que el 33 se confesara, pero apenas el sacerdote llegó junto a la cama, alguien dio aviso a los venerables hermanos del Gran Oriente quienes rodearon al moribundo, pero ya éste había soltado todo lo que tenía dentro. La esposa dio aviso al Batallón de la Fe de lo que estaba ocurriendo en el límite preciso de la vida y de la muerte, y todo el batallón se movilizó hacia la casa del moribundo. Apenas los hermanos del Gran Oriente oyeron el taconeo de las botas de los soldados, que les precedían a metros de distancia, creyeron que iba a haber batalla y se dieron a la fuga, dejando el semicadáver en manos del sacerdote, quien recogió, en las debidas formas, todo el peso de la conciencia del agonizante, hizo un paquete con lo que le había dicho y muy atado y cerrado, se lo llevó. Don Manuel Benavides quedó lívido, tieso y liviano.

—Don Manuel se confesó, don Manuel se confesó

—¿Con quién, dime con quién?

—Con un curita que pasaba por allí...

El obispo de Villa-Cató ardía en deseos de conocer el contenido del paquete, pero el sacerdote ligado por el sigilo sacramental, no se dignó ponerlo en manos de su superior, y para evitar la tentación de que el paquete fuera abierto, marchó con él hacia el volcán de la ciudad. Después de dos días de camino, llegó al volcán y echó en las fauces humeantes todo el contenido del paquete, volviendo muy tranquilo a sus quehaceres.

Pero el volcán que, de tarde en tarde atormentaba a los piadosos habitantes de la ciudad con sus rugidos y sus temblores, se sulfuró aún más con la molestia del paquete y dando violentas sacudidas se dedicó a echar durante cuarenta noches una lluvia de ceniza, que oscurecía el sol y cubría la ciudad de una espesa capa de presagios y de pánicos.

—¡El volcán va a hacer erupción!

—¡Va a haber terremoto!

—¡La culpa es de los masones!

Cansados los masones de tanto dime y direte, resolvieron de una vez por todas tomar sus represalias e idearon la forma de exterminar al Batallón de la Fe. Después de muchos tanteos y rodeos lograron infiltrarse en el mismo cuartel y con sobornos y amenazas enredaron al cocinero.

La ceniza seguía cayendo. El obispo no se daba un minuto de descanso. Los habitantes hacían promesas y rogativas. El Batallón de la Fe se entregaba a sus estudios de alta teología y en los momentos libres sacaba brillo a sus espadas.

Sucedió entonces que, llegó el domingo de resurrección en el cual los doscientos cuarenta y cinco soldados estaban más hambrientos que nunca debido al ayuno de una prolongada cuaresma. El cocinero, previamente aleccionado, sirvió doscientos cuarenta y cinco porciones de vitriolo en el espeso y espumoso chocolate. Uno a uno, los valientes defensores de la fe, fueron sorbiendo el chocolate y cayeron de bruces en la misma mesa del comedor.

—¡Han matado a los soldados de la fe!

—¡Los han envenenado!

—¡Venganza! ¡Venganza!

—¡Han matado a nuestros hijos!

El obispo les lloró como a hijos propios que eran, hijos de su carne violenta y de su espíritu batallador. Durante ocho días repicaron las campanas de la ciudad despertando con su triste tañido a los muertos que dormían en sus tumbas. Las sacudidas del volcán aumentaron y la ceniza volvió a caer más copiosa. La ciudad quedó en manos de las fuerzas del mal, pero el desprestigio de los masones fue tal, que no pudieron aprovecharse de la acción. Las mujeres les hicieron la vida imposible, al extremo de que se les vio a muchos de ellos entrar en las iglesias y tomar parte en las procesiones de penitentes. Las mujeres llevaron luto por dos años. Pusieron en los barrotes de las ventanas crespones y banderolas negras. La ciudad se sumió en el silencio: los carreteros amarraron trapos a las ruedas de sus carreteras para evitar el ruido de las mismas sobre el empedrado. Hasta los niños andaban de puntillas dentro de las casas y los vendedores ambulantes cesaron de pregonar sus mercancías.

Salomón de Villa-Cató renunció al obispado y vistiendo una raída sotana, se puso a caminar en la dirección que salía el sol. Caminó solo, año tras año, comiendo raíces amargas de los árboles y frutos silvestres, bebiendo el agua de lluvia que se estacionaba en las piedras y en los tallos de los

pencos. Traspuso las montañas más lejanas y llegó al lugar donde nació María Illacatu, allí encontró sombras, ruinas y una soledad que le era conocida...

Cuando niña, Bruna creyó que las hazañas del "Batallón de la Fe" tenían el valor de una de las tantas leyendas de los tiempos pasados, pero una tarde que se encontraba vagando por los cuartos traseros de la vieja casona, sus pies tropezaron con un montón de hierros viejos. Subió sobre un baúl, abrió una ventana y un oblicuo rayo de sol le mostró un montón de espadas herrumbadas. Las contó, y en verdad, eran doscientas cuarenta y cinco...

—Mama Chana, ¿de quién son las espadas que están en ese cuarto?

—De los hijos del obispo, ya te dije...

—Cuéntame otra vez...

—Bueno, hace muchos años, cuando...

XV

Las pocas hijas de Salomón Villa-Cató se perdieron en el anonimato. Una de ellas era conocida por todos los Villa-Cató con el nombre de María 23. Nació de una matrona muy emperifollada y ya bastante entrada en años que no supo qué hacer con ella, y como el tener una hija no estaba dentro de sus planes y no era hija de matrimonio, fue llevada al campo donde se crió con la sencillez de las cebollas y la ingenuidad de los nabos. Se casó con un joven que también era el nieto clandestino de una de las tías solteras de Camelia Llorosa. Los dos jóvenes venían del mismo tronco, aunque de diferentes ramas, y a pesar de que sus padres no les quisieron mantener a su lado cuando estaban vivos, se acordaron de ellos en sus testamentos y fue así como se vieron dueños de muchas propiedades con las cuales no sabían qué hacer, ni cómo administrarlas.

Los dos vivieron juntos desde niños y crecieron sin saber leer, ni escribir y cuando alguien les dijo que tenían edad para casarse —como no conocían otros candidatos, ni candidatas— resolvieron casarse entre ellos, y una vez casados hicieron los preparativos para ir por primera vez a la ciudad.

—Cuando nos casemos, iremos a ver la ciudad.

—Veremos cómo hay casas, unas encima de otras...

—... y están puestas en filas...

—Veremos unas iglesias altísimas de oro puro.

—Conoceremos a los parientes que tenemos...

Cuando fueron a la ciudad, llegaron a la casona de los tíos, y pasaron de sorpresa en sorpresa. Se abismaron de que el agua pudiera adelgazarse tanto como para pasar por la estrecha cintura de la sirenita que estaba en la pila del patio. Vieron cómo las casas tenían un piso encima de otro y creyeron que, para construir unas iglesias tan altas, habían tenido que acercar las montañas, y una vez construidas, volverlas a su sitio. Se asombraron de que fuera posible encerrar un rayo de sol en un frasco de cristal y colocarlo suspendido de un cordón para que alumbrara de noche. Quedaron mudos ante las máquinas para medir el tiempo y se pasmaron frente a la puerta del cuarto de baño.

Lo que más les llamó la atención fue una taza blanca de grandes proporciones que —les explicaron— servía para hacer las necesidades

corporales. Los habitantes de la ciudad no hacían sus necesidades en la tierra, como lo hacían desde tiempos inmemorables en el campo, sino en ese aparato de forma tan definida y que por añadidura era de porcelana... Tanto les gustó el invento que se pasaron los quince días de luna de miel, sentados por turno en el aparato, y luego acarreando agua para ver y oír como en el fondo de la taza sonaba "tro-lop" y como, por encanto, desaparecía todo vestigio de grosería y de malos olores.

—¡Mira, mira, cómo se va...!

—¿A dónde se irá...?

—Dicen que al mar...

—-El mar debe estar lleno de porquerías...

A su regreso al campo se llevaron todo un almacén de aquellos fabulosos aparatos. También llevaron un técnico para que los instalara en la casa de la hacienda, y otros tantos en las viviendas de los indios. Cuando el técnico regresó a la ciudad, cansado de instalar tantos aparatos, vino diciendo que, con el tiempo, hasta los animales de la hacienda harían uso de ellos.

A pesar de ser analfabetos, María 23 y su esposo tenían una remota idea de cómo emplear el dinero. Les pareció injusto que sólo ellos, por ser blancos, pudieran participar de los adelantos de la ciudad, y no los indios que trabajaban de sol a sol para acrecentar sus riquezas. Odiaban las moscas, no por principios higiénicos —que nadie les había hablado de ellos— sino por su aspecto y zumbido. Luego se ponían muy incómodos cuando, cogidos de la mano paseaban por las extensas propiedades, mirando cómo se levantaba el trigo, cómo se desfloraba el maíz y cómo se reproducían las vacas y al regreso de ver tanta maravilla, volvían a casa con los zapatos tan sucios y con tales olores que debían tirarlos a la basura. Los basureros estaban llenos de zapatos impares y a veces se veían en la necesidad de calzar zapatos de diferentes colores, edades y calidades, hasta que llegaban los mercachifles con cargamentos de azúcar, jabón, telas y Zapatos.

—¡Estoy harta de pisar tanta mierda!

—Yo también.

—¡No hay zapatos que duren, ni suelas que lo resistan!

Los trabajos en la hacienda marchaban viento en popa, llenando los trojes de cereales y las arcas de dinero. Pero, a partir de las medidas higiénicas, comenzó la ruina. La población indígena se fue diezmando.

Los patrones habían prohibido a los mil indios que vivían en la hacienda, que ellos, sus mujeres y sus hijos hicieran sus necesidades corporales en la faz de la tierra. La contravención al mandato sería penada con azotes. El mayordomo de la hacienda se pasó pregonando durante una semana:

—Cincuenta azotes en las posaderas de los runas grandes y veinticinco azotes en las posaderas de los runas chicos, por hacer sus necesidades en campo raso, en los sembrados, en las cunetas, o en las pastizales y no, en las tazas regaladas por los patrones”.

Al principio fue necesario azotar a uno que otro, por escarmiento, pero luego, se pudo caminar tranquilamente por el campo.

— Ahora sí, da gusto salir de paseo.

—La tierra huele a tierra, y las flores a flores.

Sin embargo, la procesión iba por dentro. El aire del campo se iba llenando de vapores parecidos a los que en la ciudad producía el soroche. No era un aire puro como el de antes porque había toda una secuela de deseos inhibidos, de temores y de frustraciones. Los indios, de por sí dóciles y sumisos, quisieron complacer a los patrones, pero no pudieron, y esta inutilidad les costó la vida...

Al cabo de algún tiempo todos habían muerto de cólico miserere. Sus organismos habituados a una determinada posición para un determinado acto, se resistieron al cambio. Sentarse sobre las tazas, era como sentarse en las nubes, el contacto frío de la loza y la oscuridad del fondo, les producía la sensación de que por debajo les estaba espiando el ojo del patrón y así... no se podía. Aunque la voluntad y el deseo de obediencia eran fuerte, la convicción era débil. Quisieron, pero no pudieron...

—Nu pudemus, patroncitu, no pudemus.

—Ni pujandu tudu el día, nu pudemus.

Uno tras otro, fueron muriendo todos los indios de la hacienda. Triste y dolorosamente se fueron acabando en la misma forma —aunque no, como dicen, con las mismas ideas— que murió Voltaire.

Los curanderos y brujos echaron toda clase de conjuros sobre el extraño aparato que los patrones mandaban usar, pero nada dio resultado. Murieron presas de violentas convulsiones, con el pánico cuajado en las pupilas porque habían desobedecido, con el orificio de salida completamente invertido, con dolencias tan extrañas que nadie había padecido por esos contornos, y con la idea de que, así había de ser, y no de otra forma...

Cuando fue enterrado el último indio, María 23 y su esposo comprendieron que habían ido muy lejos... Sacaron el dinero de las arcas, ensillaron varias mulas con sus efectos personales y se pusieron a caminar rumbo a la ciudad. Iban sin decir palabra, sumidos en sus pensamientos. Pensando que lo hecho, había sido lo mismo que si alguien les hubiera puesto, a ellos, a partir de una determinada fecha, a dormir parados, con los brazos levantados hacia arriba, tratando de alcanzar las estrellas y de coger la luna para usarla como almohada.

Una vez en la ciudad, compraron la casa vecina a la de sus parientes y se dedicaron a vivir como vivían las gentes de allí. Buscaron un maestro que les enseñara a leer y a escribir. Era conmovedor verlos extender la diestra para recibir el varazo del maestro cuando la tarea no estaba bien hecha. Hicieron miles de planas de caligrafía, aprendieron las cuatro Operaciones, un poco de historia sagrada y de geografía, se aprendieron de memoria el libro de Carreño y al cabo de un tiempo relativamente corto, se dieron cuenta de que el maestro ya no tenía nada que enseñarles y le despidieron. Entonces, a los diez años de casados, empezaron a tener sus hijos, porque —a pesar de vivir en el campo— y ver diario el ayuntamiento de los

animales, eran tan inocentes que no sabían la forma en que los humanos se arreglaban para tener sus hijos... De esta pareja extraordinaria nació Bruna.

XVI

Camelia Llorosa había muerto a los seis años de salida del convento y de su fracasado papel de madre. Cuando la nueva remesa de sobrinos volvieron a quedarse solos, éstos empezaron a bastarse a sí mismos capitaneados por la mayor, Catalina. Los tres sobrinos fueron lo más negativo que tuvo Camelia Llorosa, por todo lo que les transmitió de su peor época, pero estos llegaron a sobrepasarle en manías y complejos.

Francisco José, que era el segundo sobrino, al hacerse hombre, resultó un tipo alto, apuesto, elegante. Durante los nueve meses que duró su hechura, su madre no hizo otra cosa que mirar largas horas un álbum de recortes con los retratos de príncipes y princesas que salían del árbol genealógico de Carlomagno.

—¡Qué guapo es nuestro hermano Francisco!

—Tiene aires de conde o de duque... ¡No en vano nuestra madre se pasó con el álbum sobre las rodillas!

Las hermanas discutían de geranios, gatos, bordados, vidas de santos, cosas de los habitantes de la ciudad y de los ojos del hermano: decían que eran verdes, o azules, cuando en realidad eran amarillos como la piel de un leopardo. Las cejas espesas y casi unidas sobre la frente, le daban un aspecto feroz, de las mismas le sobresalían unos pelos más largos y vitales que los otros: no parecían de su propiedad sino de algún gigante, por cual los ojos eran el centro de atracción de su cara.

Los ojos de Francisco son verdes, verdes...

—Pero, Catalina, yo los veo azules...

—Porque los ves mal.

Para ellas y los otros familiares, el tío era el hombre más importante de la ciudad. Su importancia emanaba, en parte, de su gran biblioteca donde permanecía horas enteras encerrado, anteponiendo entre él y sus semejantes la barrera infranqueable de su cultura, que consistía, en el mejor de los casos, en aparecer genial en sus escritos, gracias a una epilepsia general de palabras que fluían torrentosas y alambicadas, egregias y retorcidas como un nido de lombrices en el que se enredaban unas pocas ideas sueltas.

Hablaba muy poco y sólo con determinadas personas, subrayando con el movimiento de las cejas las pocas palabras que se dignaban pronunciar de cuando en cuando. Entonces los pelos se movían de arriba hacia abajo como las pinzas de un cangrejo, siguiendo el ritmo de un dedo acusador. Parecían los bigotes de Dalí.

Las tías suponían que le entraba la inspiración por las cejas cuando se dedicaba a componer versos, pero —en aras de la verdad— era por allí por donde le salía la tontería cuando se ocupaba en su pasatiempo favorito, que era el de coleccionar cajitas vacías de fósforos, manía a la que dedicó toda su existencia.

Con el paso de los años, el tambaleante equilibrio de su mente perdió todo control. De vez en cuando se ponía a hacer versos tratando de continuar la tradición del brillante mundo en que se desenvolvió Camelia Llorosa, antes de equivocar su destino entregándose a un amor absurdo. Cuando joven se enamoró de la hija del fabricante de fósforos de la ciudad que era un inmigrante europeo, fue entonces la época en que se dedicó a la poesía con verdadero frenesí, que pareció suplantar, por un tiempo, a la manía de coleccionar cajitas de fósforos.

—Qué, nuestro hermano anda con fósforos...? ¡No, no, es una vil calumnia! Él es un poeta de alta, altísima esfera...

En su estrecho círculo de amistades pasaba al comienzo por ser un hombre de letras porque las hermanas trataron mientras les fue posible, que su manía no trascendiera las puertas de roble de la casa, y se encargaron de propagar a los cuatro vientos lo de su talento literario Su nombre llego a figurar en una que otra antología de su tiempo, Pero el mismo tiempo fue el encargado de hacer limpieza porque el resultado fue este:

— “Pencil florido

Rosicler plúmbeo

Cual idolatro, aura doncella.

Todo el que otea, fenece al verla

Su cabellera argentadora;

Siendo luceros bajo las cejas

Filis querube... Nuera Satan...”

Bruna se desesperaba ante los versos de su tío abuelo que debía leer de tarde en tarde ante las insinuaciones de las tías.

—¡No entiendo nada, nada...!

—Es que tienes la cabeza llena de aserrín.

Pero las hermanas seguían ponderando sus escritos que tampoco nunca entendieron, porque el entenderlos ya no era asunto de mujeres, pero así trataban de guiar desesperadamente la atención de los habitantes de la ciudad hacia las letras, para ocultar lo de las cajitas. Nunca admitieron que su hermano Francisco no era otra cosa que un maniático recolector de basura

—Los versos de Francisco han sido elogiados en el extranjero.

—¡Han cruzado los mares!

—Los entendidos dicen que él es el poeta más importante de la ciudad

—¡Y lo dicen, no de palabra sino por escrito!

XVII

Nominalmente la casa estaba dividida a razón de un piso por cada tío. Por efecto de los desniveles del suelo, el tercer piso era el que más habitaciones tenía, y en él habitaba tío Francisco con sus cajitas. El piso tenía dieciséis habitaciones grandes con idénticas puertas e idénticas ventanas.

Los cuartos eran amplios, estaban en la misma proporción que las cejas del tío. Los techos altísimos se perdían en una nube de telarañas y de conjeturas. Decían que, como el aire viciado es más denso que el aire puro, los techos debían ser tan altos para que "el carbónico” estuviera más lejos de los pulmones de las gentes. Pero lo de "carbónico" fue muchos años después, porque antes se decía que eran los humores de las malas intenciones, y para que los sobrinos vieran que era verdad lo que decían los tíos, uno de ellos tomaba una vela encendida, y se subía encima de una silla, y colocaba la vela encima de un armario, y al punto la vela se apagaba, con lo cual quedaba demostrado hasta la saciedad que lo que decían los tíos era verdad.

Las paredes eran anchas, de un metro de espesor, porque debían resistir la brutal embestida de los continuos temblores que mantenían mareados a los habitantes de la pacífica ciudad. Sobre el barro de las paredes se habían pegado hermosas piezas de papel tapiz de los motivos más variados y caprichosos que hacían las delicias de las noches de duermevela y de los momentos en que las reuniones de las visitas se prolongaban, y los temas de conversación se agotaban produciéndose aquellos silencios interminables de los cuales cada uno se sentía culpable:

—Nadie dice nada... ¿Qué digo yo...?

—Trágame tierra... ¡Qué silencio tan terrible!

—¡Dios mío, que alguien diga algo!

—A ver quién habla primero...

El papel tapiz de la biblioteca del tío representaban un paisaje acuático donde se solazaban y asoleaban, de trecho en trecho, enormes garzas azuladas que se besaban ora por el pico, ora por la cola y sostenidas por una sola pata como es costumbre inveterada de las garzas. Sus plumas se reflejaban en el agua del estanque cuajado de llores de loto. Pero el espejo del agua al devolver la imagen de las garzas invertidas, se olvidaba de la pata escondida y mostraba garzas con dos patas para arriba y ninguna en reserva, lo que sumía a los espectadores y entre ellos a Bruna, en hondas cavilaciones acerca de la realidad de las cosas que se ven y que no son. Irrealidad que se complicó más todavía cuando Bruna se puso el delantal blanco para ir al colegio, el cual estaba marcado con su nombre en letras

rojas muy claras, y cuando se vio en el espejo no pudo leer su nombre porque estaba al revés:

—Qué ven las gentes? ¿Cómo ven? ¿Cuál es la realidad”... ¿La verdad está en nuestros ojos, en los de las gentes, en el reflejo del espejo”...

Y también se decía:

—¿Será que el agua, por ser agua, puede reflejar las cosas escondidas y ocultas, como en el pozo el ojo del diablo...?

La biblioteca con las garzas y el dormitorio del tío tapizado de un color azul pastel, lleno de calesitas que en un tiempo fueron doradas y en las que viajaban hermosas damas a ninguna parte, fueron las dos únicas habitaciones que conoció Bruna en el tercer piso. Las demás permanecieron siempre cerradas de puertas y ventanas, guardando la desorbitada colección de cajitas de fósforos.

La afición de tío Francisco por las cajitas se remontaba a la época en que fue niño y aprendió a gatear por el suelo, que estaba cubierto de bayeta verde para resguardar el frío de los pisos enladrillados. Francisco quería algo y nadie sabía qué, entonces tuvo un berrinche que enloqueció a tía Camelia Llorosa —recién salida del convento—. La tía abrió un armario para meter en él a Francisco con sus gritos, y el armario se desbordó para afuera. Francisco calló como por encanto ante la sorpresa de lo que veía por el suelo: frascos vacíos de perfume, cucharitas de plata, retazos de cintas de colores, ovillos de lana y un sinnúmero de cajitas vacías de fósforos, de las que se apoderó en seguida, encauzando desde ese mismo momento su destino. Cogió las cajitas como un tesoro, dormía y jugaba todo el día con ellas y las tenía embarradas con la papilla con que le alimentaban las criadas.

Los familiares le fueron regalando más y más cajitas sorprendidos de ver cómo el chico las recibía alborozado, se domesticaba, y las iba guardando. Pronto necesitó un armario entero para esconderlas del celo de las escobas. La tía se lo concedió temerosa de otro berrinche. Fue dejando paulatinamente de lado los trompos de corozo, las pelotas y las muñecas de trapo de sus hermanas con las que hasta entonces había jugado, y siguió almacenando cajitas y más cajitas hasta que se hizo joven.

En plena juventud trató de sublimizar la manía coleccionando cajitas de fósforos de los diversos países del mundo, pero le dio pena tirar las cajitas regaladas por la tía ex-monja porque habían sido la compañía que no tuvo en la infancia, o porque tenían colores más vivos, a pesar de la capa de suciedad que las cubría, y se dio a coleccionar sin ton ni son. Era un sentimental empedernido.

Pasaron los años y nadie pudo ya trasponer los dominios del tío. Había decretado que la casa terminara en el segundo piso. Como las decisiones venían de un hombre letrado, todos se acostumbraron a recibir sus descabelladas opiniones como si se trataran de leyes absolutas e irrebatibles. Se acostumbraron a vivir en una casa de dos pisos y a considerar que el tío vivía en las nubes del cielo. En las gradas que llevaban al tercer piso había un letrero en cartulina blanca y tinta china que decía:

—"Prohibido terminantemente a todos los habitantes de esta casa y a los ocasionales, su traslado momentáneo o circunstancial a mis habitaciones particulares constituidas y sitas de este lugar hacia arriba".

Un indio viejo, sordo y encorvado que llevaba a cuestas la tristeza del pasado —no en los ojos como llevan otros indios, sino sobre las espadas— podía llegar al tercer piso caminando sobre la orden del tío y sobre la epidermis de sus propios pies, que era más gruesa que las suelas de los zapatos de los habitantes de la casa. Sólo él con su escoba y sus trapos hacía la limpieza de vez en cuando, para evitar la voracidad de las ratas que había en grandes cantidades pese a los seis gatos angoras de tía Clarita.

Las primeras habitaciones conservaban algún orden aparente. Las cajitas estaban alineadas contra las paredes hasta llegar al techo y hacia adelante, hasta el lugar exacto donde las puertas podían cerrarse. Más tarde ni siquiera se tomó ese cuidado, almacenaba las cajitas que se perdían en lo alto y cuando las puertas no tenían libertad para accionar, introducía una por una por la abertura que dejaban las hojas, hasta que materialmente no cabía una más.

Luego cerraba las habitaciones con la intención de no volverlas a abrir nunca más. Era imposible volver a penetrar en ellas sin destrozar un gran número de piezas de la valiosa colección: si hubiera almacenado oro, habría sido el hombre más rico de la ciudad; si hubiera coleccionado joyas, habría desvalijado a todas las mujeres del mundo de sus cachivaches; si hubiera coleccionado hijos, habrían poblado todo un continente...

Una vez terminado un cuarto se ponía a preparar el siguiente: hacía sacar los muebles que eran depositados en los cuartos traseros de la casa sin que le importasen recuerdos, valores, ni utilidades y que, al cabo de poco tiempo terminaban apolillándose y siendo comidos por las ratas. Entonces comenzaba de nuevo, con el mismo ímpetu y energía de cuando había comenzado a apoderarse de la casa que él consideraba propiedad de las cajitas.

En las habitaciones traseras de la casa nadie entraba porque tenían el olor que dejan los duendes al hacer sus necesidades. Allí se habían hecho polvo los rudos muebles que pertenecieron a María Illacatu y a sus hijos, los muebles delicados donde Camelia Llorosa congregó a la quintaesencia del pensamiento y de la intelectualidad de la ciudad dormida, las catorce camitas de los niños tristes, los aperos de labranza de María 23... Los cuartos traseros de la casa eran el pudridero de los recuerdos y el lugar donde se completaban las palabras que faltaban en los archivos y la verdad acerca de la historia de la familia. La sirenita yacía olvidada en un rincón caída de costado, sentía las patas peludas de las arañas caminándole sobre su hermoso cuerpo desnudo, se estremecía de asco, de vergüenza y de frío, suspirando por un poco de ropa, por el agua de la pila y por el aire del patio lejano...

XVIII

Tío Francisco José había muerto hacía años, pero seguía acumulando cajitas. Sucedía casi siempre que los enormes montones de cajitas se derrumbaban, el tío sacudía el esqueleto y volvía de la tumba sin importarle el mes, el año, el día, ni las circunstancias propias o ajenas. El derrumbe de las cajitas de fósforos sólo era comparable al de la desesperación del hombre vivo, de carne y hueso, de humores y de miedo, cuando pierde el último autobús que ha de llevarle a casa y debe pasar la noche lluviosa sentado entre las rejas

de un cementerio, donde pueden ocurrir tantas cosas imprevistas; o de la desesperación de la mujer que se baña en el río y de pronto se da cuenta de que la corriente se lleva la ropa...

Por toda la ciudad había cundido —como si se tratara del rapto de una doncella, con todos sus pormenores y escándalos— la manía del tío, y a pesar de las infinitas cautelas que tomaron las hermanas, él seguiría sentado, para ellas, frente al escritorio confeccionando los más inspirados versos que inmortalizaría el nombre de la familia.

—Dicen que el viejo Catovil tiene doce millones de cajitas.

—¡Viejo loco!

—Todos los Catovil han sido iguales.

La ciudad contribuyó a enterrar al tío bajo el torrente de cajitas de fósforos. Continuamente llegaban cajas y más cajas.

—Sabes una cosa? La caja de fósforos nueva y entera vale dos calés, y el viejo Catovil paga un medio por las cajas vacías...

—-¿Qué no sé...? Si desde hace años lo estoy vendiendo...

La procedencia de las cajitas se extendió hasta el infierno de donde venían en paquetes cuidadosamente sellados, a nombre del tío, escritos con el pedazo de una falange calcinada, y cuyo importe era cuidadosamente remitido a vuelta de correo, poniendo en el fondo del sobre unos billetes y un suspiro.

Los vendedores ambulantes y los basureros estaban continuamente halando del cordón de la campanilla de la puerta. El tío que en vida fue tan escrupuloso en su apariencia, se tiraba escaleras abajo, o descendía en tobogán en un rayo de luz, puesta la camisa como quiera sobre el esqueleto, con la espuma del simulacro del afeitado sobre la calavera que asustaba a los que venían, pero siempre volvían; con los pantalones a medio poner, y a veces, hasta cubiertas sus partes íntimas con un pedazo de prisa que recogía del viento.

Fue la época en que terminó con el fugaz enamoramiento de la que llamó novia en sus versos, porque la única vez que quiso darle un beso, ella descubrió, despavorida, que sus manos traspasaban la figura del hombre, y que no había tal cuerpo, sino que era como una sombra que hablaba y se movía, y debía tener el extraño poder de traspasar las puertas cerradas, y las paredes de un metro de espesor.

—¡No me dejen a solas con él!

—Va a ser tu marido...

— ¡Prefiero la muerte!

—Tiene posición, dinero y apellido...

—¡Mañana mismo me meto en un convento de clausura!...

Pasaron más años y su muerte comenzó cuando las cajitas empezaron a derrumbarse rodando hacia abajo, y él suspendido en el vacío, debía bajar y recoger las cajitas que se escurrían entre los huesos de las manos y volver a

ponerlas arriba, algunas lograban instalarse, pero la mayoría volvía a rodar arrastrando en su caída a las que ya estaban colocadas. Así pasó una eternidad, alternando entre la noche y la muerte, con el corazón seco, apergaminado, convertido en cajita vacía y suspendido entre las costillas con un palillo de fósforos.

Una vez perdida la noción del tiempo, perdió la del orden y empezó a tirarlas a paladas ayudado por los pelos de sus cejas que se le habían convertido en otros dos brazos. También le ayudaban los murciélagos con sus alas. Para él dejó de salir el sol y de temblar la tierra, también habían muerto sus hermanas, —creía que de viejas— o tal vez se habían perdido para siempre andando en los cuartos traseros de la casa, o por el fondo de la huerta, o se habían caído cogidas de la mano dentro del pozo... Sus sobrinos habían desaparecido víctimas de las viruelas o del sarampión, o tal vez vivían todavía... Sus compañeros de escuela se habían extinguido en cualquiera de las revoluciones entre liberales y conservadores... Las campanas de la ciudad habían enmudecido: no llamaban a misa, ni doblaban a muerto... El sábado, febrero y la navidad habían desaparecido para siempre, mientras el pescado de la pila vomitaba su risa líquida e incolora riéndose del tío y de sus afanes...

Por las noches la bondadosa tía Clarita le ponía compresas de agua helada en la parte que correspondía a sus riñones:

—¡Pero ñaño, descansa, te estás matando!

—Fósforos... fósforos...

—Cada día estás más flaco, se te cuentan las costillas.

—Fósforos... fósforos...

Tía Catalina meneaba la cabeza pasando las cuentas de su rosario y desviando la vista cada vez que se cambiaba la compresa para no ver la carne transparente en un sitio tan estratégico y masculino. Mama Chana le preparaba una infusión hecha con el pelo del maíz tierno y se la daba a beber. Entornaba las cortinas y sahumaba la habitación con tres carbones encendidos en la misma chispa que brotaba del estornudo del diablo, y que había logrado atrapar en las vísperas del día de Todos los Santos. Ponía sobre los carbones tres granos de alumbre y tres pizcas de azúcar para que el espíritu que atormentaba al señor de la casa, saliera de él y se fuera a descansar un momento debajo del alero del tejado, y luego se quedaba a solas con él.

Pero tío Francisco pasaba las noches enteras sin poder cerrar los párpados, calculando cuantas cajitas de fósforos andaban por el mundo y el tiempo y las distancias que debían recorrer para llegar a su poder, y las vueltas que debían dar por los caminos, las montañas y los mares y los riesgos que podían pasar antes de llegar a su casa.

Para que este muerto con tanto movimiento descansara definitivamente y dejara en paz a los vivos, estos resolvieron celebrar sus funerales antes de que adquiriera la rigidez total.

—¡Dicen que el viejo Catovil está agonizando!

—El de las cajitas?... Yo creí que estaba muerto desde hace años...

Mientras tanto, las hermanas no se percataron, ni por mal pensamiento de que el viejo se casaba "en artículo mortis”, nada menos que con Mama Chana. Ellas, ocupadas en hacerle partir al más allá en las debidas disposiciones y con un equipaje conveniente, asistieron al matrimonio que se celebraba en sus narices. El muerto hizo una firma temblorosa en el documento que le presentó el sacristán, y cuyo texto ignorado por él — que todo lo ignoraba— y por las hermanas que estaban atareadísimas en el asunto de los óleos, decía que los hijos de Mama Chana, que eran muchos, eran hijos de don Francisco Catovil. Y sin más, quedaron reconocidos ante la ley de Dios y de los hombres como hijos propios, los hijos en los cuales no tuvo parte ni arte, y si los tuvo, no se dio cuenta de que los estaba elaborando...

Las tías, horrorizadas de la audacia de Mama Chana, la despidieron de la casa. Echaron agua bendita por todas las habitaciones, salmodiaron por los largos corredores, doblaron los manteles que estaban extendidos sobre las mesas para que los ángeles no lloraran, ya que había motivos suficientes para que lo hicieran. Pagaron las deudas a los remitentes desconocidos de las cajitas. Guardaron diez años de luto severo y complicado. Lloraron al hermano que era el hombre de la casa, y el respaldo moral de sus costumbres y de sus respectivas virginidades, y a su vez, se murieron con la convicción de que al echar a la calle a la pérfida Mama Chana, todo había terminado y que la casa que era lo único que quedaba de tantos cuentos de la familia, pasaría a ser propiedad de los sobrinos que no tenían otro patrimonio que el de llevar un apellido, cuatro prejuicios y muchos recuerdos confundidos y olvidados en el cajón de las cosas inservibles.

Una semana antes de que el tío muriera, se incendió todo el tercer piso, con las dieciséis habitaciones llenas de cajitas de fósforos. Fue un incendio espectacular que marcó época en la ciudad. Los bomberos que vivían sobre aviso, cumplieron su misión a cabalidad haciendo que el tercer piso se quemara todo —como era el secreto deseo de las personas sensatas y de quienes mantenían el orden— y logrando detener el flagelo, justa y exactamente antes de que las llamas se comieran el resto de la casa, y de que se propagara a la de los vecinos. Fue un verdadero alarde de precisión y de maestría, por lo cual fueron muy alabados.

La incendiaria fue Bruna.

XIX

En el colegio donde estudiaba Bruna el dos y dos de que el mundo fue creado en siete días, el infalible problema de la manzana de Adán, y el pluscuamperfecto de las acciones posibles e imposibles de los seres humanos, había vacación los días jueves. Ese día se reunían los sobrinos para visitar a los tíos, iban llegando a la casa por grupos, desde las primeras horas del día. Almorzaban con ellos: sancocho, carne frita con verduras de la huerta, empanadas de mejido y horchata con leche. Iban a la huerta y se ponían a recoger los frutos que caían del frondoso capulí, y cuando los masticaban y los dientes mordían la redonda semilla les quedaba la sensación de que los árboles, los tíos, el ojo del diablo que estaba en el fondo del pozo, y todas las cosas que les rodeaban tenían una almendra amarga...

Hacían melcocha en la inmensa cocina y cuando podían meter las manos untadas con limón en la miel espesa, se entretenían en batir y batir formando figuras hasta que la miel se hacía compacta y blanda como la cera. Entonces empezaban a comérsela y comían tanto y tanto que sentían un picor en la garganta que sólo se atenuaba cuando, clavados de bruces, bebían en el cuenco de la mano el agua de la pila.

—No coman tanto dulce que les va a dar gúicho. —decía tía Clarita.

—Están pecando de gula. —añadía tía Catalina, caca de gallina.

Más tarde asistían al baño de los gatos que era el acontecimiento central del día.

—¡Caramba, hoy es día jueves!

—¡Vacación y bañar a los gatos! ¡Viva! ¡Viva!

Los jueves eran los días de fiesta, eran el eje de la infancia, el universo entero con la noción confusa del sol, la luna y las estrellas metidos en la

casa de los tíos. El baño de los gatos era el espectáculo que hubo de sustituir al circo que nunca llegó a la ciudad dormida. La huerta con el ojo del diablo, al que nunca pudieron cegarle tirando desde lejos piedras y terrones, y los duendes que miraban desde los tejados, fueron la entrada en el misterioso y amable mundo de la leyenda y de la fantasía.

El día del incendio fue jueves. Durante el almuerzo la tormenta que venía estallando desde el plato de sancocho, que estaba insípido, descargó toda su furia antes de llegar al postre. Los sobrinos menores salieron volando a alcanzarlo en la casa vecina donde vivían, y ya no regresaron porque presintieron que ese día no habría baño de los gatos. Los otros sobrinos fueron saliendo poco a poco ante el cariz que iban tomando los acontecimientos, por lo que se quedaron en ayunas del verdadero condumio del incendio. Solo se había quedado Bruna junto a tía Clarita:

—¡Santo Dios! hoy es jueves... los sobrinos, los gatos y esta discusión que va de mal en peor

Generalmente los tíos vivían tranquilos con una paz que sólo era interrumpida los días jueves con la presencia de los sobrinos que no dejaban oír los gemidos de los fantasmas; era el día en que el espectro del tío tropezaba más a menudo con las cosas, y el agua de la pila fluía más sonora y generosa.

Los tíos se llevaban bien como todas las personas que viven juntas y no tienen nada que decirse. Hablaban de temas superficiales y anodinos que tenían un valor inferior al del silencio, y que no tenían otro papel y significado que el de ejercitar una gimnasia, lingual. Se hablaba del sabor de la comida, del clima y de la atmósfera, de pequeños escándalos que eran originados por el uso de las pastillas contra el soroche, y de una serie de acontecimientos que se daban por igual en todas las casas de la ciudad. Los sobrinos escuchaban largos sermones que se relacionaban con la pureza, los peligros de la molicie y de la ociosidad, y de la manera de tener buenos modales cuando, sobre todo, estaban en casa ajena.

—No se debe poner los codos en la mesa.

—La pereza es madre de todos los vicios.

— Hay que sentarse en las tres cuartas partes de la silla.

—Dios ve hasta nuestros más secretos pensamientos.

—-No se sorbe la sopa.

—-¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si al cabo pierde su alma?

—Hay que esperar a que las personas mayores empiecen a comer primero.

—Nunca estamos solos, tenemos un ángel de la guarda.

—Hay que secarse los labios con la servilleta después de tomar agua.

Las dos tías cuidaban la salud del hermano, insinuándole con una prudencia parecida al miedo, que ya eran suficientes los millares de cajitas de fósforos que había reunido, a lo que él apenas respondía con gruñidos:

—Naño Francisco, ya tienes muchas... ya no más...

—¡Grrr!

La gimnasia lingual se hacía a la hora del almuerzo, cuando todos estaban reunidos, porque parecía que la comida se iba por otro camino si no se la enderezaba con palabras. Los días jueves el almuerzo era más largo, más lento y ceremonioso que los otros días de la semana, porque al tío se le ocurría que, si no masticaba bien, los sobrinos podían percatarse de que su piel era transparente y podía sorprender sus procesos digestivos a través de la ropa. Comía circunspecto, haciendo gala de buenos modales. Desdoblaba la servilleta sacudiéndola violentamente al cogerla, para que los fantasmas que estaban escondidos en los pliegues de la misma no se introdujeran por la boca cuando se limpiaba los labios. Tomaba este cuidado porque en más de una ocasión los fantasmas metidos en su vientre, salieron intempestivamente ocasionando con su vibración el derrumbe de las cajitas, en la misma forma y siguiendo las mismas leyes físicas, de cuando los israelitas hicieron sonar sus trompetas frente a las murallas de Jericó ocasionando el derrumbe de las mismas...

Ese día, desde que la familia pasó al comedor, las hermanas trataron de enderezar los caminos recordando al tío que hacía miles de años que no escribía versos:

—Naño Francisco, hace mucho tiempo que nos tienes privados de tus versos...

—¡No! Y a propósito, les digo que...

La atmósfera iba haciéndose irrespirable, estaba cargada de componentes químicos y de presagios. No se hablaba de versos, sino de fósforos. Se veían palillos metidos hasta en la sopa. Era como si una humareda azulada y espesa estuviera ascendiendo por entre las piernas de los comensales.

—-¿Qué?; quieres el costurero para tus cajas...?

—-Eso, eso mismo, y también la habitación de al lado.

—-¿Qué?; ¿bajas al segundo piso...?

— Sí! Y que me lo desocupen pronto, en seguida... que no tengo donde poner nada...

—¡Eso nunca!

—-Qué?... ¿Cómo?... ¿A mí?...

El tío reclamaba dos habitaciones más del segundo piso. Había terminado con el tercer piso y todavía estaba vivo... La tormenta que estaba a la puerta del comedor, se agazapaba con sus rayos y sus truenos por debajo de las sillas.

Los cuartos que reclamaba el tío eran: el llamado costurero donde nunca se vio a nadie dar una puntada, salvo a la madre de Camelia Llorosa cuando solía bordar las camisitas para cada uno de los catorce hijos que trajo al mundo para no morirse de aburrimiento, y la otra habitación era el lugar de reunión de tía Clarita con los sobrinos cuando leían "Las Niñas Modelo" de la Condesa de Segur, o "Las Cartas de Lord Chesterfield a sus Hijos" y "El Peneca", pero sobre todo, era el lugar donde se reunían durante toda la

larga época de cuaresma para escuchar de labios de las tías las aburridas lecturas de vidas de santos.

Los sobrinos odiaban la santidad porque la relacionaban con la tontería: la leyenda de Ramayana —el tigre de los hombres— destruyendo él solo un ejército de catorce mil hombres, tenía el mismo sentido —difícil de tragarse — de Palemón de Estilita, parado por amor a Dios, durante cuarenta años encima de una pilastra en la mitad del desierto... El equilibrio del santo encima de la columna y Santa Rosa de Lima haciendo pacto con los mosquitos para que no le picaran y le hicieran eco con sus zumbidos mientras entonaba sus piadosas canciones con su guitarra, eran cosas estúpidas si se comparaban con Caperucita Roja conversando con el lobo y apostando quien llega primero a casa de la abuela. Entre las santas que desgarraban sus carnes y de cuyas sangres brotaban azucenas, o los santos varones que se acostaban desnudos sobre las matas de espinos para vencer las tentaciones, mientras el diablo se mordía el rabo de las iras, los niños no lograban establecer más diferencia que la del aburrimiento... Nunca se atrevieron a decir que los santos eran antipáticos, porque eran fríos, austeros y hacían cosas horribles, mientras que los otros héroes eran amables y dignos de imitarse porque hacían cosas graciosas o maravillosas que llenaban de bote en bote la imaginación y la fantasía.

Bruna se distrajo pensando en los cuentos que nutrieron su infancia y no logró captar la palabra exacta por la cual estalló la tormenta. Tía Catalina —caca de gallina— y tío Francisco José, el de las cajitas, se hablaban a gritos. Era un acontecimiento inusitado en la vieja casa. Se decían cosas terribles, muchas de las cuales no venían al caso. Los ánimos estaban como las calderas del tren antes de partir, y lo insólito de la situación ponía alas en los ojos y en las lenguas de cada uno de los contendientes, quienes durante muchísimos años habían mantenido relaciones de suma cortesía y de un total seguimiento a las máximas de Carreño. La etiqueta, los silencios contenidos, los resentimientos, la soledad, el rencor que les había germinado dentro, sin que ellos mismos se lo imaginaran, al derrumbarse los muros de las buenas maneras, estaban saliendo para afuera y se oían cosas insospechadas. Las almas estaban desnudas frente a frente, rotos en jirones los vestidos de lo que creyeron indiferencia. Los dos tíos habían entrado intempestivamente en la órbita ajena y acababan de darse cuenta de que el sentimiento que había en el fondo del alma, del uno para el otro, era de odio.

— ¡Abusivo!

— ¡Vieja loca!

— ¡Loco vos... todo el mundo lo sabe!

—¡Vieja beata!

— ¡Maniático de cajitas!

— ¡Lame curas!

— ¡Recogedor de basura!

— ¡Traga hostias!

— ¡Gallos con mujeres indefensas!

— ¡Gallina de sacristía!

— ¡Inservible!

— ¡Trapo viejo!

— ¡Mamarracho!

— ¡Mamarracha!

Tía Clarita estaba petrificada de vergüenza y de emoción. El espectáculo era grandioso y terrible. Nunca había pensado que su circunspecto hermano y su piadosa hermana fueran capaces de decirse lo que se decían, a gritos, delante de los sobrinos y en las orejas de las criadas que no se perdían nada de lo que estaba pasando.

Bruna hubiera deseado intervenir para echar más leña en la hoguera. Asistía al espectáculo que le parecía el de fuegos fatuos dentro de la pequeña habitación. Pero por instinto se mantenía quieta, sabía que si decía una palabra, o hacía un gesto, podía llevarse un sopapo de tía Catalina, dado con sus escuálidas manos de hueso pelado. Sin embargo, no dejaba de aprobar y aplaudir mentalmente:

— ¡Dale! ¡Buena!

— ¡Esa! ¡Bravo!

— ¡Empate!

— ¡Revancha!

— ¡Eso! ¡Así se dice!

— ¡Bien! ¡Así se habla!

Asistía a la representación de dos potencias que se destruían, dos fuerzas que para ella no significaban nada y que más bien afeaban y envilecían el pequeño mundo semidescubierto en que ella vivía. Mientras no se tocará a tía Clarita, los dos tíos podían destrozarse y mientras más pronto, mejor.

Tío Francisco dio por terminada la discusión proclamando como un Tarzán los derechos varoniles. Era la única vez que lo hacía y bien valía la pena el haber retornado desde la eternidad para manifestar quién era. La gente de la casa había oído su potente voz, mirado sus gestos y había sido fulminada con su mirada. Golpeó la mesa con su puño, derramó el agua de la poma, que se quedó en equilibrio por largo rato, rompió dos copas que eran el residuo de las que había utilizado Camelia Llorosa en sus reuniones, y salió dando un portazo que hizo que se desprendiera un polvillo tenue del techo y a través del cual Bruna se atrevió a mirar la imagen, casi incandescente, de tía Catalina.

Esta se santiguó al salir el tío, echó varias bendiciones en el aire, y en el aire se quedaron conjurando a supuestos seres salidos del averno, y dio fin a su modo, a la disputa saliendo del comedor con dignidad y entereza, sin romper nada y sin decir nada, erguida como una cuchara, taconeando como un general que abandona el campo de batalla, no por derrota, sino en busca de refuerzos ante la superioridad del enemigo. El mentón le temblaba ligeramente, pareció que iba a llorar, pero no lloró esta vez, ni nunca en su

vida, no tenía lágrimas, estaba seca por dentro y por fuera. Era de la misma estirpe rancia de su hermano.

Tía Clarita buscó por debajo de la mesa la mano de su sobrina predilecta, le apretó con fuerza como buscando protección, porque si bien el altercado había terminado, lo que se aproximaba sería de inciertas consecuencias ya que ninguno de los contendores estaba dispuesto a ceder terreno. Bruna devolvió la presión de la mano de la tía y entendió, a su modo, que la situación quedaba en sus manos. Algo podía y debía hacerse, algo que diera fin a las locuras del tío y al dominio escandaloso de la tía. Era absurdo que el tío pretendiera más habitaciones, pues a este paso terminarían las hermanas durmiendo en el zaguán de la casa, sobre las vértebras de buey que pasaban las noches cambiándose de sitio, o se verían precisadas a pedir asilo en algún convento. Las cajitas de fósforos ocuparían los tres pisos de la casa, se extenderían por el patio, irían hasta la huerta, y saldrían a las calles de la ciudad como pasó hace muchos años con la alfombra de Alvarito.

Después de los gritos, los golpes en la mesa y las puertas cerradas con estrépito sobre las incógnitas que quedaban dentro, la casa quedó sumida en el silencio. Tío Francisco se había derrumbado, agotado, sobre la cama de sus desvelos haciendo a un lado el último paquete de cajitas de fósforos que acababa de recibir, cansado del largo viaje que había hecho hasta el mundo de los vivos para exigir sus derechos, y dolido de la incomprensión de la hermana con quien nunca había tenido una sola palabra áspera, ni dura, estaba dormitando... Soñaba con un mundo hecho de cajitas de fósforo, construido con la solicitud con que las abejas construyen sus panales. Un mundo donde las cerillas no quemaran, donde las paredes de las casas estuvieran hechas de minúsculas cajitas y las puertas y ventanas construidas de palillos de fósforos y fueran de fósforos los cabellos de las gentes, las gargantas de los pájaros, las nubes del cielo, las aguas que corrían por los cauces de los ríos, los labios de las mujeres, las piedras de las calles y las vidas de las tías.

Tía Catalina encerrada bajo llave en su oratorio particular, hacía las oraciones de la tarde y pedía protección al cielo, pues ella sola era incapaz de librar batalla contra la tiranía del hermano y los sinsabores de su locura, y hacía promesas a todos los santos para lograr que la invasión de cajitas se detuviera antes de llegar al segundo piso.

Tía Clarita y Bruna habían bajado al patio, entregadas a sus pensamientos regaban las macetas de geranios, después de alimentar a los gatos que estaban felices de que no les bañaran. Bruna se sentó en la mecedora del patio y cerró los ojos:

—"Una, dola, trela, canela, cabo de vela del indio panzón, piolín, piolón..."

El aire estaba denso como si un acontecimiento se aproximara desde lejos y estuviera al llegar. Casi se lo sentía detenido en el portón de la calle y se esperaba que halara el cordón de la campanilla para llamar. Si no sonaba la campanilla, era que el acontecimiento debía estar escalando las paredes de la fachada hasta llegar al techo de la casa. Bruna sentada en el patio miraba su propia sombra agazapada debajo de la mecedora, como si no se atreviera a salir. El sol de medio día brillaba sobre su cabeza. El pescado se atragantaba con el agua de la pila. No sonó la campanilla de la puerta: el

acontecimiento había penetrado en el interior de la casa y estaba erguido ante Bruna diciéndole que se levantara del asiento.

—““Al subir una montaña, una pulga me picó, le agarré de las narices y se me escapó...”

Bruna se levantó. Resueltamente se encaminó a la cocina. Buscó en vano una cajetilla de fósforos y sólo encontró cerillas desparramadas sobre la mesa; el tío había pasado por allí antes de ir a tumbarse en su habitación. Aplicó unos palillos a las brasas de carbón que siempre estaban encendidas como en los tiempos primitivos en que se conservaba el fuego sagrado, y encendió una vela que encontró a mano. Procurando que el viento no apagara la llama, subió las escaleras hacia el segundo piso y de allí fue al tercero. Las rodillas se le juntaban en movimientos involuntarios e incontrolables, le invadieron necesidades físicas, pero el baño estaba a miles de metros de distancia... Entonces el metabolismo de sus órganos actuaron rápido y unas gotas de sudor le aparecieron en las raíces del cabello. Quiso retroceder, pero el acontecimiento le empujaba con fuerza hacia las puertas cerradas, casi sentía las manos del acontecimiento presionándole sobre los hombros.

— Pito, pito, colorito

de la cera verdadera

pin pon, afuera...

Por las aberturas que dejaban las argollas de los candados, introdujo la llama de la vela. Las cajitas se prendieron instantáneamente como si hubiera estado esperando desde hace tiempo y se iluminaron adquiriendo una gama de colores muy vivos. El polvo que las cubría fue el primero en hacerse cortésmente a un lado y entonces la llama de la vela se hizo inmensa. Se oyó un alegre chisporroteo. El acontecimiento soltó por fin los hombros de Bruna. Un color azul intenso, azul casi morado, ascendió rápidamente con los vaivenes de una montaña rusa por el interior del cuarto. Por el umbral salieron las primeras volutas de un humo blanco, espeso y con movimientos epilépticos. Bruna no se movió del lugar. Fascinada por el espectáculo parecía que hubiera echado raíces en el suelo hasta que comprendió que ya no había remedio. El acontecimiento, al soltarle, había tomado posesión de la casa.

Todos los habitantes de la ciudad esperaban que, de un día a otro, estallara un incendio en casa de los Catovil. Nada más normal en las suposiciones de los vecinos que conocían las manías del tío. La profecía de las gentes tenía que cumplirse. Bruna había traído por los cabellos el futuro que todos estaban esperando. Judas debió haber actuado del mismo modo cuando, impelido por las circunstancias, vendió a Jesús.

—Tin marín de dos pingué.

Cucara, macara, titifué.

Un inglés tiró la espada

y mató al cuarenta y tres...

La incendiaria regresó corriendo a su casa sintiendo que el acontecimiento le seguía y quería hacerla volver para encerrarla en los cuartos donde las cajitas se hacían cenizas. Al llegar dio, sin querer, una patada a Panchita que salió volando a estrellarse contra una paragiiera de metal. Se oyó un ruido ensordecedor. Bruna se vio perdida y en el fondo de sí misma, se sintió aliviada porque era un desatino el pasarse la vida huyendo, haciendo de sus piernas el oficio de tijeras que cortaban distancias insalvables, atisbando debajo de la cama antes de meterse en ella para dormir, mirando el fondo de los vasos para ver si alguien estaba sumergido en el agua que iba a beber, abriendo con cautela las páginas de un libro con el temor de que alguien estuviera escondido entre las letras, volviendo la cabeza para cerciorarse de que no era seguida, palpando la oscuridad con los dedos para saber si estaba sola o acompañada dé alguien que no la dejaría nunca...

Panchita era una vieja cafetera desfondada y sucia. Era la muñeca preferida de su hermana, con ella dormía y jugaba todo el día... Estaba vestida con las ropas de las muñecas de verdad que se morían de celos de la vieja cafetera. Panchita recibía a cada rato la quintaesencia del amor maternal por el pico, en el cual la hermana de Bruna dejaba sus más sonoros y cálidos besos.

— ¡Vamos a la cama!

— ¡No voy!

— ¿Por qué?

— Porque Panchita no tiene sueño...

— El año que viene irás al colegio.

— ¡No, no y no.! Panchita no quiere aprender a leer

Dos horas más tarde sonaba la sirena de los bomberos. Las campanas de las iglesias se desgañitaban mordiendo con sus péndulos los tentáculos del humo. La gente gritaba:

— ¡Incendio, incendio!

Y se imaginaba dónde. Los basureros de la ciudad corrían desolados porque se les acababa el negocio. Los duendes se sacaban los sombreros para atrapar las chispas. Los diablos aplaudían con las alas y hacían signos cabalísticos con los rabos. Las viejas buscaban los ramos benditos que estaban clavados tras las puertas para evitar que entraran los incendios. Las chispas se casaban con el aire engendrando negritos que volaban por todas partes. El fuego encerrado por mucho tiempo dentro de las cajitas, proclamaba su independencia y entonando las primeras canciones de libertad, subiendo la primera grada de los cielos.

—¡Fuego, fuego!

— En casa de los Catovil tiene que ser...

— ¡Incendio! ¡Se quema toda la ciudad!

Bruna pálida y trémula con el peso de la culpa sobre sus míseros hombros, se hincaba las uñas en la palma de la mano hasta hacerse sangre. Su madre acertó a pasar por su lado, y en un arranque desesperado Bruna le contó la verdad:

—Y o fui, mamá, yo ocasioné el incendio... La pobre tía Clarita estaba...

Pero la verdad salió de su boca tan asustada y desvaída que parecía cuento. El cuento se burlaba de la verdad y la verdad se escapaba entre las palabras. Le mandaron callar: el apellido Catovil sonaba demasiado en la ciudad. Al ver la palidez de su cara le dieron una cucharada grande de emulsión de Scott, y le mandaron a la cama.

Luego siguió una noche de pesadilla y sobresalto entre las correrías de los parientes, que entraban y salían, y los gritos de las dos tías que estaban refugiadas en la casa de Bruna y que habían adquirido un inusitado prestigio por ser las dueñas natas del incendio, mientras tío Francisco dirigía las operaciones con los bomberos.

La fiebre consumía a Bruna y le hacía volar por los difusos mundos de la inconsciencia, de lo cual sólo recordaría más tarde que llamaba a gritos a tía Catalina para que salvara del incendio a tía Clarita, y de los esfuerzos de sus familiares, encabezados por su madre, luchando por introducirle el termómetro en el ano para medirle la temperatura.

Tuvo tres días de fiebre con sus características pesadillas que consistían en ver moles gigantescas de color amarillo que salían de su propio cuerpo y que eran tan grandes que. ni aun girando la cabeza alcanzaba a ver su tamaño total, pero, sin embargo, sentía todo su volumen. Las moles chocaban unas con otras, se perdían y se alejaban. Las sentía en su propio cuerpo y se aniquilaba bajo su gran peso.

En el mundo caótico de la pesadilla la palabra "incendio" le llegaba a través de las conversaciones lejanas que llegaban a sus oídos sin poder precisar su significado. Durante tres días anduvo por el mundo de las nebulosas, de las fricciones con alcohol y de las tocaciones de azul de metileno con que le urgaban la garganta. Cuando se levantó de la cama, el terrible suceso había perdido su brillo. El tercer piso y los comentarios habían desaparecido. El segundo piso estaba tibio todavía. Y Bruna estaba más pálida y flacucha.

XX

Bruna recordaba la casa de los tíos y los detalles de su infancia mientras la tristeza le consumía y roía el corazón como si se tratara de un ratoncillo metido en sus propias entrañas buscando un agujero de salida, sabiendo que por desgracia se vive una sola y única vez, y que la vida hermosa, plena, profunda como el mar ilimitado, es apenas un átomo en la eternidad del tiempo.

Se vive cuarenta, sesenta, ochenta años —pocas personas llegan a más— dentro de una longevidad consciente y deseada, y no agotada por el exceso de preocupaciones absurdas, por el ir a ninguna parte y por nacer en una época no querida... La vida es una migaja de tiempo en un lugar que se llama mundo y en el que sólo se ve la milésima parte de todas las cosas.

— ¡Quisiera conocer el Taj Mahal!

—Y yo, las pirámides de Egipto...

—Quisiera estar en la ciudad de Alejandría.

—Y yo, visitar un zigurat...

La vida se escapa sin sentir todas las sensaciones que pudieran sentirse:

— ¿Qué se sentirá al descender cuando se tira de un paracaídas? ...

— ¿Qué se sentirá cuando se gana la lotería y se organiza la propia vida como uno quiere?...

— O se encuentra manos a boca con un mutante?...

—- O se hace un viaje interespacial?...

La vida se escapa sin conocer a todas las gentes que encierran otros tantos universos infinitos:

—¿Cómo vivirán los soviéticos?

—¿Qué sentirán los esquimales?

—¿Qué harán los australianos?

La vida se escapa sin sentir todos los pocos éxtasis, que llenan el hueco de las horas, ni todas las tristezas, ni las felicidades que dan color y sabor a la existencia.

El mundo, lejos de empequeñecerse con los adelantos de la ciencia, y con el prodigio de abarcar enormes distancias en fracciones de segundos, se agranda, porque las posibilidades crecen y se hacen inconmensurables para copar a plenitud lo que se llama "haber vivido", para dejar sin penas ni remordimientos la maravillosa maquinaria del cuerpo convertida en el macabro festín de los gusanos.

—Nosotros, los que tenemos más de treinta años, ya no iremos a la luna...

—Ni tampoco nos hibernaremos...

—Y lo que es peor, ya no viviremos en la "Civilización del Ocio"...

Bruna había llegado al momento en que debía asirse con las manos, las uñas y los dientes a la creencia de la "resurrección de la carne" para que su vida tuviera un rumbo y sus actos buenos un mínimo sentido. La creencia donde se asienta el amor, la bondad y el equilibrio de todas las cosas, de todos los seres, y de todo el universo. Si nada, ni nadie le convencía, debía convencerse a sí misma:

—Ojalá haya otra vida... Ojalá haya otra vida... Ojalá haya otra vida...

Los años vividos en la tierra y con las facultades abiertas para darse cuenta del hecho, no son programados para toda la humanidad, hay esa minoría que se siente defraudada y que llevará siempre una infinita tristeza de inconformidad. Para la mayoría está bien que la vida sea como es, para qué han de querer más si son miopes.

— ¿Hay tantos problemas en el mundo?... Yo no sabía.

Para qué han de vivir más la inmensa caterva de sufridos que pasan la vida sentados encima de su propio dolor incubando gemidos.

— ¿Qué me importa la guerra de Vietnam, si yo tengo mis propios problemas...?

Para qué han de vivir más los enfermos espirituales que tratan de curarse con grandes dosis de egoísmo.

— Mi hijo se ha casado y me ha abandonado

—Me duele la barriga. ¡Estoy malísimo!

—Que protesten otros, yo no tengo tiempo.

Está bien la vida como es para los que se han acostumbrado a la penumbra de sí mismos por ponerse telarañas en los ojos. Para los que aceptan el sufrimiento como la tortuga acepta su caparazón, y no pueden salir de su dolor, ni sacudirse, y van a cuestas con el carapacho de un dolor pequeñito, gimiendo, asombreciendo el mundo con su llanto, negando la salida del sol porque sólo atinan a mirarse sus propios pies, ignorando la primavera porque viven estacionados en el más largo invierno, sin saber de las flores porque no pueden distinguir los colores. Sin darse cuenta de que nacen niños y que, con cada nacimiento se puede engañar a sí mismo haciéndose la idea de que se renace. Incapaces de encontrar un amigo porque nunca sacan la mano de su bolsillo, ignorando que hay enfermos que pueden curarse con una sonrisa, ausencias que dejan de serlo con una carta, y ofensas que pueden perdonarse porque se encontró un lugar donde tirarlas el olvido.

Bruna pensaba que la vida era la aventura más maravillosa, sólo concebida en la mente de un Dios muy bueno, pero a la vez se rebelaba porque para ella era una viruta, una mota de polvo, una limosna inconcebible en la generosidad de su autor...

Faltaban pocos días para que la casa de los abuelos fuera demolida. Iban a tirar las paredes que cobijaron tantas vidas de niños huérfanos y tantas generaciones. Iban a arrancar de cuajo las puertas y ventanas como

arrancaron de su lado a los hijos de María Illacatu. Iban a destrozar la pila con el gracioso "Manenken Pis" que sustituyó al horrible pescado de piedra. Iban a talar el generoso capulí que nunca se cansó de dar frutos y que una noche vio salir andando el cofre del tesoro. Iban a destrozar los limoneros a cuya sombra Mama Chana zurció sus embustes y los calcetines de los niños. Iban a asomarse al brocal del pozo, e iban a encontrar que estaba oscuro y seco...

Los nuevos propietarios de la casa eran los descendientes de Mama Chana. La habían ido visitando del zaguán a la huerta y viéndolo todo con mirada valorativa:

—La casa está en mal estado, pero el solar...

Era doloroso el giro que habían tomado las nuevas cosas a raíz de la muerte de tío Francisco. Los nuevos propietarios no sabían cuál era el verdadero valor del dinero, ni la forma de emplearlo:

—-Vamos a construir un edificio de cuarenta y dos apartamentos.

Bruna tenía que ganarse la vida atada a un escritorio de secretaria durante los once meses del año para vivir un mes de vida plena y absoluta. Durante ese mes rompía los horarios que la convertían en el tornillo de una máquina absurda, y respiraba felicidad por estar lejos de jefes estúpidos a los cuales debía estar subordinada. Pero pese a esto y a todo, la vida era hermosa, nunca se cansaría de repetirlo. Quisiera volver a vivir, aunque el mundo siguiera siendo como es, a costa de cualquier cosa, aunque volviera a nacer amarrada a una silla de ruedas, inválida, enferma; pero ella, ella misma, con su caudal de amor inagotable y con su intacta potencia de enamorarse de una sola cosa: la vida.

En la destruida pared que fue del cuarto de tía Catalina estaba una foto del tío Francisco. La foto era mala y se encontraba carcomida por la humedad. No se la podía tocar ni con la punta del dedo porque habría caído hecha polvo. Era como la imagen del estanque: si el agua se movía, la imagen se sumergía en el fondo. Los nuevos propietarios habían llevado un fotógrafo profesional para que hiciera una ampliación del jefe de la casa.

—¡Con cuidado, con mucho cuidado! Que salga bien clara. Es la foto de nuestro abuelo

Ellos ignoraban las historias de la familia, porque Mama Chana ya había muerto llevándose el secreto que les haría daño saber, y aunque tenían sus dudas acerca de su origen, no querían ahondarlas por el temor de que las gentes les llamaran nuevos ricos.

Se habían llevado el cuadro de la abuela india descolgándolo con sumo cuidado porque en él iba el equilibrio de su nueva posición social. Pero a pesar de todo, vivirían en el aire, sin pasado, sobre bases de polvo, que harían que el nuevo edificio se tambaleara ante las primeras preguntas de las amistades curiosas:

— ¡Qué distinguida, qué elegante! ¿Quién es esta señora?

— Es nuestra abuela.

— ¿Pero, la abuela de Uds. no era la señora Josefa?

— Bueno, esta es su madre.

— Entonces... ¿Esta es la señora Encanuta?

— Si, si... es ella.

— Pero, no se le parece nada...

Vivirían perdidos en los vericuetos del apellido y preferirían las sombras, y acaso también la pobreza, antes que admitir que Mama Chana fue la sirvienta, de una casa venida a menos. Y Mama Chana, sirviente, embustera, medio bruja, sin más arraigo social que la cocina y la sombra de los viejos limoneros, les daba ahora una posición de privilegio. Y al negarle a ella como tal, era cuando verdaderamente se envilecían.

— ¿La Chanita?... Fue nuestra ama de llaves.

— ¡Ah!... Ya entiendo.

La gran dama del retrato pasaría a ser la antecesora de una historia inventada que iría cambiando de acuerdo a las circunstancias de las futuras generaciones, hasta que el cuadro se perdería en las sombras de un museo y se titularía "La Dama Desconocida". Entonces los pedazos del alma de María Illacatu que se quedaron prendidos en las aristas de las estrellas, se juntarán uno a uno hasta convertirse en realidad...

XXI

El nuevo abuelo de los nuevos parientes en la malísima foto, que por fin le sacaron se apoyaba en un bastón de empuñadura brillante Se le veía con una sonrisa medio socarrona, que él nunca tuvo en vida porque fue un hombre triste, lúgubre y solo El gusano de la soledad puso larvas en sus huesos No pudo sacudirse de la recóndita tristeza que le lego la abuela india Se amurallo detrás de las cajitas vacías de fósforos porque el mundo, que, en la ciudad dormida, le asustaba.

Tenía el estigma de la soledad que es el estigma más triste. Las mujeres de la familia lo soportaron mejor que los hombres Como si la soledad fuera un capuchón de penitente, las mujeres supieron acomodar mejor a su figura los pliegues de la capa, y caminaron por la vida con más elegancia, menos desairadas y menos humilladas. Los hombres, bajo su peso se aniquilaron, vivieron condenados y se refugiaron en el mundo del absurdo Se casaron

con la manía y de allí les nacieron miles de aberraciones, las que tomaron cuerpo y vida en las futuras generaciones que se llegarían a tirar de los quintos pisos de las casas, O seguirían las huellas del judío enante llevando por equipaje las más locas ilusiones, los que tomarían un sombrero de alas anchas para cubrirse la cabeza y rasgándose los ojos para ver atrás, encogerían el cuerpo para transformarse en los duendes que caminaban por los tejados, tirando piedras a los niños que mentían y a las mujeres que estaban encinta.

El tío Francisco se refugió en la locura, y la locura le hizo la vida más piadosa, incapaz de luchar en un mundo donde nadie le brindó cariño. La realidad era asfixiante y la sensibilidad se desviaba y denigraba. El soroche lo había envuelto en sus vapores desde que la tía salió del convento para cuidarle, y como nunca tomó las pastillas, no pudo hacer otra cosa.

Su época fue la época más impersonal y oscura de la ciudad dormida. Las montañas confinaron a la ciudad en la esquina más apartada de la geografía. Los habitantes llegaron a convencerse de que eran los únicos del planeta y se dedicaron a vivir del chisme y del pasado. No tuvieron otra ambición que hacer más ampuloso el tronco del árbol genealógico del que nacían. Y los miles de bastardos se afanaron hasta el heroísmo en buscar y extender un pequeño jirón de heráldica con que cubrir la desnudez de su cuna, y crecieron cobardes, inseguros, con el complejo de una culpa ajena.

También se malograron los que nacieron con otras ambiciones, como los poetas, que se remontaron a un Parnaso lejano para raptar una ninfa o una doncella —Jamás una mujer de carne y hueso— y las introdujeron en las líneas de un verso quebradizo. Las mujeres tenían un peso excesivo, en cambio, a las ninfas las podían hacer caminar por encima de los escritorios, por entre los tinteros y los pisapapeles, y las hacían brincar por los aires para que no se mancharan sus doradas sandalias. Inventaron un nuevo sexo para las mujeres que iban descalzas por las piedras de las calles, sufriendo en carne propia y sintiendo en lo recóndito del alma el choque de dos civilizaciones que se enredaban, y el dolor de llevar en sus propios vientres una tercera civilización que, mientras gestaba, era alimentada por dos sangres que se odiaban...

Las pobres mujeres no sabían hacia donde enrumbar, ni empujar la nueva generación para que pudiera nacer enmarcada en algo que pudiera reconocerse como propiedad, y bajo un techo que pudiera cobijarles. La civilización que nacía no podía tener conciencia de qué era lo que ella debía amar, y de qué era lo que debía aborrecer. Le atraía el brillo y la supremacía de la una parte, y cuando se acercaba a ella era rechazada por el color de la piel. Se iban a otro lado, al lado de la miseria, pero debían abandonarla por la necesidad de sobrevivir, y también porque el color de la piel tampoco cuajaba en ese lado. Las civilizaciones no se amalgamaron, ni se fusionaron, ni se entendieron.

Vivieron en una época en que sólo había dos ocupaciones diarias: el rezo y la tertulia. Cerraron las puertas y el espíritu, aprisionando las iniciativas en una jaula.

— La libertad era palabra.

Una tradición acabada de nacer, e impuesta, se hizo médula de sus huesos, mientras la propia era denigrada.

— La libertad era palabra.

Escondieron a Dios bajo el oro macizo de los templos porque dejó de hablarles, trataron de asfixiar la sencillez evangélica bajo los trajes recamados de pedrerías y de pelucas humanas, porque el sentido de justicia estaba más allá de sus mentes. Adoraron a un Dios lleno de sangre y de moretones porque la religión les venía a través de la violencia.

— La libertad era palabra.

Vivieron y gozaron en las interminables procesiones, a la luz de las antorchas, en las que los penitentes marcaban la huella de su paso sobre las aristas de las piedras, y las humedecían con su sangre, e iban tambaleantes bajo el peso de las cruces que ampollaban los hombros hasta dejarlos en carne viva. Aplaudieron a los que se ajustaban en las sienes coronas de auténticas espinas que les taladraban las frentes sin penetrar en la idea. Sonrieron complacidos ante la humillación de la carne al golpearse las espaldas con látigos que tenían puntas de plomo... Y mientras el plomo dejaba su huella en la carne, la sonrisa lo hacía en los labios cuando los penitentes descubrían en la multitud, subyugada por el tétrico y sanguinario espectáculo, una cara de un vecino conocido, o unos ojos llorosos de arrepentimiento y de penitencia.

— ¡Ya vienen los penitentes'

— ¡Mira la sangre cómo va chorreando!

— ¡Como repican las campanas!

—Parece un día de fiesta...

Se hartaron de misas mayores donde los viejos se dieron recios golpes de pecho, y los jóvenes se enviaron mensajes cifrados con las puntas de las pestañas.

—*...qui tollis peccáta mundi...”

—Quiero casarme contigo...

Engrosaron el caudal impetuoso de hijos ilegítimos porque si bien todos suspiraban por pasarse las veladas en la casa de “Las Bello Animal”, pocos se atrevían a frecuentarla.

—Don Martín regreso a casa a las dos de la mañana.

—Seguro que estaba con las gordas.

—¡El muy desgraciado... Y en cuaresma!

Se curaron mediante sangrías Vivieron junto a las casas de reclusión donde se atormentaba a los dementes porque creían que habían pactado con el diablo... Oyeron los pasos clandestinos de los monjes disolutos, caminando como topos, rumbo al escándalo... Asistieron palpitantes a las necias revoluciones de liberales y conservadores... Se inclinaron reverentes ante los oropeles de los militares que figuraron en el tablado de la política, moviéndose como soldados de opereta, los que se multiplicaron y

condecoraron en las tramoyas manejadas por mujeres y por megalomaníacos. Contemplaron indolentes e impávidos, la total destrucción de la mujer, auspiciadas por ellos, en los ejércitos de las pobres “guarichas”, que infectaron los pueblos y las calles de dolor y de ignominia.

— ¡Ay, Patria...;

—Si la quieres: cámbiala. Borra todas las fronteras.

—Si, solo vive lo que cambia.

XXII

Tía Catalina —caca de gallina— fue el enemigo más declarado que tuvieron los sobrinos contra el mundo, el demonio y la carne. Fue la encarnación de la descarnación humana. Fue un espantapájaros colocado en la mitad del erial. El zapato derecho de quien era cojo del pie izquierdo. El candil encendido bajo el sol y el cuco de todos los niños.

— ¿Para qué habrá nacido tía Catalina?

—Para atormentarnos la vida...

— ¿Cuándo se morirá tía Catalina —caca de gallina...?

— Nunca, nunca...

Su locura no fue tan evidente como la del hermano, pero sí fue más organizada: a él era posible verle cómo se reducía hasta entrar dentro de una caja de fósforos y allí, cómo se quedaba quieto, sin molestar a nadie. A ella, no se la veía, sino que se la presentía por el efecto que hacía sobre las cosas, personas y animales: las corolas de los geranios del patio se cerraban o palidecían cuando ella pasaba por su lado. La cara y las manos de los niños se ponían rígidas y los gatos angoras de tía Clarita se crispaban cuando la veían.

—Tía Catalina es muy piadosa.

— ¡Qué va! Es una vieja beata.

— Tía Catalina es una santa.

— ¡Mentira, es una vieja loca!

— ¡Has dicho una calumnia! ¡Vete a lavar la boca con jabón!

Desde que fue niña y murieron sus padres, la vistieron de negro y se quedó vestida de negro por las continuas muertes de los familiares que iban empatando unas con otras. Entonces el color se le entró por la carne y nunca se le vio vestida de otro color.

—Jamás, ¡Jamás en mi vida me he vestido con colorines, como las mujeres cualquier as!

—Tía Clarita no es mujer cualquiera y se viste de colores.

—Ella hace lo que le da la gana, ni siquiera respeta la memoria de los muertos.

Su extraña figura se proyectaba como una sombra chinesca por los rincones de la casa. Sus pensamientos eran negros. Negras sus pupilas, que tenían el extraño poder de penetrar en las conciencias y hacer harapos de ellas. Negra toda su ropa desde las medias hasta los pañuelos. Era la heredera de toda la ropa que le dejaba la muerte cuando estaba pasada de moda.

Aunque tía Catalina había nacido en la ciudad dormida, siempre dijo a todo el mundo que ella era ciudadana del "valle de lágrimas". Esa ciudadanía la llevaba autentificada en un papel firmado por todos los sacristanes del mundo. Consideró que su nacimiento era en función expliatoria, y fiel a su destino, se dedicó a purgar las faltas propias y ajenas, subiendo y bajando todos los días de los cielos a los infiernos y suspirando por una silla gestatoria, hecha a su medida, y que tuviera el poder volátil de las escobas de las brujas para poder inspeccionar lo que hacían los habitantes de la ciudad, y sacar su cara arrugada por el bien común. Si tía Catalina hubiera vivido unos años más tarde no habría parado hasta conseguir que la nombraran censora de espectáculos públicos...

Los largos rezos que se perdían en un camino de surcos quedaban sonando en los oídos:

—Ora pro nobisss. Misere nobisss...

Las aguas benditas en las que se sumergía como los patos en los charcos, y las penitencias en las que dejaba pedazos de su epidermis, eran su pan de cada día. Vivió y murió porque se implantará en el mundo el "moralismo", dedicándose a su misión con afán de posesa que le circulaba por la sangre, le oprimía las manos y le vendaba los ojos.

Tía Catalina era alta, flaca, conspicua. Tenía el crepúsculo instalado en las orejas, y era amarilla por las continuas privaciones y ayunos a que se sometía. Se peinaba con el cabello tirante hacia atrás, dando la impresión de que un huracán le estaba embistiendo de frente. En la nuca se hacía un moño complicado en cuya elaboración intervenían: la goma arábiga, un relleno de medias viejas y un enjambre de laboriosas abejas que eran los dedos de Mama Chana. El moño tenía tres cuerpos superpuestos, de mayor a menor, los cuales eran hechos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Amaba le triste, lo tétrico, lo sombrío. Era la constante viuda de la víspera, la mujer del enterrador, la embalsamadora de los niños que aún no estaban muertos. Todo lo que ella tocaba tenía un hálito de ultratumba que se metía en la piel de los que estaban cerca de ella, produciendo escalofríos.

Solía perseguir a los sobrinos dándoles golpes en la cabeza con su gran rosario.

— ¡Guambras pecata mundi! ¡Hijos del demonio!

Aseguraba que el diablo les estaba atisbando desde el interior de la boca del pescado, que ella misma mandó poner, o metido entre las piedras de los pilares que sostenían el segundo piso, y aseveraba que había visto al propio

Satán acercarse a la oreja de los niños, transformado en mosquito, para inducirles a hacer cosas feas:

—Con estos ojos que se han de hacer polvo y ceniza, he visto "al malo" diciéndoles en secreto que...

Los sobrinos abrían la boca y por la boca se introducía la duda. No entendían la expresión "cosas feas", pero intuían un mundo subhumano, algo como un animal raro que estuviera gestándose en el interior de los cuartos cerrados, algo que no alcanzaban a entender de las conversaciones a media voz, algo del rubor que, a veces lograban sorprender, en las caretas de los adultos y que, después de todo, les atraía por el misterio y por el énfasis y el contraste con que a la tía le repugnaban.

Los golpes en la cabeza dolían mucho porque eran golpes que herían hacia adentro, en el ámbito de lo intocable; donde estaba naciendo la imagen de sí mismos, que sería el genio y figura del mañana.

A Bruna, los golpes de la tía le llenaban de una rabia sorda que nacía en lo íntimo, se retorcía y explotaba encontrando un escape de salida en palabrotas dichas entre dientes... Después de los golpes con el rosario, la tía se ablandaba y repartía caramelos que tenían sabor de cera y lágrimas, y que dejaban la lengua y el paladar encogidos, porque eran mordiscantes.

— ¡Toma un caramelo para que seas bueno! ¡A ver, extiende la mano! ¡Está sucia como tu conciencia! ¡Ve a lavarte en la pila!

— ¿La conciencia...?

— ¡Tonto, eso se lava con el santo sacramento de la penitencia!

Tía Catalina tenía la manía de las indulgencias. Conservaba el segundo piso para ella sola, a excepción del cuarto en que dormía tía Clarita. El piso era una especie de oficina de información litúrgica donde se podía encontrar cualquier pormenor de la vida de cualquier santo, y todos los datos publicados hasta el presente que habían podido llegar a la ciudad acerca de las indulgencias. El segundo piso tenía por techo los escombros del incendio. Cuando tía Catalina estaba en él, el piso se tambaleaba y de repente se encumbraba hasta las nubes, daba una vuelta por el reino de los cielos y volvía a su sitio, sin que la tía que estaba en su interior se percatara de nada.

El salón grande donde estaba la abuela india rodeada cíe silencio y discreción, las salas, salitas y antesalas que databan de una riqueza venida a menos, y donde algunas veces tía Camelia Llorosa venía a continuar una tertulia que era interrumpida por el canto de los gallos, se habían convenido en los despachos donde tía Catalina hacía el gran negocio de su vida y de su salvación.

— ¿De qué sirve ganar todo el mundo, si a la postre pierdo mi alma...?

Tía Catalina había hecho entre el cielo y la tierra un abismo infranqueable poblado de monstruos milenarios, que tenían sus enormes bocas abiertas donde se veían que las muelas eran cabecitas de niños nonatos. La tía debía caminar por ese terrible antro. Debía llevar en pos de sí, agarrado por la lengua a su propio cuerpo. Debía triturarlo, magullarlo, sacudirlo entre las estrellas, los relámpagos y los truenos, para despojarlo de la odiosa carne.

Había cegado los ojos de su cuerpo para que no tuviera la tentación de mirar una puesta de sol, o las margaritas que crecían en las lomas. Ella desaparecido, y caminaba rumbo a la eternidad a marchas había hecho de su cuerpo un pellejo, los órganos habían forzadas.

"¿Yo, para qué nací? Para salvarme. Que tengo que morir. Es infalible...”

Tía Catalina ganaba en un solo día alrededor de un millón de indulgencias. Empleaba cinco segundos en decir:

"Sagrado Corazón de Jesús, en Ti confío".

Esta jaculatoria le dejaba una ganancia líquida de trescientos días de indulgencias. En un minuto decía doce veces la misma jaculatoria. Como temía mostrarse usurera ante lo fácil del negocio, y sobre todo por facilidades de cálculo, redujo a diez jaculatorias por segundo: diez por sesenta, igual seiscientas indulgencias por minuto. Seiscientas por sesenta, igual treinta y seis mil indulgencias por hora.

A esta práctica matemática se dedicaba casi todo el día y a veces se paraba en la cumbre del tejado emulando a Josué, y lograba detener la marcha del sol y hacer, para ella sola, días de veinte y cinco y hasta de treinta horas.

Asistía a tres misas en verano, y dos misas en invierno. Cuando llovía en la ciudad, las aguas no corrían por las calles, sino que se quedaban entre las piedras, durmiendo en prolongado sueño de fango, y tía Catalina tenía que ir saltando de piedra en piedra, apoyada en la punta de su paraguas. Á veces, perdía el rumbo de la iglesia y caminaba más de la cuenta, lo que la ponía de pésimo humor. Tiritando y con un vaho de humedad que le salía de la ropa, terminaba sus oraciones. Debajo del reclinatorio de la iglesia quedaba su sombra hasta el día en que salía el sol, entonces la recogía y volvía con ella a casa. Cada vez que pensaba en el gran acumulado de indulgencias que tenía, se arrodillaba y besaba el suelo para que la vanidad no le hiciera envanecerse. Pero como cada vez que se arrodillaba y besaba el suelo, sentía los dolores del lumbago, volvía a ponerse de pésimo humor. Visitaba centenares de iglesias y hacía romerías a las innumerables ermitas que se asentaban en las faldas de la montaña, con lo cual se adjudicaba otros tantos miles de indulgencias, las que no siempre estaban en relación directa, ni práctica, pero que de todas formas dejaban un buen margen de ganancias.

Los números la perdieron. Su cabeza bastante debilitada por los ayunos iba haciéndose cada vez más hueca. Parecía estar habitada por millones de mariposas blancas y negras que le salían por la boca en largas y ordenadas filas, cuando rezaba.

Tía Catalina se incapacitaba cada día más para toda actividad que no fuera la relacionada con las indulgencias. Cada vez estaba más agria y toleraba menos a los sobrinos: odiaba sus risas, porque le hacían el efecto de cristales rotos y destrozados por el suelo; le molestaban sus alborotos, y sus picardías le producían una verdadera urticaria espiritual; le fastidiaban sus movimientos y aún la fortaleza y salud con que crecían.

—No griten. No se rían de esa manera. No corran. ¿Qué escondes en esa mano? ¿Qué estaban haciendo con la puerta cerrada?

A veces se imaginaba que los sobrinos eran enormes globos de colores que podían estallar de un momento a otro. Odiaba la forma en que solían engullir las frutas de la huerta y la forma como manoseaban la melcocha los jueves por la tarde.

También la gula es un pecado.

No podía soportar la inocencia con que preguntaban cosas terribles, y sobre todo la curiosidad con que miraban el ayuntamiento de los gatos: le producía la impresión de estar viviendo en Sodoma o Gomorra.

— ¡Chana! ¡Los gatos! ¡Écheles agua hirviendo por impuros!

Sus amigas que eran muchas, y también solían embarcarse rumbo a las estrellas, agarradas a las patas de los murciélagos, en las noches de luna, para volver más agrias que nunca a la madrugada, le aconsejaban y llevar con paciencia la cruz impuesta, y le daban normas y preceptos para que las iras no le dominaran y llegara a perder de este modo el estado de gracia que era la condición esencial para dedicarse a la práctica de las indulgencias. Ella hacía esfuerzos indecibles, y cuando perdía la paciencia, que solía llevar en unas bolsitas debajo de los ojos, calificaba su furor de "iras santas", porque eran semejantes a los que tuvo Moisés cuando bajó del monte Sinaí y vio lo que vio...

Con el transcurso del tiempo y la gran acumulación de indulgencias, tuvo que buscar un ayudante. No logró encontrar ninguna mujer que pudiera hacerlo —como eran sus deseos—, porque todas las mujeres de la ciudad dormida, se hallaban por aquella época muy ocupadas. Estaban bordando crisantemos y no me olvides en grandes sábanas de lino, para regalar a los esposos y a los novios en los días de cumpleaños. Se había puesto de moda regalar mortajas bordadas a quienes se amaba... Además, las mujeres entregadas de lleno a ritos mortuorios, se habían olvidado las cuatro operaciones que lograron aprender. Tía Catalina, muy a disgusto, se vio obligada a contratar los servicios de un joven versado en teneduría de libros para que le ayudara a llevar el negocio de su salvación.

— ¿Y por qué te disguta el joven...?

— Por eso. Porque es joven y tengo que estar todo el día a solas con él...

— ¡Pero Catalina! ¡A tu edad!...

— ¡No por mí! ¡Dios me libre! Pero el diablo son las cosas...

— Sí... Tienes razón. Entre santo y santa, pared de cal y canto.

Ella no toleraba la presencia de hombres en torno suyo porque los consideraba más concupiscentes y más en armonía y con más entendimiento con el demonio que las mujeres, las cuales, por su misma constitución —decía ella— daban un poco más de rodeos antes de caer en las tentaciones, y entre rodeo y rodeo podían actuar las diversas clases de gracias...

Le era difícil admitir la existencia de mujeres que tuvieran que vivir solas, abandonadas a la lascivia de los hombres, y consideraba necesario para el respaldo de la familia un ser masculino, aunque su presencia fuera sólo de estampa como fue el respaldo que tuvo en el hermano maniático.

—¿Y qué vamos a hacer, ahora, las dos solas, íngrimas, sin un hombre en la casa... ?

—La casa es segura...

—No hablo por eso...

Ella no se había detenido a pensar que, a cierta edad, la mujer podía perder el sexo; consideraba que siempre la mujer estaba en peligro de un mal paso, porque:

—El diablo con las cosas... Y Clara y yo solas... No quiero ni pensarlo...

De este modo, tuvo la brillante idea de ofrecer doble sueldo al empleado que había contratado para que, durante las horas de oficina se presentara ante sus ojos vestido de mujer.

—Señora...! ¡Señorita, señorita! ¡Y con honra!

— ¡Señorita, ni por cien sucres hago eso!

El muchacho enrojeció ante la propuesta y amenazó dejarla plantada con la carga de números. Entonces consiguió, después de muchos rodeos y tira y afloja, que el joven se vistiera durante las horas de trabajo con un delantal azul-negro que le tapaba los brazos y le llegaba hasta los tobillos. El joven se dejó convencer y empezó a trabajar. Tía Clarita le confeccionó el delantal y cuando los sobrinos le vieron, no pudieron contener la risa...

Con el delantal delante de su hombría, le aparecieron también grandes ojeras en las que naufragaban los números y se corrían los ceros. Una extraña palidez se había quedado a vivir en su cara, y lo peor era que tenía que soportar las burlas de los sobrinos que le llamaban a gritos: "el monjito de tía Catalina"

— ¿Por qué se pone ese delantal, ah?

— Porque su dichosa tía me lo ha ordenado.

— ¿Y por qué se pone colorado, ah?

— Porque me da la gana.

Cuando el muchacho se dio cuenta de con quién tenía que habérselas, empezó a hacer el trabajo como para que la tía se pusiera contenta, aunque matemáticamente las cuentas dejaban mucho que desear. Pero de todas maneras el trabajo estaba al día. La tía sonrió por primera vez en su vida. Tenía a su favor la increíble suma de ¡cuatrocientos veinticinco mil ocho cientos veintidós siglos de indulgencias!

Ante tal cifra —decía ella— no habría poder humano, ni divino que la hiciera pasar, ni siquiera por las puertas del purgatorio. Había comprado con su esfuerzo y pagado un precio bastante alto por un lugar en el coro de las "Once Mil Vírgenes".

— ¡Ahora sí, las puertas del infierno están cerradas para mí! Yo seré la más nueva en ese coro, porque es allí a donde quiero que me coloquen.

— Pero tía, allí no habrá lugar para tu ángel de la guarda.

— ...Tal vez mi ángel sea una ángela...

Ella se imaginaba ya en ese coro. Sólo entonces dejaría de ir vestida de negro, pasaría a la eternidad con su vestido blanco de Primera Comunión, y puesta una corona de azucenas blancas en su cabeza.

Pasada la euforia, tía Catalina empezó a desconfiar de las cuentas del joven secretario y de la forma cómo había logrado reducir los insignificantes segundos a consistentes siglos, y exigió que se le presentara un informe más detallado.

—Quiero un papel donde pueda ver los números de un solo golpe de vista. ¿Entiende?

El pobre joven, bastante mareado con los números, empezó a patinar, y viéndose perdido presentó la renuncia. Tía Catalina dio un salto.

— ¡No me puede dejar plantada! ¡Le pagaré lo que me pida!

La renuncia no fue aceptada en vista de los trabajos realizados. Entonces, para tranquilidad de todos, alguien aconsejo a la tía que pidiera una máquina para hacer sumas, y se pidió la máquina al lejano país donde se hacían tantas máquinas, que hasta había máquinas para hacer máquinas.

Meses más tarde llegó una enorme caja conteniendo la máquina sumadora. Toda la familia se reunió para verla y tocarla. La gente se agolpó en la calle atraída por el rumor de que en casa de los Catovil había una máquina para hacer indulgencias. ..

— ¡Vamos a ver la máquina santa!

— ¡No digas tonteras, no hay máquinas santas!

— ¡Es que esta, es de hacer indulgencias y la han traído del extranjero!

Llegaron muchas visitas a la casa y tía Catalina vivió sus mejores días sintiéndose en el pináculo de las santas acciones.

El joven contador se posesionó del maravilloso aparato y aprendió a manejarlo en un santiamén. Fue cuando se sintió redimido de las afrentas hechas a su virilidad y sólo entonces tuvo la valentía de hacer valer sus derechos. Dio una simbólica patada al odioso delantal azul-negro que fue a parar debajo de una estantería de libros piadosos, donde permaneció muchos años agazapado, como la piel de oveja que se quitara el lobo feroz. Cuidó de que la raya de su pantalón estuviera muy planchada y recta y se compró una corbata de colores discretos, cuyo nudo se acomodaba cada vez que alguien entraba en la oficina. Poco a poco fue aumentando el tiempo de duración de sus miradas hacia Bruna, quien, a su vez, le encontró simpático y empezó a frecuentar la casa de los tíos con más asiduidad que nunca, merodeando por el tocador de tía Clarita en busca del frasco de agua de colonia 4711 que se ponía en el pelo y en las manos, y luego iba por las oficinas piadosas de la tía.

Durante las horas que el joven se encontraba en la casa sólo se oía el trim-tram de la palanquita de la máquina sumadora, y a veces el silencio era interrumpido por las risas de Bruna que purificaban el aire y acentuaban el color de los geranios en las macetas del patio. El pescado había cerrado su

enorme bocaza, el agua caía más acompasada, y en los grandes salones de tía Catalina había gran actividad financiera, se manejaban más números que en la bolsa de Wall Street.

— ¿Cómo anda esa máquina, ah?

— Así. Es muy fácil. ¿Quiere probarla?

— Bueno... ¿Está bien?... ¿Así?

Ante la seguridad de que la salvación de su alma era un hecho consumado, pues la práctica a que la tía se había entregado tenía más garantías que el hecho de rezar un padrenuestro en el tiempo preciso en que se miraba caer un aerolito del cielo; como lo había hecho la desgraciada abuela que escribió con la sangre de su nariz, los nombres de Adán y Eva antes de morirse, la tía pensó en que, para no estar ociosa, podía ayudar al prójimo. Como no le interesaba lo presente ni lo terreno, ya que las cosas se escapaban al contacto de sus manos, y se llenaban de moho, se dedicó, entonces, con verdadero frenesí a sacar almas del purgatorio para que esas almas redimidas, a su costa, le acompañaran en su entrada triunfal el reino de los cielos.

En un año sacó treinta y cinco mil millones de almas, muchas de las cuales —creía ella— debían estar negras de tanto hollín. Pero, así y todo, suponía que las había sacado, y que esas almas estaban vagando por la atmósfera, esperando que se muriera para ascender en masa a los cielos.

Cuando se dio cuenta de lo fácil que era sacar almas del purgatorio, juró por todos los santos, incluyéndose a ella misma, que no descansaría hasta dejar el purgatorio completamente vacío...

—Yo lo haré. Pongo a Dios por testigo, que lo haré

XXIII

Las pocas veces que la familia de los Catovil lograba reunirse era con motivo de algún cumpleaños de los tíos. Durante estas reuniones la familia venía discutiendo año tras año el mismo tema, que era el de asegurar que los antepasados había sido el dechado de todas las virtudes y que los niños de ahora no eran como los niños de antes. Poco a poco aparecieron problemas y los sobrinos se fueron colocando en la palestra de las discusiones:

— ¡Gabriel echó una cuica de este tamaño!

¡Vivita y coleando!

— ¿No te dije yo que el calomel era la mano de Dios...?

Martita ha pasado estreñida...

—Hay que ponerle una calita de cebolla.

Tía Catalina quería que uno de los sobrinos, que eran muy numerosos, estudiara para perito contador, para que él fuera quien la ayudara en el negocio de las indulgencias y no se viera precisada a contar con elementos ajenos a la familia que andaban contando a todo el mundo cosas tan íntimas... y a su manera, las cuales podían suscitar envidias y comentarios malévolos entre los habitantes de la ciudad que vivían entregados a otros negocios de menos importancia. Y, además, estos elementos extraños debían estar todo el día con ella, en un contacto que casi era una promiscuidad, lo cual no le convenía.

— Necesito un sobrino de mi propia sangre que sustituya a este joven.

— ¿Te parece bien Pedrito?

— No, ese es un mocoso.

— Entonces...

Su instinto de censora le indicaba que algo andaba mal, y se hacía cruces ante la sospecha. Se imaginaba un romance de fatales consecuencias entre el joven secretario y su sobrina mayor, lo que en realidad no pasaba de ser un inocente galanteo entre una niña que iba haciéndose mujer y huía del soroche, y un muchacho que se había quitado el denigrante delantal y comprado una corbata y que con eso estaba tan feliz que hasta se atrevía a pegar calcomanías de mariposas en los informes semanales que presentaba a la tía.

— Le exijo que me explique esto!

— Es una calcomanía...

— ¡Ya - lo - sé!

— Yo creí que...

— ¡Usted es un desvergonzado, no respeta a Dios, ni a los santos!

— Yo pensé que...

— Hágame otro informe in-me-dia-ta-men-te.

Empezaba a preocuparse. Su olfato de felino, perfeccionado minuto a minuto con el sacrificio de oler los actos ajenos para catalogar a las personas en buenas o malas, le indicaba la pista segura de una cacería que se realizaba en su propia casa, y cuya presa era perseguida por innobles deseos.

— No me gusta, no me gusta que Bruna venga tanto por acá...

— ¿Por qué?

— Por el joven. ¿Entiendes?

— No, no entiendo... ¿Has visto algo?...

— Más vale prevenir...

Entonces tía Clarita se dio cuenta del giro que iban tomando las cosas y no le pareció mal; los canarios cantaban en sus jaulas sin desafinarse, los pericos que estaban en la huerta, por primera vez en la historia de la zoología, estaban pensando en lo que hablaban al gritar con sus verdes voces: los nombres de dos personas jóvenes: ¡Brunaaa! ¡Manueeel! Y también los gatos estaban más lustrosos que nunca, y avergonzados de su ociosidad, tal vez pensaban dedicarse a cazar ratones como lo hacían todos los gatos del mundo. Y en el fondo del pozo, parecía que el ojo del diablo se hubiera cegado para siempre dejando de mirar el tortuoso fondo de las conciencias donde nadie podía mirar sin caer en el peligro de hacerse diabólico.

— Bruna está creciendo, hay que vigilarla...

— ¿Por qué?

— Tú siempre andas en la luna. Además, a Bruna hay que hacerle una chaquetilla más ajustada.

— ¿Para qué?

— ¿Para qué ha de ser...?

— Pero si la pobre todavía no tiene nada...

— Tú, y la madre de ella, andan en Belén con los pastores...

Entre las miradas de las tías, y las flores de los limoneros que empezaban a abrirse, Bruna había sentido algo semejante al amor. Una tarde en que tía Clarita se había quedado en la cama con un resfriado y tía Catalina había ido de romería para completar un saldo de indulgencias que hacía falta, Bruna y el joven secretario se escaparon a la huerta, y como si lo hubieran convenido de antemano, se dieron un beso. Bruna sacó fuerzas del sentimiento hasta entonces desconocido y aferrada a la mano del joven, se asomó al brocal del pozo, miró su fondo y vio el brillo del agua quieta y nada más.

— ¡Acompáñame a mirar el pozo!

— ¡Vamos!

— ¡Dame la mano! ¡Mira! ¡No hay nada, nada!

Luego entendió de golpe el valor del beso. Tenía algo inexplicablemente bello. Podía transportarle a lugares remotos, indecisos, inquietantes. Necesitaba un marco propicio como era el callejón de limoneros y la discreción de la huerta donde sólo miraban las coles y las alcachofas y podían guardar un secreto debajo de sus mil hojas. El beso de Bruna era un acto de acercamiento al mundo oscuro de los demás, donde se podía entrar sin violencias, sin el temor de romper nada, segura de hallar luz en lo más intrincado. Era un acto de solidaridad con el joven, y de justicia, porque trabajaba bajo el mando de un jefe terrible, como era la tía, y porque se había puesto un delantal, y porque se consumía en un trabajo estúpido y agobiante como era el de encerrar en el mundo de los números acciones tan indiferentes que tenían el peso de una pluma y que, sin embargo, eran capaces de decidir la salvación o la condenación eterna.

Una vez gustado el primer beso, Bruna recordó que al lado de su casa vivía otro joven con el cual se dirigían largas miradas, en las cuales iban, volvían y retornaban las palabras, y que le gustaba más que el joven secretario porque nunca se había puesto delantal, y porque tenía el poder de que la sangre de Bruna se estacionara en las mejillas y que una alegría inexplicable le hiciera cambiar el ritmo de sus movimientos.

Dio un empujón al joven secretario que se quedó pasmado pensando en que la locura de los Catovil era un hecho consumado y no habladurías de la gente, ni menos, ejercicios de las lenguas de los habitantes de la ciudad dormida.

— ¡Oye Bruna! ¿Qué pasa? ¡Vuelve acá!

Era la hora en que el aire se paraba en las esquinas haciendo de policía cuando Bruna y el otro joven coincidían o hacían coincidir sus entradas y salidas a sus respectivas casas. Bruna venía corriendo como un ciclón desde la huerta, y cuando llegó al joven, casi sin detenerse le estampó un beso en media boca. La tarde ponía su sombra debajo de las ventanas cerradas. La sombra caminaba hacia arriba de las fachadas quitándoles el sol, y el sol se resbalaba hasta las raíces de la montaña. Las puertas cerradas se abrían... y nacía el amor.

Bruna se hizo mujer de la noche a la mañana. Entendió de golpe lo que era el beso con todos sus matices y su vacilante escala de valores por la cual se caminaba, se subía, se bajaba, se volaba... Entró como un torbellino en su casa, dio un beso a sus hermanitos menores en las respectivas cabezas que olían a limón y a manzanilla, y en las que los ángeles le hacían por las noches, una raya en la mitad de la cabeza, con las puntas de las alas, retirándoles el pelo de los ojos para que pudieran mirar mejor lo que soñaban...

Bruna siguió dando besos a todo el mundo. Era mentira que la boca había sido hecha para comer o reír. No, la boca había sido hecha para el beso.

XXIV

Los padres de Bruna eran los extraordinarios personajes que vinieron del campo, a raíz de la muerte de los mil indios que trabajaban en sus propiedades. A pesar de haberse casado entre primos, los hijos que tuvieron fueron físicamente normales, y heredaron de los abuelos una especie de disconformismo, que bien mirada la cosa, no era tal, sino una indisponibilidad orgánica para contagiarse del mal del soroche.

Los padres de Bruna se incomodaban cuando oían a la tía el deseo de que uno de sus hijos fuera perito contador. María 23 y su esposo querían que sus hijos fueran profesionales, y no les gustaba la idea de que tía Catalina se hiciera cargo de ninguno de ellos, a pesar de que ella había prometido que la educación correría por su cuenta y que sería en un país de más allá de los mares.

—Y o quisiera que me dieran a Gabriel.

—Es que... un perito contador no es más que un amanuense en números.

—Y o le pagaré su educación y luego le daré un buen sueldo.

—Pero él, sólo será un contable. Nosotros quisiéramos que Gabriel fuera a la universidad...

—Puede ir y doctorarse en contabilidad.

—Nosotros no conocemos ningún doctor en contabilidad...

El destino de Gabriel se solucionó de una manera casual el día en que se encontraba toda la familia reunida con Padres, abuelos, tíos y nietos. La familia dejó de hablar contemplando las acrobacias que hacia el muchacho con unos palitos chinos que vinieron en el fondo de la caja que trajo la máquina sumadora, como propaganda.

En los espacios que dejaban entre sí las macetas de geranios, el chico había colocado una red de puentes colgantes que se sostenían gracias a los intrincados cálculos del equilibrio, y sobre los cuales se levantaba una estructura que los mayores calificaron de Obra maestra de ingeniería, cuando no era más que la tranquilidad de un pulso que estaba sereno, porque no había motivo para estar de otro modo. De pronto, sin ninguna discusión de las que acostumbraban a celebrar para aligerar el peso de las horas estancadas, los mayores se pusieron de acuerdo: el chico no sería

abogado, ni perito contador, seria ingeniero. No ero posible torcer una vocación tan definida. Al fin y al cabo, los ingenieros andaban también con números y era una profesión que empezaba a tener éxito en la ciudad dormida, que empezaba a extenderse lejos de las montañas, haciendo equilibrios sobre los abismos de las quebradas. La ciudad se hacía cada vez más grande, había ocasiones en que la muerte lograba un empate con los nacimientos. En muchas ocasiones las madres inventaban trucos para engañar a la muerte, poniendo en las cunetas de los caminos perrillos estrangulados y vestidos con las ropas de sus hijos para que la muerte se los llevara creyéndose que eran seres humanos.

Aquel día en la vieja casa, las personas mayores sellaron el pacto con una copa del vino que tía Clarita. guardaba, bajo llave, para las grandes ocasiones.

— ¡Mama Chana, sirve una copa de vino!

— Pero si ahora no es Pascua, ni nada parecido...

— ¡No te metas en nuestros asuntos!

— Está bien, está bien...

Hicieron el brindis y vaciaron las copas mientras tía Catalina apenas humedecía sus escuálidos labios en el licor malévolo que tenía el poder de sacar a las gentes de sus casillas y llevarles por sendas torcidas.

— ¡A la salud de ustedes!

— ¡A la salud de Gabriel!

— ¡A la salud de tía Catalina!

El chico sobre cuya cabeza se había hecho el pacto, se entretenía en hurgarse las narices, ajeno a lo que sus progenitores trazaban sobre su futuro.

Al día siguiente tía Catalina mandó depositar en el banco una fuerte cantidad de dinero destinada a los estudios del que pasó a ser su sobrino favorito. Gabriel iría a París, tan pronto como tuviera edad para ello, y cuando la separación de la familia no hiciera en el chico la impresión de una rama desgajada del árbol.

Bruna sentada en la pila se lamentaba:

—Un chico puede ir a París, o al fin del mundo. No tiene una virginidad que cuidar, ha nacido con el privilegio de ser hombre. Mientras ella no puede ir sola del colegio a la casa que dista pocas cuadras. Ha nacido con el estigma de ser mujer, está condenada al ghetto. Contra su virginidad atenían los que pasan por su lado, los pájaros que están parados en los alambres de la luz, los árboles con sus brazos alargados, los montes cuando hacen sus juegos de luces y juegan al escondite, el arco-iris y todas las personas y seres que... (los mayores bajaban la VOZ para seguir conversando de todas las cosas que los menores no debían enterarse...).

Pasaron los años, y Gabriel que hasta entonces había sido un buen estudiante y manifestado una cierta inclinación hacia los números fue a la ciudad más grande del mundo con las bendiciones de la tía, las

recomendaciones de los padres, la envidia de Bruna y con una bolsita llena de monedas de oro. Apenas llegado, con un idioma incipiente que se iniciaba en un balbuceo y terminaba en la mímica, quedó con los ojos desorbitados y luego se cegó con la luz de las cosas nuevas. Las vendas de los ojos se le fueron cayendo una por una, sus miembros se fueron sacudiendo de la inercia del soroche, un lejano sabor de aventura le llenaba la boca de saliva. Le pasó lo mismo que a su tía abuela Camelia Llorosa. Y en tales circunstancias, de la noche a la mañana, se hizo cantante de tangos y culminó su carrera de estudios casándose con una bailarina polaca que conoció en un café del barrio latino.

Era un león enjaulado que rompía los barrotes y se lanzaba a la selva a sacudir su melena y a probar el efecto de sus garras. Era el champán que saltaba de la botella. Era la mariposa que escapaba de las redes, rompiendo la cárcel con la fuerza de sus alas.

Cuando llegó la noticia a la ciudad, tía Catalina casi se muere de pena y de vergüenza. Se sacó el grito con las manos trémulas y lo plantó en la mitad de los cielos. Los padres de Bruna echaron la culpa a la tía, lloraron un poco y se vieron en la necesidad de rembolsar el dinero a la tía para acallar sus lamentaciones que partían las piedras de la pila. Tía Catalina tomó el dinero y mandó a decir con él trescientas quince misas para pedir al cielo la salvación de la oveja descarriada. Todas las cofradías de la ciudad hicieron rogativas. Pero, pese a todo, el muchacho no quiso volver al redil: seguía pensando que lo más bello del mundo eran las piernas de su bailarina y la música que salía de su cuerpo cuando bailaba.

—"Querido hijo: Te rogamos con lágrimas en los ojos que, no nos llenes de afrenta y vergüenza, te dejes de bailarinas y regreses enseguida, al término de la distancia..."

—"Queridos padres: Lamento informarles que no regreso, voy en gira artística con mi esposa..."

——"Querido sobrino: Dios sabe cuánto me has hecho sufrir con tus pecados y desvíos. He hecho una novena a Santa Rita para que...”

—"Querida tía: No sufra tanto. Si usted conociera a mi esposa se quedaría pasmada".

—"Querido hermano: Mándame enseguida la foto de tu esposa, me muero de ganas de saber cómo es. Por aquí todo es llanto y crujir de dientes...”.

Cuando llegó la carta dirigida a Bruna, todo el mundo se quedó con el aliento contenido al ver la imagen de una hermosa jovencita vestida con ropas minúsculas que les sonreía desde lejos y les invitaba a danzar con ella un ritmo desconocido y tentador. Tía Catalina se irguió sobre el pedestal de las buenas costumbres, y desde allí, con su mano huracanada, les arrebató la foto y la hizo mil pedazos, tirándolos al fondo del pozo, para que nadie entrara en la tentación de pegarlos de nuevo.

— ¡Impudicia! ¡Obscenidad! ¡Vilipendio para el cielo y las buenas costumbres de esta casa!

En el fondo del pozo el diablo se entregó a la tarea de reconstruir la foto moviendo su único ojo en semicírculo, y cuando el trabajo estuvo terminado

y los pedazos colocados entre sí, se llevó la gran sorpresa al ver que no se trataba de ninguna bailarina semidesnuda, sino de una bota vieja:

— ¡Rediablos! ¡Trabajo en vano!

En la mente de tía Catalina, allá en el trasfondo de sus membranas cerebrales, en el lugar donde se formaban sus opiniones, consideró que ninguno de los miembros de la familia Catovil había ido tan lejos como su sobrino. Las supuestas relaciones de su hermano Francisco con Mama Chana eran bobadas, comparadas con este escándalo. Los doscientos cuarenta y cinco hijos de Salomón Villa-Cató, no eran nada ante la audacia de Gabriel; ni siquiera los desplantes de Camelia Llorosa fumando con su larga boquilla de nácar y llenando de humo y de galanes los salones de su casa. Las cosas Pasadas estaban muertas y enterradas, la noticia del matrimonio de Gabriel conmovió hasta los cimientos de la casa, el pescado de la pila trató de taparse la cara con las aletas: así era de adulón y de hipócrita...

Se vivía una época en que los valores humanos se hallaban invertidos y revueltos, guardados en los cajones donde la gente metía lo que no se resignaba a tirar a la calle. Todo estaba confundido en los cajones de los desvanes. Los mismos dueños no podían distinguir lo que buscaban cuando iban por ahí. El polvo cubría todas las cosas, a tal punto que no se podía diferenciar el reumatismo de la fe; las patas de cucarachas, de los convencionalismos; las creencias, de los zapatos viejos; el amor, de los papeles amarillentos; el dolor, de los hierros oxidados. La pobre gente andaba tan a ciegas con la manía de guardarlo todo en los cajones que, cuando buscaba un precepto moral, lo que encontraba era el mango inútil de un cuchillo.

— Una bailarina es lo más corrompido que hay. No se puede imaginar una mujer decente que se atreva a enseñar las piernas.

En la práctica de la vida era posible pasar por alto las faltas de lealtad y de honradez. La mentira, el robo, la calumnia, eran faltas a las que cualquier ser humano estaba próximo, porque había momentos en los que la mano, o la lengua se iban por su cuenta y nadie era responsable de lo que hacía... Sobre esas faltas podía tenderse un velo de piadosa comprensión. Pero las faltas que iban contra el llamado pudor, las que tocaban, aunque sea de lejos, el pecado carnal, las que atentaban contra el buen nombre de la familia, descomponiendo el apellido, eran imperdonables.

El hecho de que una bailarina hubiera entrado en el clan de la familia, era un acto sin precedentes. La familia puso un infranqueable muro de silencio y trató de que los años pasaran más a prisa, cambiando de tema cuando salía a colación el nombre de Gabriel.

— ¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza, un Catovil casado con una bailarina!

— ¡No hables más de Gabriel!... Epifanía, la gata, va a tener gatitos!...

Cuando Bruna vio que tía Catalina les arrebataba la foto y la tiraba al pozo, le dio una pataleta. Lloraba de rabia y de tristeza. Sentía que había encontrado una amiga, que debía tener casi su misma edad. Vio en la luna amarilla del espejo que su cuerpo era como el de la bailarina, y que, si

quería, podía coger un rayo de sol, torcerlo y usarlo como ceñidor de su cintura. Pero en la ciudad estaba condenada a usar ropas baratas, de mangas largas, de cuellos que aprisionaban su garganta, como garras, y medias que se sujetaban con ligas en la parte alta de los muslos, donde quedaba una marca roja que era la vergüenza de la carne. Debía mantenerse cubierta como si estuviera llena de llagas, o como si un ser maligno hubiera tatuado sobre su cuerpo dibujos escabrosos, de los cuales emanaba un fluido que incitaba al pecado.

—"Tanta pendejada para vivir pocos años—"

Era lo que se leía en letras pequeñitas a la entrada de la casa, en uno de los pilares del patio y a la subida de las escaleras. Menos mal que las tías no podían imaginarse que los sobrinos se atrevían a escribir en las paredes y Mama Chana era corta de vista.

XXV

La jovencita bailarina también tenía su historia: sus padres habían muerto en la guerra y fue recogida por unos vecinos que la metieron de novicia en un convento de monjas. Un día oyó música gitana al pie de las tapias del convento. Trepó los muros para ver de lo que se trataba y vio bailar a los gitanos. En ese mismo momento adivinó que mundo era grande y abierto, y sin pensarlo dos veces arrancó a tirones los hábitos que llevaba, saltó la tapia y unió a los gitanos para seguir bailando por el mundo, hasta el día en que se topó con Gabriel y vio en el fondo de sus ojos una soledad tan intensa que la dejó pasmada, y uniendo su destino al del muchacho, rompieron juntos un cántaro y mezclaron unas gotas de sangre que se sacaron con el filo de una hoja de Gillette

—Ni el dolor, ni la guerra, ni la enfermedad nos separará nunca, hasta la muerte...

Tal fue el matrimonio que llenó de consternación a los habitantes de la vieja casa y a los parientes que vivían en la de al lado. Bruna ya no era una niña, desde entonces sintió que no estaba tan sola en el mundo, y fue poco a vertiendo sus ideas en palabras que sacaban de quicio a los parientes; fue rumiando poco a poco un plan de vida, sabiendo que en otros lugares existía la posibilidad de pensamientos fueran reales y no repicaran a escándalo.

— Si supiera que no me van a dar una paliza, andaría desnuda por la huerta.

— ¡Dios mío! ¿Has perdido la cabeza?

— ¡Estoy harta hasta la coronilla de tanto rezo! ¡Bruna, te vas a condenar!

— ¿En cuál infierno...?

Las ropas con que andaba cubierta la llenaban de vergüenza. No era partidaria del nudismo, pero pensaba que a la humanidad le hacía falta caminar un trecho bastante largo todavía para liberarse de prejuicios y de la carga de convencionalismos que afeaban la dignidad humana y hacían aborrecer, sin saber por qué, la belleza de un cuerpo adolescente como el de la bailarina. Habría menos malicia —pensaba— cuando las partes sexuales no fueran ni más ni menos que los dedos y la cara. Se debía aspirar a que, cuando un hombre se encontrara con una mujer desnuda, no se la quedara mirando con la boca abierta, ni que sus pensamientos hicieran con los ojos la metamorfosis de una cama de lo que era una mesa... Y una mujer, al encontrarse con un hombre en las mismas condiciones, no debía huir, ni sentir in comodidad alguna.

— ¿Señor, no tiene frío...?

— No, señorita, estoy acostumbrado...

La cumbre de la civilización debería ser que cada uno viviera su propia vida como le viniera en gana. Los demás, deberían aceptar los gustos de las gentes con una tolerancia más inclinada al amor que a la indiferencia, buscando en las fallas y debilidades ajenas las implicaciones, no las causas. En la ciudad dormida nunca se llegaría a eso, pero valía la pena vivir, tan sólo para intentarlo. Hasta la misma tía Catalina habría sido una mujer diferente si no le hubieran metido en la cabeza la idea de que debía odiar tanto su mísera carne.

Unos años más tarde, la curiosa pareja formada por la bailarina y por el hermano de Bruna, aparecieron en la ciudad dormida. El sintió la nostalgia de la casa y de la familia, que había puesto en él tantas esperanzas, y ella sintió curiosidad por ver el sitio donde había nacido el hombre que la hizo feliz.

Se presentaron una tarde, de improviso, como las lluvias de verano, y antes de saludar a los atónitos parientes que se agarraban a los barrotes del corredor del segundo piso para no caerse de asombro, pidieron un martillo y un cincel, y se pusieron a derribar el odioso pescado que era el símbolo de la casa, y cuando estuvo hecho añicos al pie de la pila, lo sustituyeron por un Manenken Pis que cargaban, por turnos, desde Bruselas. Cuando terminaron la instalación, y la estatua del principito hizo lo que debía hacer en la cima de la pila, los parientes se quedaron atónitos y desearon que la pareja no hubiera aparecido nunca. Sólo Bruna celebró la llegada del Manenken Pis y de sus hermanos.

Tía Catalina había muerto poco tiempo antes. El pescado ya no tenía razón de ser. Y como ellos eran gitanos y no tenían casa propia, quisieron que, por lo menos, el patio tranquilo con la hermosa pila tuviera un mejor surtidor en la casa de los recuerdos.

Al día siguiente, la pareja se cogió de la mano, tomaron su equipaje que ahora estaba muy liviano y abandonaron la ciudad. Bruna reunió todo el coraje que tenía y se fue tras ellos. El Manenken Pis se quedó en la casa tratando de hacer el milagro de resucitarla, pero fue inútil, la casa estaba abandonada al dominio de los fantasmas y de los duendes. Sólo tía Clarita estaba en ella llamando cada cinco minutos a los sobrinos de la casa vecina a que vinieran a acompañarla. Ella, igual que la yerba del patio, hacía enormes esfuerzos por sobrevivir. La gente joven, y con ella los numerosísimos sobrinos, emigraban de la ciudad hacia la vida. Iban tratando de escapar del soroche que les seguía pisándoles los talones.

XXVI

Tía Catalina se bañaba con poca frecuencia por las zozobras que el baño le ocasionaba. Nunca se quedó desnuda. Había nacido puesta una camisita de lana blanca que ella misma se confeccionó en el vientre materno cuando su madre se tragaba, sin querer, las pelusas que se desprendían de la alfombra que cubrió durante años las calles de la ciudad. Guardaba la camisita en el fondo del armario y de vez en cuando la humedecía con agua de lluvia para estirarla a fin de que le sirviera de mortaja. Juraba que nunca en la vida estuvo desnuda y ante el temor de que su ángel guardián se le fuera, por prudencia, al verle desnuda, se metía vestida en la bañera.

— Por muy ángel que sea, uno no puede permitirse ciertas libertades en su santa presencia...

— ¡Catalina, no seas mal pensada!

— ¡Lo que no soy es, descarada!

Se enjabonaba las partes íntimas con un viejo guante de gamuza, tieso por el uso. Tenía horror de tocar su propia piel. El guante apergaminado hacía el oficio de garra, dejándole todo el cuerpo lleno de estrías rojas y moradas,

era como si un arado le estuviera caminando por la piel, haciéndole surcos donde se depositaba un insípido olor a flores muertas que emanaba el jabón casero.

Con verdadera maestría se sacaba la ropa mojada, al mismo tiempo que se ponía la seca, cuidando de que no quedara al descubierto la más mínima parte de su pobre y esmirriado cuerpo. Salía del cuarto de baño empapada y titiritando, se sentaba debajo de un rayo de sol, pero el rayo se torcía cuando entraba en contacto con su cuerpo. La humedad de la ropa le resentía el lumbago, y ella lo admitía valerosa para equilibrar la licencia de permitir que su cuerpo no tu viera el olor de los chivos. Salía del baño con la tristeza de un cuerpo huraño, caído en la mitad de un charco.

— ¡Cuánto trabajo, Dios mío, para morirme un día!

Mama Chana le secaba los pies y le cortaba las uñas. Le limaba los callos con piedra pómez y los espolvoreaba con almidón de arroz. Sin sus pies ella no podía hacer las largas caminatas cotidianas. Ante la presencia de los sobrinos que empezaban a llegar desde la casa vecina —sin ser jueves— atraídos por la curiosidad de ver los pies de la tía, ordenaba molesta a la sirvienta que le pusiera las medias negras y las botas de tacón alto:

— ¡Pronto, pronto, ya vienen los guambras a husmear como los gallinazos, la carroña!

— ¡Corre, corre, que todavía se le ve un pedazo de talón!

Los sobrinos habían hecho un hoyo en la puerta del baño para atisbar las maniobras de la tía. Capitaneados por Bruna espiaban por turno y en fila, aunque sabiendo de ante mano que nunca lograrían ver nada.

— ¡Ya se quita la faja!

— ¡Ahora se pone el calzón!

— ¡Ahora está descansando!

— ¡Me toca ver a mí!

Era una tontería el que cerrara la puerta y pasara la aldaba; habría podido bañarse en la pila del parque central, al pie del monumento al obispo y a la vista de todos, que nadie se habría enterado de que aquello era una mujer bañándose; la habrían tomado por una persona que se equivocó de camino y después de algunos comentarios, la habrían sacado afuera con su guante tieso y su jabón de rosas.

—Esta pobre viejita se ha caído en la pila...

Tía Catalina adelgazaba cada vez más. Iba secándose en vida, despojándose de la odiada carne que era la carcelera cruel de su alma volátil. Usaba cilicio. Por las heridas del cilicio se le escapaban los malos humores y el mal genio que no toleraba su maltratado hígado. El cilicio era una ancha faja de bayeta blanca confeccionada por ella misma y hecha a la medida de su talle de escoba. Sobre la bayeta estaban clavadas una docena de tachuelas con las puntas afiladas; Se ponía la faja en la cintura y se la ajustaba a la espalda con unos cordones. Todo el mundo se daba cuenta de que usaba cilicio porque el genio se le ponía más agrio que de costumbre, y andaba de

puntillas y con los labios apretados como si pisara carbones encendidos. Los gatos de tía Clarita lo percibían a través de sus bibrizas y procuraban estar lejos de sus botas. Cuando se sacaba el cilicio, andaba taconeando, recio, como si fuera un general.

El aire se ponía rancio con el olor a sangre. Cuando se sacaba el cilicio lo ponía sobre la baranda del corredor para que se secara, mientras un enjambre de moscas volaba al rededor.

— ¡Ahí, están las moscas! ¡Se ha sacado el cilicio!

— ¡Vamos corriendo a verlo!

La tía las espantaba indignada sin lograr entender el por qué las moscas no se daban cuenta del objeto sobre el cual hacían sus vuelos y maniobras. Echaba alcohol alcanforado. Las moscas y los sobrinos se alejaban unos metros de distancia, pero luego volvían. Cuando cansada de hacer de espantamoscas, calculaba que el cilicio estaba seco de dolor y de sangre, lo doblaba besándole como una reliquia, y lo guardaba en el fondo del armario, junto a la camisita de lana, con la cual habla venido al mundo y con la cual esperaba irse. El cilicio se quedaba allí hasta la próxima oportunidad.

El médico de la familia que jugaba un papel importante entre los habitantes de la casa, se habían impuesto la ingrata tarea de velar por el cuerpo flaco, desconocido y casi transparente de la tía. Desesperado al ver se le iba de las manos y que su ciencia se estrellaba contra los huesos del esqueleto, tuvo que acudir al confesor en busca de ayuda. Los dos expertos, en cuerpo y alma respectivamente, se pusieron de acuerdo para modificar la dieta de la tía.

— ¡Se está matando! Tiene anemia, artritis y arterioesclerosis cerebral.

—Yo también estoy preocupado, tiene conciencia escrupulosa y confianza temeraria en Dios.

El médico le seguía recetando cada vez que la visitaba, por una cierta honradez profesional, en lugar de mandarle de paseo, porque tenía a su vista el juramento de Hipócrates colocado en un marco dorado. Y el otro estaba un poco asustado al ver que las licencias concedidas a su penitente, para castigar su cuerpo, habían ido demasiado lejos...

Tía Catalina comía carne de cordero solamente los primeros sábados de cada mes, tomaba un pequeño huevo tibio en las festividades de los santos de su devoción y se servía chocolate en Pascua Florida y en Navidad. El confesor aleccionado por el médico, que también era su cliente, le mandó comer carne todos los días y tomar chocolate todas las noches, como era la costumbre inveterada de los habitantes de la ciudad dormida.

— ¡Tiene que hacerlo, está faltando al sexto mandamiento!

— ¿Al sexto? ¿Qué ha dicho? ¡Es al quinto, nada más!

— ¡Quinto o sexto me tiene sin cuidado!

Entonces se dio a confeccionar extrañas ensaladas que tenían por objeto contrarrestar la acción concupiscente de los filetes asados a la parrilla y los del cacao. Tía Catalina decía que la carne mema a la carne, y ella no podía

poner a la suya en trance de pecado. Las ensaladas de tía Catalina consistían en pétalos de rosa que Mama Chana compraba en las sacristías de las iglesias. Las rosas eran llevadas en canastillas de mimbre hasta la cocina de la casa. Las rosas no eran lavadas para que no perdieran las bendiciones que les habían caído encima. Se despetalaban con sumo cuidado, desplumándolas como a gallinas. Se limpiaban con una servilleta los posibles gusanos y colocadas en una fuente, se las condimentaba con aceite de oliva, sal, jugo de los limones de la huerta y un padrenuestro, por añadidura.

Cuando se enteró de estos ajetreos el médico de la familia, perdió totalmente la paciencia y mandó a su cliente de paseo, cerrándole para siempre las puertas de su consultorio y presentándole unos honorarios bastante crecidos, como indemnización a sus desvelos no correspondidos.

— ...y cuando vean por aquí a esa vieja beata, le dicen que no estoy, que me he muerto y que me he ido al infierno!...

Pese a los vaticinios del médico y de los familiares, la dieta que se había impuesto la tía, no era del todo mala. Salvo los dolores del lumbago, de los cuales nunca dejó de padecer, porque nunca dejó de frecuentar los lugares oscuros, húmedos y fríos, tenía una extraña energía y una vitalidad sorprendente para su edad.

XXVII

Un día, el secretario a quien tía Catalina no perdía pisada, ni respiro, se cansó de su trabajo y de las miradas afectivas que, de tarde en tarde, le prodigaba Bruna en forma de sonrisa, que tenían aires de una extraña complicidad, y de ciertos melindres que le ponían al borde de la calentura y del disparate, y nada más —a pesar del beso en la huerta— y anunció oficialmente a la tía que, el purgatorio —salvo casos que el no podía prever — estaba completa y total mente vacío, y que para escribir el total de las almas redimidas por sus oraciones, jaculatorias y sacrificios, necesitaba otra clase de máquina sumadora que no se había inventado todavía, ya que la máquina puesta a su disposición registraba sólo cantidades de cinco cifras, lo cual dificultaba mucho el trabajo, que de por sí era antipático. La realidad era que el pobre joven estaba mortalmente cansado de su jefe y de todos los Catovil. La tía le pagó el salario convenido y le despidió con una mezcla de pena y alivio.

—De manera que se va...

—Sííí, señora.

— ¡Señorita!

—Sí, señorita Catalina.

—Bueno pues, que su ángel guardián le acompañe.

— ¡Tengo veinte años y no necesito ningún ángel, señora!

— ¡Señorita! ¡Y con honra!

Ante el inconveniente de batallar sola con los números y la máquina sumadora, comprendió que su fin estaba cerca. Había hecho tanto en este mundo que ya nada le restaba por hacer, salvo un deseo que siempre tuvo: viajar a Tierra Santa pasando por Roma —lo de Roma era herencia de su tío abuelo Alvarito— además tenía sus dudas acerca de las cuentas presentadas por el secretario, y se desvelaba pensando:

—Puede ser que aún queden almas rezagadas en el purgatorio... Puede ser que sólo haya sacado unas veinte o treinta mil... Puede ser que el purgatorio esté tan lleno como antes...

Y así, por las dudas, decidió hacer el viaje. Tenía entonces cerca de ochenta años de privaciones y de penitencias cuando empezó a hacer los

preparativos de lo que sería un preludio de su viaje definitivo a la eternidad. Iría a los Santos lugares, visitaría al Papa y al regreso se sentaría en la mecedora del patio, frente a la pila, hasta que la muerte sacara su alma inmaculada del pellejo inmundo de su cuerpo.

—Pero tía Catalina, eso queda muy lejos...

— ¡No importa, debo ir como fueron los cruzados!

—Ellos eran hombres, y podían montar a caballo...

—AsÍ y todo, ¡iré yo sola! Primero en tren y luego en barco, y con la ayuda de Dios y de los Santos, llegaré a don de tengo que llegar.

—Tía, su edad...

— ¡La carne es débil, pero el espíritu es fuerte!

Y así se hizo. Tiró la casa por la ventana de su cuarto y se salió con la suya. No permitió que nadie le acompañara, aludiendo que necesitaba recogimiento y soledad. Hizo su testamento como era la costumbre de los habitantes de la ciudad cuando se alejaban de ella, y se despidió de los atónitos familiares y amigos que le acompañaron hasta la estación del ferrocarril, agitando pañuelos que ventilaban los comentarios a media voz y una que otra lágrima reservada para tales ocasiones.

— ¡Pero, habráse visto la vieja loca!

—=Es la herencia, lo lleva en la sangre.

— ¡Son capaces de volvernos a alfombrar la ciudad!

— ¡Ni lo diga en voz alta!

Subió airosa al tren que la conduciría al otro lado de las montañas y luego al mar. Llevaba una maleta grande con la ropa necesaria, el vestido y la mantilla de gala, y una maleta chica donde iban el cilicio, los totales de indulgencias ganados y el gran total de las almas del purgatorio que había sacado. Durante el viaje los números se cambiaron de lugar con el movimiento del tren. Las palabras de las oraciones se sacudieron tanto que se descompusieron, y al final del viaje todo estaba tan revuelto de letras y números que casi era un nuevo idioma...

Era la primera vez que tía Catalina hacía un viaje largo y salía del casco enigmático de la ciudad. Su hermana Clara, la única que lloraba desconsolada, se tranquilizó un poco al ver la marcialidad de sus movimientos y la compostura con que se sentó en el compartimiento que había reservado. El tren dio la última pitada que se clavó en las nubes, desparramándose por el flanco de las montañas y rebotando en el eco. Partió rengueando por las vías férreas, llevándose a la tía que no cesaba de agitar su pañuelo de lino, y cuando se perdió en la primera curva, el sol se desinfló, los duendes que estaban encaramados en los tejados se sacaron los sombreros y los acompañantes que tenían colocadas las cabezas en dirección del tren, mirando la columna de humo que salía de la locomotora, volvieron a poner la cabeza en su sitio y escupieron un pequeño nudo que se había atascado en sus gargantas.

— ¡Se fue...!

— ¡Uf, qué alivio!

— ¿Cuándo llegará a Tierra Santa, la pobre?

— ¡Que pobre, ni nada, ese es su gusto!

— Vamos, Clarita, vamos. Aquí en el andén ya no hay qué hacer...

Tía Catalina estaba eufórica viendo cómo, a través de la ventanilla del tren los árboles, las casas, los montes y los animales corrían junto con ella a visitar los Santos Lugares, y cómo el chis-chás del tren iba sonando exactamente igual al “ora-pro-no-bis” de sus letanías.

Las tres cuartas partes del viaje se hicieron sin mayores contratiempos, dormitando, rezando y con una leve punzada del lumbago que se hacía presente a cada rato con las nubes de polvo que se colaban a través de las ventanillas cerradas. Al tercer día de que el tren subía y bajaba montañas, la tía había perdido la paciencia.

— ¿Todo sea por Dios, pero hasta cuándo...?

Al llegar al punto crucial del viaje, allí donde los pasajeros se habían adelantado con el pensamiento y el terror, el tren resoplaba y jadeaba masticando madera y escupiendo candela. Los pasajeros temblaban... Habían llegado al límite de la resistencia del hierro, de las manivelas y de las calderas. Los nervios, la ciática y los lumbagos estaban en punto de ebullición. Se hallaban frente al sitio donde el diablo se había acostado para que el tren le pasara cosquilleando la nariz antes de escupir su estornudo por los aires.

— ¡Pasajeros, abajo! ¡Hemos llegado a la Nariz del Diablo!

— ¡Madre mía de las Angustias, aquí es donde se descarrilan los trenes!

— ¡María, coge a los guaguas. Estamos en la “Nariz del Diablo...

— ¡Jesús, qué monstruosidad!

Tía Catalina al ver aquellos precipicios, aquellos abismos accesibles sólo para cabras y no para cristianos, aquel embarcar y desembarcar de pasajeros para que el tren, libre del peso, pudiera ganar la empinada cuesta, aquel tráfago doliente de locomotoras que se turnaban para halar al tren por la trompa, y otras veces empujarlo por la cola, aquel peregrinaje cansino de la gente detrás del tren, aquellas maniobras en las que se veía que el tren se precipitaba en el vacío y luego lograba dar un salto atrás, hacia las rocas, se empeñó en que todos los viandantes debían rezar a coro, y de rodillas, la oración del Justo Juez.

— ¡A rezar, herejes!

El monje Savonarola salió de su tumba y se metió en las ropas sudadas de la tía, encajó en su falda, en su pecho plano y en su nariz. Bastante había rezado la pobre gente, lo único que quería era salvar lo más pronto posible el paso endemoniado y llegar con vida a su destino. Tía Catalina resistida, y viendo que la procesión no le seguía, ni los compañeros de viaje le prestaban atención alguna, se plantó en la mitad de la vía, de rodillas y con

los brazos en cruz, dispuesta a que el tren le pasara por encima de sus huesos.

— ¡De aquí no me muevo! ¡Malos cristianos, desagradecidos! ¡Pasar lo que pasamos, y no querer dar gracias al cielo!

— ¡Pero, señora, el tren está pitando!

— ¡Señorita!... ¡ Y, a rezar, hereje!

Los cansados viajeros la miraron con sorpresa. La noche se les venía encima y con ella un millón de ojos desprendidos de sus párpados empezaban a volar y a prenderse en las ropas y en los cabellos de las mujeres. Las rocas se abrían ante el “sésamo ábrete” de las sombras, y los pensamientos extraños se sentaban en las espinas dorsales reproduciendo escalofríos de miedo. No era suficiente el rezar de rodillas, sino que aún era necesario hincar las uñas en los talones de Dios, y la pobre gente del tren empujada por el terror, posiblemente ya lo había hecho. De modo que al ver la postura de la tía, decidieron de común mirada que era una vieja loca, y sin más comentarios, la cogieron en vilo y la metieron en un vagón de tercera clase. Con la prisa de las últimas pitadas no se dieron cuenta que tía Catalina se había desmayado.

— ¡Se va el tren! ¡Apuren!

— ¡Arriba con la vieja loca!

— ¡Ayuden pues!

— ¡Pero, si no pesa nada!

Por fin llegaron al mar. Hacia calor y la gente se iba acondicionando al clima, Tía Catalina repuesta del anterior ultraje a su persona, del cual adivinaba, más que sabía, en la siguiente parada del tren había regresado a su compartimiento y miraba molesta cómo los compañeros de viaje se iban despojando poco a poco de sus ropas.

— ¡Ave María Purísima! ¡Qué desparpajo, ya casi están desnudos!

— ¿No le pega el calor, señora?

— ¡Se-ño-ri-ta!

El calor era húmedo y asfixiante. A través de las ventanillas del tren iban apareciendo gentes vestidas de colores claros, hechos con poquísima tela. La tía añoraba las calles de la ciudad lejana con sus gentes eternamente vestidas de negro. Estas gentes le parecían de otro planeta: tenían otro color de piel, otra forma de ojos, otro sonido de voz, otra forma de caderas. Las mujeres no usaban medias, tenían unos escotes hasta donde no se podía mirar sin sonrojarse. En suma, hombres y mujeres de este lugar debían ser parientes de Satanás.

— ¿Qué hago yo metida en esta loquera...?

—Por aquí, señora, por aquí. Ese, es su barco.

— ¡Se-ño-ri-ta!

— ¡A ver, le llevo las maletas!

— ¡No se atreva a tocar mis maletas!

— ¡Pero, señora, ese es su barco!

— ¡Se-ño-ri-ta!

La esperaba un barco grande. No se hundía en el mar porque las aletas de los tiburones lo estaban sosteniendo. Subió a él por una pasarela que se balanceaba sobre el agua negra.

— ¡Por aquí, señora!

— ¡Señorita! ¡ Y, no me toque!

Cuando estuvo sobre cubierta con sus maletas, su paraguas y su asombro, tuvo ganas de volverse a la ciudad dormida y de abandonar la peregrinación. Necesitaba la paz de su ciudad y de su casa. Sus compañeros de viaje eran seres horribles, los hombres no se inclinaban cuando ella pasaba y las mujeres estaban semidesnudas...

—Pero ¡qué es esto! Dónde me he metido ¡San Estanislao de Kostka!

El calor iba en aumento y ella toda vestida de negro recibía los rayos solares con más intensidad, resaltando como una pimienta caída en una ensalada de frutas. Un sudor pegajoso le cubría todo el cuerpo. Oía con frecuencia los gritos de los sobrinos y los maullidos de los gatos. Completamente aturdida por las conversaciones en voz alta, por la sirena del barco y por las despedidas y adioses de quienes emprendían un viaje sin retorno, no atinaba a hacer nada...

Alguien la cogió y la introdujo en un minúsculo camarote, que además, debía compartir con el ser más extraño de todos cuantos había visto hasta entonces. Apenas la vio hizo la resolución de no dirigirle la palabra, ni en caso de naufragio. Era una corpulenta mujer vestida con un trajecillo escandaloso que apenas la cubría y dejaba traslucir las líneas de su cal-zo-na-rio. Era una descarada, fumaba como hombre. Tía Catalina recordó la boquilla de nácar que estaba en uno de los armarios de su casa y se puso a rezar la oración de la “buena muerte

—“Cuando mis ojos vidriados y desencajados por el terror de la muerte... Cuando mi cara pálida y amoratada cause lástima y terror... Cuando mis extremidades tiesas y frías... ¡Jesús misericordioso, ten compasión de mí!”

Una vez instalada en su camarote por los solícitos camareros que le sonrieron, colocaron su equipaje sobre la litera y le extendieron la mano, en busca de propina, y que ella, en su confusión les estrechó lánguidamente, se quedó sumida en un mar de conjeturas, más negro que el que estaba debajo del barco. El desaliento la invadía. Sentía el bochorno de la tarde cabalgando sobre su epidermis, pero fiel a sus costumbres, se resistía a despojarse de su ropa. Nunca claudicaría de sus principios. Además, era demasiado tarde para volverse atrás, debía soportar lo que viniera, debía ser valiente como los antiguos cruzados. Así que se dedicó a colocar estampas de santos por todo el camarote, ellos serían sus verdaderos y únicos compañeros de viaje, ya que hasta el momento no había visto a nadie que tuviera las disposiciones debidas para viajar a Tierra Santa. Sería un viaje largo y tendría que hacerlo sola. Recordó a sus amigas de la ciudad lejana y se abanicó con sus pensamientos. Mecánicamente se puso a rezar:

—“Para hacerme agradable a vuestros ojos, rocíame con el hisopo y seré purificada. Me lavaréis y me haré más blanca que la nieve de los montes...”

El barco zarpó. La brisa del mar calmó los ánimos y comenzó a refrescar poco a poco. Tía Catalina subió a cubierta apoyándose en las paredes para no caer, debido al vaivén del barco. Allá arriba el espectáculo era hermoso e imponente, el mar estaba tranquilo y el cielo cubierto de estrellas. Hizo sus oraciones agarrada a la barandilla del barco mientras el viento le deshacía el moño de tres cuerpos. Sonó una campanilla. Era la hora de cenar: debía bajar al comedor, aunque no tenía ganas de comer.

Una vez en el comedor la acometieron nuevas aflicciones: aquello era un antro de verdaderos pecados capitales, allí estaba en carne viva el mundo con todas sus obscenidades, la lujuria y la concupiscencia se deban de la mano, la gula y la liviandad imperaban por todos lados. No pudo tolerar el espectáculo que hería sus ojos. Había sido engañada. El barco no podía llevar a nadie a los Santos Lugares, sino a los infiernos, y allí estaba ella con su presencia y con su equipaje de números y de cuentas, que era su pasaporte a los cielos. No podía soportar más de lo que estaba viendo, y como una forma callada de protesta, y para no contaminarse con el ambiente, se sirvió dos cucharadas de sopa, un pedazo de pan y un sorbo de agua metálica que empujó para adentro las protestas y los comentarios que estaban a la mitad del camino de la laringe. Se levantó y se fue a su camarote con su paraguas y su desolación.

Allí todavía hacía calor. Sin embargo, se acostó vestida por el temor de que entrara en un momento imprudente su compañera de viaje y la sorprendiera en ropa interior. Trató de dormir cansada y enajenada por el brusco cambio que había dado a su vida, por el ruido de las máquinas que estaban metidas en su cabeza, (el martillo de su oído se había vuelto loco golpeando sin cesar sobre el yunque) por el ruido de las olas que se estrellaban sobre la quilla del barco, por el continuo vaivén que hacía oscilar las estampas colocadas en las paredes, y por la impresión de un próximo naufragio.

A media noche entró su compañera y con ella se coló un vaho de alcohol. Dio las buenas noches en un idioma balbuciente y la tía, por no contestar y romper el muro de silencio, simuló que dormía, aprovechando lo cual, la mujer se quitó la poca ropa que llevaba quedándose completamente desnuda. Luego empezó como si tal cosa una complicada toillette nocturna que, comenzaba con el despojo del pelo, dejando completamente al descubierto un cráneo pelado, con manchitas pardas como huevos de paloma. Después se sacó los dientes y los sumergió en un vaso de agua, precisamente en el vaso que correspondía a la tía. Puso su mano bajo el ojo derecho y con un rápido movimiento del párpado apareció un ojo de vidrio en la palma, era una bola de cristal azul y transparente por el cual miraba las cosas del mundo como si no tuvieran peso, ni estuvieran sujetas a la ley de la gravedad. Mientras hacía esto cantaba entre dientes para no despertar a la compañera dormida.

—Tralalí-lalí-laráa...

Tía Catalina hizo sus cálculos y cuando consideró que la mujer ya estaría metida en su camisón de dormir, abrió los ojos y descubrió la imponderable desnudez de pelo, ojo, dientes, ropa y vergüenza. Quedó petrificada de terror, palideció, sintió que el verdadero frío de la muerte le subía por los

pies y se ponía en cuclillas sobre su corazón. Tardó largo rato en reponerse, sacó fuerzas de donde no tenía, trató de vencer su estupor y repugnancia; la líquida médula de sus huesos estaba hecha agua, sus cuerdas bucales estaban torcidas. Se tapó la cabeza con la sábana, gritando estentóreamente por su dignidad ofendida y vilipendiada:

— ¡Impura, impura, deshonesta! ¡Engendro de Satán y los infiernos!

Y cayó en un sopor, desmayada. La mujer no estaba en capacidad de entender palabra y creyendo que le pedía que apagara la luz, se apresuró a complacerla metiéndose rápido en la litera de enfrente y dejando a la vista de la desmayada tía una nalga fofa y desgraciada, que pertenecía a un deshecho de guerra, pues se trataba de una teniente que viajaba en plan de vacaciones y había sufrido en su lejana juventud las consecuencias de la Guerra del 14. Antes de dormir todavía se la oyó varias veces:

—Tralalí-lalí-laráa...

La macabra escena con todo su realismo y promiscuidad, hizo que tía Catalina perdiera del todo la cabeza, y que la compañera pidiera al otro día un cambio de camarote.

La tía pasó mareada gran parte del viaje haciendo incursiones acrobáticas en el lomo de los peces espadas, saliendo disparada cuando pitaba la sirena del barco a instalarse muy cerca del lugar donde habían estado los pedazos del alma de María Illacatu, cuando sus hijos se sacaron la camisa, en alta mar. Luego se metía en las conchas hasta convertirse en perla, lo cual constituía un descanso para los compañeros de viaje que estaban hartos de sus impertinencias y delirios.

—La vieja del paraguas no ha asomado esta mañana.

— ¡Ojalá no vuelva a aparecer!

Un buen día se sintió aliviada, recobró sus vacilantes sentidos y salió del fondo del mar, que para ella estaba situado bajo de la pila del patio de su casa y quiso entablar conversación con un señora que le sonrió al pasar:

— ¿Bonito día, no?

— Ich nicht verstehe. (en alemán se traduce como: “no te entiendo)

— ¿Qué dice?

— I don”t understand (en ingles se traduce como: “no te entiendo”)

— ¿Como dice?

— lo no capito. (en italiano se traduce como: “no comprendo”)

— ¿Quéeee?

Dio media vuelta por cubierta y horrorizada comprendió que nadie hablaba su idioma. Entonces, llena de pánico, creyó que Dios había castigado tanta desfachatez, insania y nudismo, confundiendo las lenguas: volvía a repetirse el castigo le la Torre de Babel, muy pronto los marineros comenzarían confundir las órdenes del capitán y sería el caos en altamar, entre los afilados dientes de los tiburones y sobre los lomos de los cachalotes...

Colmada de santo celo se paró en la mitad de la cubierta y empezó a predicar y llamar a penitencia a los viajeros. Por segunda vez el monje Savonarola se metió en su pellejo y salió volatizado por sus ojos y su boca.

— ¡Hombres y mujeres pecadores! ¡Arrepentíos enseguida de vuestros pecados! ¡Dios ha confundido las lenguas! ¡Haced penitencia! ¡Vamos a naufragar!

La gente le miraba confundida y molesta. El extraño ser vestido de negro con el arma de su paraguas hacía desagradable la travesía. La tía seguía perorando y desgañitándose. Los turistas se apresuraban a disparar sus máquinas de fotos. Los niños habían empezado a rodearla y a batir palmas creyendo que se trataba de un circo a bordo. Las gaviotas congelaban su vuelo parándose en el palo mayor. Dos o tres personas que hablaban su idioma, entendieron la palabra naufragio y creyéndola un ser iluminado, se desmayaron. Cundió el terror en el barco que viró bruscamente, porque el maquinista entendió que alguien se había caído al mar. La sirena salió enloquecida de prisa y los pasajeros subieron a cubierta con los ojos desencajados y los salvavidas en las espaldas. Intervino el capitán que, con tal, fue el último en perder la cabeza, y se dio cuenta de que el origen de la confusión era la vieja del paraguas. Entonces ordenó al médico de a bordo que le pusieran una camisa de fuerza, le inyectaran una fuerte dosis de narcótico y la llevaran a la enfermería Allí pasó el resto del viaje.

— ¡Por fin tendremos un viaje tranquilo!

— ¡La vieja del paraguas está recluida!

— ¡Qué alivio!

Y así continuó la travesía que duró cerca de un mes. Fue el mes más largo y sin sentido de toda su inútil vida. Pasó poniéndose y quitándose el cilicio, rezando oraciones larguísimas en las que confundía las palabras habituales con sonidos extraños hablando todo el tiempo a media voz para hacerse compañía, maldiciendo a los inicuos habitantes del mundo que estaban tan locos como para pretender viajar de un modo tan absurdo a Tierra Santa. El viaje que ella había soñado siempre, era otro, creía que los peregrino irían sentados en bancos puestos en fila como en las iglesias, rezando y cantando salmos piadosos, mientras la brisa del mar acariciaría sus cabellos y los pescados que les acompañaban en la travesía formarían hermosas figuras sobre un cristal azul y transparente.

Cuando regresó del viaje estaba loca de remate y en plan definitivo de morirse. Los amigos, sobrinos y demás familiares que esperaron ansiosos su retorno, no se enteraron de nada y se quedaron en ayunas de todas las peripecias pasadas. Trajo, eso sí, dos maletas llenas de rosarios y medallas que la compañía de viajes le regaló al ponerle en el tren que la llevaría a la ciudad. Ni siquiera su cuerpo fue a los Santos Lugares, ni pasó por Roma.

El capitán los marineros y demás viajeros del barco, no pudieron más con ella, y la dejaron recluida por el camino en una pensión, de la que la recogieron después, al regreso, con las debidas dosis de narcóticos.

A las insistentes preguntas de los familiares y de sus entrañables amigas que querían saber cómo eran los lugares que habían ido a visitar, la pobre tía Catalina sólo atinaba a decir, llevándose las manos a la cabeza:

— ¡Paseo de la Rambla, doscientos catorce, tercero, derecha, Barcelona, España!

—Sí, pero ¿qué pasó allí?

—Nada, nada. Paseo de la Rambla, doscientos catorce, derecha, tercero, Barcelona, España.

Fue todo lo que sacó de su ansiado viaje. Había perdido todo su equipaje con el único vestido costoso que se hizo en vida y que mandó a confeccionar a su escuálida medida, para asistir a su entrevista con el Papa; había perdido la más grande y hermosa mantilla que pudo encontrar en la ciudad y que se compró para el mismo fin, y también su inseparable paraguas y la maleta con los papeles de las cuentas de sus indulgencias ganadas y el total de las sumas de las almas del purgatorio que había logrado sacar.

— ¿Tía Catalina, y tu equipaje? ¿Dónde lo dejaste?

—Paseo de la Rambla, doscientos catorce, tercero, derecha...

—Catalina, trata de recordar.

—Paseo de la...

La verdad fue que no pasó de Barcelona. Allí se quedó en una pensión, cuidada o mal cuidada por unas almas caritativas, hasta que los marineros fueron a sacarla, al regreso del barco y la volvieron a meter en la enfermería de a bordo, y luego la instalaron en un compartimiento cerrado del tren, hasta que llegó a la ciudad en la fecha convenida. Los que la esperaban se quedaron boquiabiertos al verla toda desgreñada, con los ojos desencajados y sin el paraguas...

Una vez repartidos los rosarios y las medallas entre los habitantes de la ciudad que acudieron a cumplimentarla y a curiosear, se acostó en su gran cama, y no volvió a levantarse nunca más.

XXVIII

La cama de tía Catalina era una Obra maestra de arte. Era un verdadero monumento de madera por el que subía y bajaba la atormentada y retorcida imaginación de un artista mestizo llamado Juanico, el cual más que trabajar, se destrozaba de dolor oyendo los yaravíes que tocaban a la puerta de su taller, mientras pulía y daba forma a la madera.

La cama estaba formada por cuatro imágenes de tamaño natural, esculpidas en madera de cedro, que correspondían a los cuatro evangelistas, y sostenían sobre sus cabezas cuatro grandes vigas de madera labrada de las que se desprendía un dosel de color morado.

Este era el único lujo de tía Catalina, aunque ella nunca lo consideró como tal, sino como una necesidad. Era la única cama con esa forma que existió en la ciudad, y posiblemente en el mundo. Los cuatro evangelistas: San Marcos, San Lucas, San Juan y San Mateo habían sido bajados del mismo cielo para contemplar el turbio sueño de la tía. Estaban revestidos de láminas de oro sobre las cuales se había aplicado la pintura, pues existía tanto oro en la ciudad, que bien podía ponerse como fondo para que los pinceles resbalaran mejor.

Los cuatro apóstoles estaban condenados a no moverse del dormitorio de la tía, ni a salir a tomar el sol, hasta que ella muriera. Era una cama papal, imponente, soberbia, sobre la cual un mortal cualquiera que no hubiera sido la tía, habría tenido reparos de conciencia al acostarse en ella. Pero el colchón era mísero, estaba hecho con paja de páramo, tiesa y fría, lleno de alistas heladas que se introducían por el pellejo hasta tocar los huesos. Era una cama austera, dura y solemne sobre la cual los fantasmas organizaban procesiones y los duendes jugaban rayuela durante el día, y cuando llegaba la noche y la tía se metía entre las sábanas, ellos se entretenían en caminar de puntillas por encima de su cuerpo pasando de la cabeza a los pies. Cuando la tía cambiaba de postura, ellos perdían el equilibrio y se caían patas arriba, entonces se ponían enojados y la molían a palos, pero la tía no se daba por enterada de los trajines de los duendes: había domeñado su cuerpo como los faquires de la India.

Juanico demoró muchos años en terminar la cama. La música que tocaban mientras trabajaba en dar forma a la madera, se le introducía adentro hasta enfermarlo de soroche. Entonces pasaba días enteros, sin hacer nada, con la cabeza entre las manos, mirándose los pies calzados con alpargatas.

Tía Catalina iba a su taller, y con la punta del paraguas cosquilleándole debajo de los brazos, le obligaba a ponerse de pie y le urgía en la terminación de la obra.

— ¡Juanico haragán! ¿Cuándo terminas mí cama? ¡La pereza es la madre de todos los vicios!

— Así ha de ser...

— ¡Esto es el colmo! ¡Llevo esperando dos años!

—Y a mismo acabo...

— ¡Juanico necesito mi cama!

— Ya mismo, ya mismo...

— ¡Si no me la entregas para Corpus, no te pago nada! ¿Entiendes?

— Bueno...

— Y encima te haré meter en la cárcel, por tramposo

— Bueno...

Al finalizar el plazo convenido. Juanico amaneció muerto junto a la cama.

— ¡Catalina, Juanico se ha muerto!

—¡Si no me ha terminado la cama, seguro que estará en los infiernos!

— ¡Pobre del que fue Juanico!

El pie derecho de San Marcos era tosco, como si aún no hubiera terminado de caminar por el vientre de su madre los nueve meses que estuvo encerrado, y el izquierdo estaba aún dentro de la madera que no había sido devastada. La cabellera de San Lucas era ocre porque el pan de oro no había sido lo suficientemente pulido por el roce de las alas de los ángeles, que se aburrieron de tal operación y abandonaron al artista, porque consideraron que era tonto que una beata solterona tuviera tal cama. Había otras fallas, como muchas de las obras artísticas de la época, debido a que eran empezadas por padres y terminadas por nietos; pero, ante el total acabado de la obra, las fallas pasaban inadvertidas.

La cama de tía Catalina fue finalizada por uno de los descendientes del artista Juanico. Pero éste no fue tan hábil como aquel y sobre todo no tenía el alma retorcida de dolor como Juanico, así que el tallado de la cabecera que le tocó terminar, no tenía nada que ver con el estilo solemne de los cuatro evangelistas que eran cuatro estatuas hieráticas y severas. El tallado de la cabecera era diferente, representaba a dos angelitos que jugaban con una guirnalda de flores. Los angelitos eran figuras plenas de gracia y de vida como si en realidad hubieran sido recortadas del marco celestial. Pero este conjunto delicioso tenía un grave inconveniente para el gusto de la tía: a los angelitos se lea veía el pipi, y ella nunca pudo tolerar “eso” en su cabecera.

— ¿Cómo se atreve a poner desnudeces en mi cama?

— ¿Qué quería que le ponga, entonces?

— Algún santo o algo parecido como fue el trato con su abuelo Juanico.

— Por eso mismo le puse los ángeles.

— ¡Pero no debía haberlos hecho como vinieron al mundo!

— ¡Y quién le dice que han venido!

— ¡Bájeme la voz! ¡Blasfemo! ¡Atrevido!

A la tía no le quedó otra alternativa que aceptar la cama como estaba, y una vez instalada en su dormitorio, se dedicó a confeccionar calzoncillos para los angelitos, los cuales se sujetaban a la madera con tiras de papel engomado, pero los sobrinos se daban modos para arrancar las tiras de papel y gozar del espectáculo de la tía saliendo disparada, roja de indignación y de vergüenza a buscar otra muda de ropa cada vez que ésta desaparecía.

A pesar de los cuatrocientos veinticinco mil, ochocientas veintidós siglos de indulgencias ganadas, tía Catalina no tuvo una muerte tranquila. Agonizó durante semanas, y hubiera durado más, si Mama Chana, cansada de tanto trajín, no le hubiera dado el “agua de la misericordia” que solía preparar para tales casos.

—Lleva días y días agonizando...

—Tiene la casa revuelta y a los familiares, locos...

— ¡Voy a darle el agilita de la misericordia!

— ¡Hazla pronto! Total, le haces un favor...

La tía quería confesarse cada cinco minutos. Los sacerdotes y miembros de las cofradías a las que pertenecía, se quedaron a vivir en la casa de los tíos. La tía no quería que darse sola ni un instante, porque temía que la muerte la cogiera en vilo, como los empleados del tren, o como los marineros del barco, para llevársela, sin que estuviera muerta del todo. Su mente era un caos, temía ser víctima de los tiburones que entraban y salían por la puerta del cuarto, que se subían a la cama por los pilares de los cuatro apóstoles y se llevaban la maleta de los papeles donde estaban anotadas las indulgencias ganadas.

—-Está bien, hija, confiésese...

—Me acuso de haber visto un tiburón...

—-Eso no es pecado, hija.

—Me acuso de haber dejado que el capitán del barco me pusiera las manos encima...

—Eso, ya lo dijo...

—Me acuso de haber perdido mi maleta.

—Eso, tampoco es pecado.

—Me acuso de... Paseo de la Rambla doscientos catorce, tercero, derecha...

—Descanse, hija, descanse.

— ¡No, no se vaya! ¡No me deje sola!

Tía Clarita estaba rendida de fatiga y agobiada de dolor. A pesar de todo, quería a su hermana y sentía que con ella se iba gran parte de su vida. Se derrumbaban los recuerdos que ya no podrían ser compartidos, los sinsabores y las alegrías que ya no volverían a ponerse sobre el mantel de las largas sobremesas en las que cada una se entregaba a sus pensamientos. Se sentaría sola frente al brasero que solían encender en las interminables tardes de lluvia. Se quedaba sola en la inmensa casa en la que se perdía vagando por los innumerables cuartos, y que se le venía encima de tan vieja, y en la que los fantasmas habían perdido toda compostura y recato y ni siquiera les importaba la luz del día para hacer lo que les daba la gana: si tenían antojo de pan con mermelada, se la comían y dejaban los cuchillos y las cucharas embarrados de moras y tirados sobre la mesa. Se sentaban en las mecedoras del patio, y ni siquiera se hacían a un lado cuando alguien se sentaba encima de ellos. Se metían en los hocicos de los gatos y salían disfrazados en feroces aullidos. Se tomaban toda el agua de la pila y la dejaban seca durante días. Escarbaban los escombros del tercer piso, se resbalaban por las goteras y se columpiaban en las telarañas...

Mama Chana había vuelto a posesionarse de la casa a raíz del viaje de tía Catalina y con el pretexto de acompañar a tía Clarita, había sentado sus

reales en ella; esperando la muerte de las dos tías, para morirse a su vez, y entregar la casa a sus descendientes.

— ¡Por fin murió doña Catalina!

— ¡En paz descanse! ¡Vamos a coger algo suyo para tenerlo como reliquia...!

— ¡Vamos pronto! ¡Todo el mundo está en el cuarto!

Apenas murió la tía empezaron a tañer las campanas, todos los habitantes de la ciudad desfilaron por la casa de los Catovil. El dormitorio de la tía quedó en escombros. Todos fueron sacando un recuerdo de la santa: un florero donde había puesto rosas de castilla a San Benito; una pantufla con la cual había caminado de rodillas; una pluma de almohada sobre la cual había reclinado sus pensamientos celestiales; un ladrillo de la pared que había presenciado sus diarias mortificaciones; un pedazo de colcha, un trozo de vestido, una hilacha de sábana... Se llevaron todo lo que encontraron a mano. Descolgaron el dosel morado y se lo repartieron. Los cuatro evangelistas fueron liberados del peso de las vigas que cargaban, se sacudieron el polvo que les cubría, se desperezaron y se fueron de brazo, caminando por las calles, a pararse en un rincón de la sacristía de la iglesia principal donde permanecieron por años, hasta que alguien los descubrió y los colocó en el retablo de una iglesia.

—Yo he visto ese santo en alguna parte...

—Yo también, pero no recuerdo dónde...

—Nadie sabe quién lo hizo, ni de dónde vino...

Las habitaciones del segundo piso se cerraron definitivamente y para siempre. Tía Clarita se cansaba de subir y bajar las gradas. Así que cedió el segundo piso a los fantasmas, con la condición de que estos le dejaran tranquila y no bajaran al patio, alrededor del cual trató de pasar sus últimos años. Pero los fantasmas proliferaron, y al cabo de los años tía Clarita tuvo que pagarles alquiler para que ellos le permitieran seguir ocupando unas pocas habitaciones.

La huerta estaba en decadencia, invadida enteramente por las malas yerbas y los escombros. Nadie se ocupaba en recoger los limones de los limoneros, ni en sentarse a la sombra del viejo capulí a comer sus frutos, el pozo con el ojo del diablo estaba derruido y ya nadie se acercaba a mirar lo que había en su fondo.

Cuando tía Clarita se sentaba a la sombra del “Manenken Pis” a tomar el sol y a cepillarse los cabellos, los duendes chiquitos le quitaban los pelos uno por uno y volvían a colocarlos, pero al pasar por sus manos se tornaban blancos y muchos se perdían en el juego...

XXIX

Tía Clarita tenía los pies sobre la tierra, caminaba dulcemente por ella, aunque a veces se perdía por los laberintos de su propia casa. Era lo contrario de su hermana; tenía una estructura ósea, de la que le nacía una carne que necesitaba mimo y cuidado, estaba regada por una sangre roja que le entraba y salía de un corazón tierno, y luchaba desesperadamente, todas las mañanas para que el soroche le permitiera levantarse con los primeros rayos de sol.

Quería a los sobrinos, a los gatos y a las plantas. Era extraordinariamente pulcra, tanto, que se miraba con una lupa cada una de las áreas de su cuerpo para ver si sus poros estaban tupidos por el polvo y si los vellos se mantenían erguidos. Conservaba una que otra coquetería que eran los resabios de la época en que tuvo un gran número de pretendientes, a quienes su hermana Catalina se encargó de barrerles y hacerles desaparecer con la ríspida escoba de sus hirientes comentarios. Catalina se ingeniaba en colocar hortensias por los lugares que frecuentaba tía Clarita para que ella las tocara con sus manos y de ese modo se quedara soltera.

Tía Catalina amaba, a su modo, a su hermana. La quería siempre a su lado, en el cielo y en la tierra, y sin permitir que un simple matrimonio la dejara fuera del coro de las Once Mil Vírgenes en el que ella creía al pie de la letra.

Se opuso con razones contundentes, que no admitían réplicas, a que formalizara compromiso con alguno de los que rondaban la casa. Unas veces decía que el pretendiente no era de la alcurnia de los Catovil, porque había visto, con sus propios ojos, que al pie del árbol genealógico del enamorado crecían ortigas, o como se acercaban los perros a su tronco con la pata levantada...

— ¿Estás loca? ¿Vas a casarte con un cholo?

— ¡No es cholo!

— ¡Calla, tú no sabes nada!

A veces escarbaba con la uña del dedo de la piel del que rondaba la casa y se topaba con la evidencia de la sangre india, biológicamente incompatible con la sangre de los Catovil...

— ¡Ese, no es de tu rango!

— ¡No importa! Quiere casarse conmigo...

— ¡No seas torpe! Su abuela era india, yo la conocí, se vestía con anaco.

—Pero...

— ¡Olvídalo! Ese no me pone más los pies en esta casa.

Otras veces se había dado el trabajo de levantar la levita del enamorado con la sola mirada de sus ojos y descubría que, debajo de la levita cortada por el mejor sastre de la ciudad, había un poncho colorado.

— Aunque no lo creas, es indio puro...

Otras veces había constatado que el que solicitaba la mano de tía Clarita no tenía donde caerse muerta. Decía, que ni siquiera sus zapatos eran pares, que el cuello de la camisa tenía un siete de varias puntadas, que tenía botones de hojalata, que le faltaba uno en el chaleco que el dedo gordo del pie se le estaba saliendo por el roto de la media...

—Ese se quiere casar contigo porque cree que eres rica.

— ¡No es verdad!

—Lo que quiere es tu plata.

—Pero, si no tengo ninguna...

—Ese, es un interesado. ¡Si lo veo por aquí, le espanto con el palo de escoba!

Otras veces aseguraba que el pretendiente no tenía los pantalones bien puestos y decía que era un alfeñique que se desmoronaría al primer mordisco. Que sería incapaz de darle ningún respaldo moral porque cuando ella quisiera apoyarse en él, ambos rodarían por el suelo, ya que la moralidad del novio era tan frágil como el papel de estraza.

— ¡Cómo te vas a casar con ese mequetrefe! ¿No ves que es un mamarracho?

— ¡No, no lo es!

—No sirve ni para sacar los perros al sol...

—Pero...

— ¿Tantas ganas tienes de casarte? Debes darte baños de agua fría...

— ¡Catalina! No seas mal pensada...

También decía que el pretendiente era feo y que, cuando el primogénito naciera, la pobre tía Clarita sufriría tal susto al ver la cara de su hijo, que moriría de sobreparto.

— ¿Con un hombre así...? ¡Jesús, qué susto!

— ¿Por qué?

— ¡Porque parece un mal engendro de Satanás!

Muchas veces decía que el pretendiente no iba a misa, que era del partido liberal, y que los liberales eran enemigos declarados de la familia desde los tiempos del obispo Catovil y acusaba a la inocente enamorada de traidora a la familia.

— ¡Clara me das una bofetada en plena cara! Ese, es nuestro más grande enemigo.

— ¡No, no es verdad!

—Casarse con él para que traiga la desgracia a esta casa...

—Pero, si es muy bueno...

— ¡Cómo puede ser bueno un ateo que no va a misa!

Los argumentos de tía Catalina eran los mismos que se habían repetido desde tiempos inmemorables en la ciudad y se siguieron repitiendo en los tiempos de Bruna cuando no se consentía que los hijos se casaran por su propia cuenta, sino que recibieran agradecidos el marido y la mujer que se les había designado de acuerdo al rango social en que arbitrariamente se habían colocado.

En fin, tía Clarita cansada de acicalarse ante el espejo de suspirar tras las ventanas entornadas, comprendió que su destino estaba marcado por una larga y triste soltería en la que los gatos desempeñarían las veces de hijos, y las hojas de geranios, la de pañales tendidos a secarse en las macetas del patio. Comprendió que le estaba vedado para siempre el camino prohibido que conducía al beso. Se resignó fatalmente al dominio de la hermana mayor, pero como le faltaba convicción en sus actos, no dejaba de lado las ilusiones, la lectura de novelitas rosadas y una que otra infantil coquetería que le ayudaban a matar las largas horas muertas de su vida y a llenar los vacíos de su soledad. Le faltó la decisión de Camelia Llorosa y la oportunidad de alimentarse con otros aires que no tuvieran la carga del soroche.

Tía Clarita era pequeña. Tenía los ojos acuosos y claros como los charcos que se forman con el rocío. Las venas azules de las manos se le marcaban como riachuelos en un mapa, mostrando su desolada geografía, por la que se podía caminar sin llegar a ningún lado. Procuraba escamotear uno que otro año de luto en la larga cadena de muertes familiares usando vestidos de colores claros que iluminaban la vieja casa y marcaban las supuestas estaciones del verano y el invierno. Se permitía ciertas licencias a espaldas de la hermana, ojeando revistas de modas y dando suspiros que empañaban las páginas. Estaba suscrita al “Au Bon Marché” de París que le llegaba de vez en cuando y mediante el cual podía darse sus escapadas más allá de las montañas.

Usaba grandes cantidades de agua de colonia 4711. Se ponía medias de seda y cuando se preparaba para salir a la calle a exhibir sus fallidos encantos, se demoraba más de la cuenta en el minucioso y prolijo arreglo de su persona, poniendo en movimiento a todos los habitantes de la casa.

Se hacía unas mascarillas de belleza para detener el paso de los años y borrar las arrugas de su cara. En un poco de harina de maíz ponía clara de huevo y batía con fuerza, entonces se aplicaba la mezcla en la cara, el cuello y el es cote con una paleta de madera. Al contrario de todas las mujeres, tía Clarita hacía sus abluciones y menjurjes de belleza a la vista de todo el mundo y disfrutaba con ello.

— ¡Clara ten recato, es un mal ejemplo para los chicos!

— ¿Por qué?

—Porque la vanidad es un pecado muy grave.

— ¡Déjate de tonterías!

— Recuerda que eres polvo y en polvo te convertirás.

Cuando la pasta se secaba sobre la epidermis quedaba rígida como una estatua de yeso, no podía hablar, ni hacer ningún gesto. Hablaba con las manos y con los ojos, y los sobrinos la seguían por todos lados para hacerla reír para que la mascarilla se cuarteara.

— ¡Tía Claritita, una sonrisilitaaa, a que se paaarta la mascarilita!

Entonces se la desprendía con mucho cuidado, lavándose con agua de lluvia en la cual había hecho hervir hojas de lechuga que ella misma se encargaba de recoger de la huerta.

— ¡Tía Clarita déjame tocar tu cara!

—Bueno, pero con las manos limpias.

Y uno a uno los sobrinos pasaban por su cara la yema de los dedos.

— ¡Huy, qué suave!

— ¡Cómo la piel de los gatos!

— ¡Suave y fresquita!

Se pintaba los labios de un rojo subido al estilo de Betty Boop , se alargaba los ojos con un carboncillo, y se peinaba el cabello rubio rojizo —por efecto

del agua oxigenada—en menudos rizos que se acomodaba sobre las cejas y en las sienes, adquiriendo un aspecto de perrillo de lanas.

Nada de esto era visto con complacencia por la feroz hermana, quien después de haberla sumido en la soledad, la perseguía por toda la casa con la eterna cantaleta de siempre:

— ¡Clara, Clara, te vas a condenar! ¡Recuerda que eres polvo y en polvo te convertirás!

Y cuando lograba salir a la calle trasponiendo el umbral de la puertecilla falsa, seguía oyendo el mismo estribillo. La hermana se había dado modos para colocarse en su sombrilla, dentro de la cartera, o muy acomodada, en las espirales de un rizo para estar más cerca de su oreja.

Tía Clarita tuvo pocas amistades por el efecto equívoco de la pintura de su cara, por la cantidad de pretendientes que se había visto obligada a rechazar, los cuales al sentirse preteridos por una disculpa cualquiera, se dedicaban a propalar rumores que las mujeres daban por hecho, y hasta afirmaban que había tenido su caída, sabiendo de antemano que la presencia constante y el espionaje de tía Catalina habrían impedido hasta un beso en la punta de los dedos.

Tía Clarita odiaba la hipocresía de las costumbres que envolvían a la ciudad dormida. Era la segunda edición de Camelia Llorosa, sin las brillantes oportunidades que tuvo ésta. Llevó su soledad con entereza y elegancia espiritual, sin quejumbramientos, ni posturas de víctima, como si en el fondo de ella misma se sintiera culpable de no haber mandado al diablo a su hermana cuando aún era tiempo de hacerlo. Tenía gusto por la vida, por eso trataba de sacar mínimos partidos de las raras ocasiones cotidianas.

— ¡Vamos a hacer una rica melcocha!

— ¡Clara no fomentes la gula!

— ¡Vamos a armar el nacimiento, ya llega la navidad!

— ¡Pero si apenas estamos en noviembre...! ¡Clara, no seas novelera!

— ¡Vamos a ver quién pasa por la calle!

— ¡Clara nunca te he oído decir; vamos a rezar el rosario!

Tampoco gozó de la estimación de los demás familiares a causa de los gatos, a los que bautizó con el mismo nombre que tenían los sobrinos.

— ¡Esto es el colmo! Tía Clara siempre nos está haciendo la competencia con los gatos.

Celebraba los matrimonios, bautizos y cumpleaños de los gatos con idéntica torta y las mismas golosinas que preparaba para los sobrinos. No hacía diferencia entre los unos y los otros. Siempre hubo competencia entre los padres y la tía por el paralelismo que estableció con los unos y los otros. El fallido instinto maternal de tía Clarita tenía que volcarse sobre alguien.

XXX

Los gatos de tía Clarita fueron angoras muy finos, a los cuales se les rodeó siempre de un trato muy especial. Con el transcurso del tiempo, y sobre todo, por el continuo cruce entre ellos mismos, fueron poco a poco degenerándose y acumulando taras, hasta el extremo de que eran gatos que se asustaban de los ratones. Tía Clarita nunca consintió que sus gatos se ayuntaran con otros, influenciada también por la actitud que tenía para con ella su hermana Catalina.

Juanito nació con tres patas y una cuarta apenas insinuada, lo que constituyó un gran dolor para tía Clarita que nunca se conformó de ver a Juanito caminando con muleta. Mandó a hacer con un ebanista una pata de madera de balsa que se le sujetaba al lomo con dos tiras elásticas. El aprendizaje a caminar con la pata de madera fue todo un proceso complicado que duró varios meses:

— Aprende a caminar, Juanito, con tu patita de palo, anda, no seas malito...

Bruna gata se negó a vivir en la casa con los otros gatos; ella vivía en los tejados y había que subirle diariamente la comida poniendo una escalera muy alta por la cual subía y bajaba, con riesgo de su vida, el indio que hacía la limpieza en las habitaciones de tío Francisco, quien vivía mal diciendo la mala crianza del animal.

—-Un día de estos me mato por culpa de esta gata desgraciada...

Lolita nació tuerta. El hueco de su ojo inexistente, siempre le estaba supurando, por más que se le lavaba continuamente con agua de romero y otras yerbas. Los bigotes moviéndose para todos lados, como si hiciera muecas, no eran suficientes para espantar el enjambre de moscas que continuamente le estaban rodeando, de manera que tía Clarita tuvo que

fabricarle un parche que se amarraba a la cabeza, por encima de la oreja y al estilo de la princesa de Eboli.

— ¡Vamos Lolita, déjame que te ponga el parche!

— ¡Parece un pirata!

— ¡Calla! ¡No lo digas duro! Si te oye, no va a querer ponerse nada.

Durante la infancia de los sobrinos el baño de los gatos fue el acontecimiento más importante de la semana. Era algo que trascendía fuera de los muros familiares y que colmaba los espíritus como si se tratara de una Noche de Reyes. Se les bañaba los jueves para que pudieran asistir los sobrinos y uno que otro niño, compañero de colegio, que se había hecho invitar a fuerza de regalos y de sobornos a los Catovil.

Desde las primeras horas de la mañana, el patio se ponía de fiesta, había tres palanganas de agua que se temperaban con los rayos de sol. Después del almuerzo, se les ponía agua caliente en las unas más que en las otras, para que la temperatura del agua se mantuviera igual en todas, y los gatos no sintieran ningún cambio brusco al ser pasados de un recipiente al otro.

— ¡No ensucien el agua metiendo las manos sucias!

—Sólo estamos tocando a ver si está caliente...

—La temperatura del agua sólo yo la puedo saber.

En la primera palangana había agua jabonosa con un preparado de polvos matapulgas. En la segunda, agua pura, y en la tercera, agua de hojas de eucalipto aromático, más un chorrito de agua de colonia 4711.

En el baño colaboraba toda la servidumbre y parte de los sobrinos mayores.

— ¡Fuera, fuera los chicos, aún no tienen edad para estas cosas!

Los menores apenas se atrevían a meter furtivamente las puntas de los dedos en el agua y a mirar con envidia los afanes de los otros, rabiando por no tener más edad para manosear a los gatos. Al contacto con el líquido, los gatos se enfurecían y clavaban sus afilados colmillos en lo que se les pusiera por delante. Menos mal que no podían valerse de sus afiladas garras porque estaban resguardadas con guantes hechos de piel de conejo, que tía Clarita les había mandado a hacer a la medida.

A primera vista parecía imposible que los siete gatos pudieran caber en la palangana, pero una vez en contacto con el agua, la piel se reducía a su mínima expresión. Los gatos se metamorfoseaban en repugnantes anguilas que se retorcían como si bailaran una danza extraña, llena de movimientos diabólicos, impulsados por un látigo invisible.

— ¡Miauuuu, miauuu, grrr!

— ¡Qué alboroto! ¡Chillan como condenados!

— ¡No digas así, se van a enojar más!

Iban pasando sucesivamente de una palangana a la otra, dando en todas el mismo espectáculo repugnante de un lavado de tripas que se retorcieran fuera del estómago. Acicateados por mil manos que gozaban en tocarles,

todo era confusión. A cada persona se le había asignado su respectivo gato, pero una vez dentro del agua, todos eran uno. Las manos se cogían entre sí provocando la algazara y la risa. Tía Clarita no se hacía cargo de ningún gato porque ayudaba a todas, iba y venía y supervigilaba la complicada Operación, pues muchas veces, mientras las manos se cogían debajo del agua, uno de los gatos aprovechaba el instante de descuido para escaparse, y la tía debía estar pronta a cogerlo.

— ¡Se escapa Gabriel, se escapa!

— ¡No, yo estoy aquí con mi gato!

— ¡No digo tú, sino Gabriel gato!

— ¡Gabriel gato está conmigo!

— ¡No, tú tienes a Teresa!

— ¡No es Teresa, es Lola, mírale el parche!

— ¡Ayyy! ¡Bruna me ha mordido!

— ¿Cuál de las dos Brunas?

— ¡Se ha aflojado la pata de Juanito!

— ¡Ten Cuidado! ¡No te tires de la cola!

Los aullidos espantosos de los gatos llenaban todos los espacios del patio subiendo hasta el tejado, como si pidieran auxilio a todos los felinos del mundo. El ambiente se llenaba de vapores raros y almizclados que excitaban los ánimos. Los sobrinos se olvidaban de los gatos para buscarse las manos y pellizcarse Todo era confusión y algarabía. Todos terminaban mojados riéndose a carcajadas. El estúpido pescado de la pila alargaba el cuerpo para ver mejor la operación y más tarde el “Manenken Pis”, se moriría de pena al ver la decadencia en que iba quedando el baño de los gatos porque éstos morían, los sobrinos crecían y tía Clarita envejecía lentamente y se iba olvidando de los felices días jueves.

El patio entero quedaba salpicado de agua, los duendes se retiraban de los tejados y todo el mundo quedaba contento.

— ¡Huy, qué lindo estuvo!

— ¡Mejor que otras veces, ah?

Una vez fuera del agua los gatos eran depositados en sendas toallas con las que se les restregaba de abajo hacia arriba. Tía Clarita subida en el alero del tejado, agarraba tres o cuatro rayos de sol y los enderezaba hacia el patio para que se secara más pronto la piel de los felinos Y no cogieran resfrío. Luego se les peinaba y cepillaba. Cuando estaban completamente secos y con su apariencia esponjosa de siempre, se les ponía cintas de raso amarillas, verdes o rosadas atadas al pescuezo con dos lazos. Durante la Cuaresma, y a instancias de tía Catalina, los gatos llevaban cinta de color morado.

Había gatos grises y gatos negros, eran toda una gama de luto en movimiento. Se trataba más bien de animales estúpidos, sin pizca de inteligencia y sin otra gracia que la de su piel y la de sus ojos

profundamente verdes y brillantes, como ventanas iluminadas por las cuales se traslucía la perfidia.

— ¡Tía Clarita, Juan me ha arañado de pura gana!

— ¿Cuál Juan, hijita...?

— ¿Cuál va a ser? ¡El de siempre!

Durante el día y a la luz del sol las pupilas de los ojos se alargaban como granos de trigo y en la oscuridad se hacían redondas y mínimas porque aumentaba la potencia de la luz y el alcance de la mirada.

Escondían entre la pelambre rayos de descargas eléctricas. Eran misteriosos por su estudiada hipocresía Y por su andar felino, deslizándose por el suelo como si fueran tanteando el terreno por el que debían andar. Se dejaban acariciar por los niños, pero siempre encontraban el momento oportuno para hincarles las uñas en la piel de los brazos y de las piernas, dejándoles huellas dolientes por las que transitaba el asombro y el ardor.

— ¡Ayyy, Lola me ha arañado la pierna!

— Es que tú le molestas, hijito.

— ¡No tía, estábamos jugando y de repente...

Solían acercarse rozándose en las piernas buscando una caricia, y cuando la conseguían y las manos estaban hundidas aún en la piel, daban el zarpazo y se alejaban aullando como si los dueños de las garras fueran los niños y no ellos.

— ¿Qué pasa con mis gatos?

— Que nos arañaron de pura gana.

— ¡Eso no puede ser...! de pura gana.

— ¡Palabra de honor tía Clarita!

— ¿Por qué son malos con los pobres animalitos de Dios que no les hacen nada, ah?

— ¡No es verdad, tía Clarita!

— ¿Por qué les pegan, ah?

Los gatos eran como las mujeres que salían a la calle buscando la palabra que sustituyera a la acción de los hombres, el piropo que les hacía falta para redondear su soledad o su deseo, la mirada que se enroscaba al talle como un abrazo, y cuando lo conseguían, se alejaban taconeando y poniendo el alma en las caderas y el grito de una forzada protesta en las nubes. Hacían aspavientos de una honorabilidad que les pesaba en cierta parte del cuerpo, y no se atrevían a despojarse de ella por los convencionalismos en que se asfixiaban, mientras los pobres seres masculinos se quedaban con la boca abierta y sin saber qué partido tomar.

— ¡Lo que son las mujeres!

Los gatos eran como ellas, como esas mujeres coquetas, cobardes, hambrientas y necesitadas de dar algo parecido a un mal paso, pero sin las

consecuencias, ni los comentarios, ni el qué dirán de las gentes de la ciudad.

Tía Clarita tenía una revista vieja con unas fotos de la ciudad de Bubastis. Bubastis era el lugar donde los antiguos egipcios conservaban a los gatos embalsamados cuando habían dejado de sentir las brisas del Nilo. Sentía por los egipcios una gran admiración porque habían adorado a los gatos. Los sobrinos llamaban “bubasti” a cualquier lugar donde estuviera enterrado un gato. Sabían muchas cosas referentes a todos los felinos del mundo, de las mangostas y de los hurones. Gracias a tía Clarita se enteraron más pronto que los adultos que el mundo no se reducía sólo a la ciudad dormida sino que también había otros lugares y que estos lugares eran: Bubastis, París, El Paraíso Terrenal, Egipto, la ciudad de Ur de Caldea y la Madre Patria que era como una mujer muy grande que ponía tierra en los mares y los hacía habitables.

— ¡Quién es la Madre Patria?

— La que nos dio el idioma, la religión y las costumbres.

— ¿Cómo es la Madre Patria?

— ¡Ah, grande y magnífica!

— ¿Dónde está?

— Al otro lado de los mares.

— ¿Y por qué se fue para allá?

Después de que los gatos hablan olvidado la impresión del baño, tía Clarita les lavaba los dientes con unos cepillos finísimos. Los gatos se dejaban hacer y los sobrinos aprovechaban para meter allí sus narices. Los dientes blancos y puntiagudos eran pequeños, seis incisivos arriba y seis abajo; contrastaban con los caninos de los lados que eran mucho más desarrollados y parecían puñales. Al fondo estaban tres muelas afiladas y triangulares a cada lado, las que encajaban en las depresiones correspondientes de las de abajo formando un sistema mucho más práctico que el de la máquina de moler carne que continuamente se atascaba y había que darle marcha atrás a la manivela.

Cansada de tanto trabajo con sus gatos tía Clarita se iba a recostar en su cuarto, lo cual aprovechaban los sobrinos para coger a los gatos y mojarles las patas para que caminaran por el largo corredor dejando sus huellas por el piso. Las huellas eran una mancha redonda rodeada por otras manchitas alrededor. Era un juego peligroso porque los gatos terminaban enfureciéndose y repartiendo arañazos a todo el mundo. Cuando el corredor estaba lleno de manchitas, los niños se entretenían en escupir en el suelo y en llenar los espacios vacíos con otras manchitas que hacían con la punta de los dedos. Era el crucigrama de los jueves por la tarde. Pero a esta altura ya estaban cansados, ya no reían con ganas, se habían agotado en las emociones anteriores y esperaban de mala gana a que tía Catalina les llamara a sus habitaciones para rezar el rosario

— ¡Se acabó el recreo! ¡Arriba! ¡A rezar el rosario de las animas del Purgatorio!

— ¡Déjanos un rato más!

— ¡De ninguna manera ya han tenido mucho tiempo de libertad! ¡Arriba!

Los niños inclinaban la cabeza y empezaban a subir arrastrando los pies. Rezar el rosario era la única nota melancólica y oscura de los días jueves.

XXXI

Bruna gusto comprobar siempre las cosas que se decían, porque en un mundo tan artificial, no sabía a qué atenerse. Un día quiso saber si en realidad era cierto que los gatos tenían siete vidas. Tía Clarita estaba fuera de casa, había salido a ver qué había de nuevo por los almacenes de la ciudad. Bruna se aburría, ya no estaba ni siquiera el joven secretario con el cual podía pasar el rato. Tía Catalina trabajaba en la salvación de su alma y Mama Chana estaba en la huerta recosiendo ropa.

Un día, Bruna cogió a Lola por el pescuezo y sin pensarlo dos veces la tiró al patio. Lola hizo girar su larga cola en el aire, como si fuera un timón —antes de tocar el suelo ya se sabía que iba a aterrizar correctamente— estiró las patas, rebotó un poco en las piedras y salió corriendo y aullando... En realidad los gatos tenían siete vidas, la que vivía en el tejado también se lanzaba desde arriba y caía corno si tal cosa.

Pero ese día, uno de ellos, cogido tal vez desprevenido, o porque en realidad se había cumplido el término de las siete vidas, no hizo girar la cola en el aire, al ser tirado por Bruna y cayo pesadamente en el patio, tal como si desde el segundo piso se hubiera tirado un chal de lana empapado de sangre... El gato se estrelló contra las piedras planchonas del patio. El pescado abrió desmesuradamente los ojos: Eso era un asesinato. Se congeló el agua de la pila: lo que hacían los habitantes de la casa tenía un límite, los duendes se bajaron el sombrero hasta los ojos: eso era demasiado. El gato estaba inmóvil en las piedras, tendido boca abajo, con las cuatro patas absurdamente estiradas, como una piel vacía puesta a secarse. Tenía la cabeza abierta y ya no era gris, sino negro, por la sangre.

Bruna enloquecida corrió a la huerta y se detuvo junto al pozo donde estaba el ojo del diablo esperando las voces que debían salir de su interior. Mama Chana dejó de coser y mirándola fijamente dijo:

— ¿Qué hizo, niña Bruna, qué hizo, ah...?

— ¡Calla, calla!

En ese momento se abrió la puertecilla falsa de la gran puerta de roble y tía Clarita entró de la calle. Vio el gato empapado en su sangre, entendió que no era una muerte casual, porque aquel era Tomasito el más inteligente. Y quiso retroceder al ver cómo los colmillos del gato, salían de su hocico, se

agrandaban y venían volando amenazadoramente hacia ella. Quiso defenderse y no pudo. Los colmillos le atravesaron la ropa y se le clavaron en la mitad del pecho, debajo de la cruz de Caravaca que llevaba siempre contra el mal de ojo, y allí se quedaron prendidos en su carne pugnando todavía por ir más adentro.

Tía Clarita lloró a su gato. Tío Francisco —que aún vivía— ni siquiera se dio por enterado, pese a que le contaron varias veces.

— ¡Mira lo que ha hecho Bruna!

— ¿Qué...?

— ¡Mato a Tomasito!

— Sí. Bueno... a Tomasito...

— ¡Pero Francisco!

— ¿Queé...?

— ¡Un asesinato!

— SÍ... Un asesinato...

En cambio, tía Catalina apenas se enteró de lo que había pasado, salió como una tromba de sus oficinas privadas y sorprendió a los sobrinos cuando estos se retiraban a su casa en puntillas y cabizbajos. Enfurecida les hizo volver y cogiendo un buen puñado de la arena de donde los gatos debían hacer sus necesidades y nunca las hacían, la regó por el corredor. Hizo arrodillar sobre la arena a todos los sobrinos y les hizo rezar el rosario de las ánimas que era el más largo de todos los rosarios.

— ¡Guambras pecatamundi, malvados! ¡Esto es un crimen! ¡Un crimen! ¡Han pecado mortalmente contra el quinto mandamiento! ¿Quién fue?

Los ojos de todos se fueron contra Bruna.

— ¡Criatura del demonio! ¡Asesina! ¡Vas a terminar tras rejas! ¡Deberías estar con las monjas del Buen Pastor!

Bruna de rodillas ante el juez implacable de su conciencia y la mirada penetrante de tía Catalina, pugnaba por acomodarse sobre las piedrecillas que taladraban el delgado forro de la rótula. Saboreaba el dolor físico como si estuviera chupando un caramelo de limón mal elaborado, amargo y agrio a la vez, que no se atrevía a escupir por la curiosidad de demostrarse a sí misma que era capaz de resistirlo en la boca hasta el final. Caminaba desolada por los caminos de la conciencia. Iba y venía de la culpa a la expiación. La muerte del gato y las arenas sobre las cuales estaba arrodillada tenían un sabor desconocido y semiagradable: era la primera experiencia del masoquismo, porque así equilibraba el dolor con la culpa. Más que sus rodillas, le dolía el dolor que había causado, sin proponérselo a tía Clarita, a quien tenía gran cariño y con la cual guardaba cierta afinidad espiritual. Pero pensaba también en la inutilidad de saldar una deuda con un acto del que nadie se aprovechaba, porque la humillación y el dolor físico de estar arrodillada, caían en el vacío, y todo eso no compensaba la satisfacción que estaba experimentando tía Catalina a quien no le importaba el gato, ni el dolor de la tía Clarita, sino sólo su desmedido afán

de moralismo. Lo que ella sentía dentro de sí era algo imponderable, que no tenía relación con el ridículo castigo a que estaba sometida. Tía Catalina escupía las eses del “ora pronobis” y su hermana estaba muda como una estatua de piedra, sintiendo dentro de ella los colmillos que buscaban una posición cómoda para quedarse a vivir allí dentro eternamente.

Bruna estaba convencida de que el diablo, los duendes y los fantasmas —s1 existían en alguna parte del mundo— debían estar en la casa de los tíos. Temía que la locura fuera una enfermedad contagiosa, a más de hereditaria, y que, caminando por la sangre, tuviera como los seres vivos un término de existencia, al cabo del cual saliera a la superficie para posesionarse de las acciones y a adueñarse de las mentes, entrando en el oscuro mecanismo de las alucinaciones y de las maldades. Por primera vez temió llevar el apellido Catovil y le dolió frecuentar la casa de los tíos.

El entierro del gato fue inolvidable; era el primer ejemplar de los angoras que había muerto asesinado, ya que todos los otros murieron de viejos. Volvieron a surgir los recuerdos de Bubastis y a hablarse de las momias y de los egipcios. El gato fue lavado y perfumado. Se buscó una caja de cartón y se la forró de raso. Se hizo una pequeña y graciosa almohadita sobre la cual instalaron la despedazada cabeza. Se cerró cuidadosamente la caja. Se cayó un hoyo bastante hondo en la huerta. Se apisonó la tierra sobre el muerto y se adornó con flores el lugar, que era un sitio apartado, por donde nadie pasaba. Finalmente se desprendió a un Cristo de su cruz, se guardó al Cristo en el fondo de una gaveta y la cruz desnuda y solitaria quedó dando sombra a la tumba del gato.

— ¡Se acabó! Como todo el mundo...

— ¿Verdad que nos has perdonado, tía Clarita, ah?

— Sí, hijos, sí.

— ¿También a Bruna, ah?

— También.

Después de este incidente, los gatos y los sobrinos zanjaron el problema con una muralla de indiferencia. Los sobrinos siguieron asistiendo al baño de los gatos, pero guardando una distancia que cada vez se hacía mayor, hasta que la distancia se hizo de metros y luego de una casa a la otra. Los gatos dejaron de restregarse contra las piernas de los niños. Ya no les interesaban sus caricias, ni tampoco buscaban el momento de arañarles, sólo espiaban desde lejos. El brillo de los ojos era más intenso y una especie de odio les salía por las bibirzas.

Luego de un tiempo prudencial, más o menos el tiempo que duró el luto, tía Clarita perdonó oficialmente a los sobrinos. Pero entre ella y Bruna, su sobrina predilecta, quedó una cortina de tristeza que no se corrió nunca. Desde entonces evitaron mirarse al fondo de los ojos, y cuando se cogían las manos, nada de la una se trasmitía a la otra. Entre las dos estaba el gato con la cabeza partida y les era muy difícil comunicarse.

Tía Clarita fue haciéndose vieja: se olvidaba de hacerse los rizos por la noche, dejaba pasar largas temporadas sin salir a la calle, dejó de pintarse el pelo, se olvidó de la mascarilla para las arrugas. Al terminarse la

suscripción de la revista “Au Bon Marché” no volvió a renovarla, dejó de regar los geranios y de alimentar a los canarios, y cuando se le rompieron los últimos pares de medias de seda, comprobó que las de algodón duraban más y daban más calor y empezó a usarlas. Toleró la soledad con una tristeza que se parecía a la resignación y llegó a buscar la compañía de la única persona que vivía en la casa con ella y que era Mama Chana, quien la vigilaba desde el fondo de sus oscuros pensamientos y de los planes que desde hacía años había forjado.

También Bruna iba sintiéndose sola porque había crecido Y la casa de los tíos le parecía reducida. El círculo de tía Clarita estaba cerrado con sus recuerdos y su mínima figura encogida. El círculo de Bruna había escalado los tejados y se proyectaba más allá de las montañas.

XXXII

Tía Clarita sobrevivió a sus hermanas, a muchos de los sobrinos, a los gatos y a los geranios que otrora cuidara. Se quedó sola en la vieja casona y cuando los años empezaron a cargar sobre sus espaldas, y sobre todo sobre sus riñones, se vio obligada a levantar por las noches más de lo debido, atravesar el corredor rumbo al cuarto de baño, apartando con sus manos las

tinieblas y tropezando con los fantasmas que jugaban por los suelos reñidas competencias de macateta o de rayuela.

— ¡Dejen pasar! ¡Dejen pasar!

— Pase no más...

— Pero si se meten en todas partes.

Consideró que tenía derecho a una mínima comodidad e hizo lo de la montaña y Mahoma, haciendo que el baño fuera donde ella, y no ella al cuarto de baño. Instaló una bañera en su propio dormitorio que era el único lugar vivible de la casa. Quitó la cama que estaba por demás para su insomnio, la arrinconó en el lugar donde estaba la sirenita con las doscientas cuarenta y cinco espadas de los defensores de la fe. Instaló la bañera al pie de la ventana, donde caían los rayos de sol de la montaña. La hizo forrar con una alegre cretona cosida en graciosos festones entre los cuales se veían casitas de techos rojos, con chimeneas humeantes y árboles a los respectivos lados. Por dentro, la bañera estaba forrada de la misma tela. Tenía un colchón ovalado, sábanas y frazadas que se sacudían y arreglaban todas las mañanas como si se tratara de una cama común y corriente.

— ¡Tía Clarita! Esto es una cama o una tina, ¿ah?

— Esta es mi cama.

— ...Y aquí vas a dormir?

— Sí, hijo, sí.

— Bueno, de aquí no te vas a caer nunca...

Cuando le venía la necesidad de levantarse por las noches, solucionaba el legítimo deseo de su organismo levantando el colchón y quitando la tapa del desagije. Después de algunas maniobras, en las que a veces perdía el equilibrio, lograba la posición correcta y hacía lo que quería... Luego abría la llave del agua, cuyo chorro encajaba más directo en el hoyo del desagiie y quedaba en paz. Después esparcía por la habitación y por las partes húmedas de la cama un poco de agua de colonia 4711, buscaba la mejor posición en la cama-bañera y se sumía en el mundo de las cosas fáciles y sencillas: en el coche-tina iba a Paris, tomaba champán en un café de los Campos Elíseos acompañada de algunos de esos antiguos pretendientes.

— ¡Qué tarde luminosa! ¡Qué brisa tan suave!

— Más suaves son tus manos, querida Clarita...

Bañaba a los gatos bajo el sol tibio de la tarde y los perfumaba.

— ¡Pásame el agua de colonia!

— ¡Hummm, qué bien huele Tomasito!

Escuchaba las poesías que había escrito para ella su hermano Francisco.

Tía Clarita sobrevivió a sus hermanas, a muchos de los sobrinos, a los gatos y a los geranios que otrora cuidara. Se quedó sola en la vieja casona y cuando los años empezaron a cargar sobre sus espaldas, y sobre todo sobre

sus riñones, se vio obligada a levantar por las noches más de lo debido, atravesar el corredor rumbo al cuarto de baño, apartando con sus manos las tinieblas y tropezando con los fantasmas que jugaban por los suelos reñidas competencias de macateta o de rayuela.

— ¡Dejen pasar! ¡Dejen pasar!

— Pase no más...

— Pero si se meten en todas partes.

Consideró que tenía derecho a una mínima comodidad e hizo lo de la montaña y Mahoma, haciendo que el baño fuera donde ella, y no ella al cuarto de baño. Instaló una bañera en su propio dormitorio que era el único lugar vivible de la casa. Quitó la cama que estaba por demás para su insomnio, la arrinconó en el lugar donde estaba la sirenita con las doscientas cuarenta y cinco espadas de los defensores de la fe. Instaló la bañera al pie de la ventana, donde caían los rayos de sol de la montaña. La hizo forrar con una alegre cretona cosida en graciosos festones entre los cuales se veían casitas de techos rojos, con chimeneas humeantes y árboles a los respectivos lados. Por dentro, la bañera estaba forrada de la misma tela. Tenía un colchón ovalado, sábanas y frazadas que se sacudían y arreglaban todas las mañanas como si se tratara de una cama común y corriente.

— ¡Tía Clarita! Esto es una cama o una tina, ¿ah?

— Esta es mi cama.

— ...Y aquí vas a dormir?

— Sí, hijo, sí.

— Bueno, de aquí no te vas a caer nunca...

Cuando le venía la necesidad de levantarse por las noches, solucionaba el legítimo deseo de su organismo levantando el colchón y quitando la tapa del desagüe. Después de algunas maniobras, en las que a veces perdía el equilibrio, lograba la posición correcta y hacía lo que quería... Luego abría la llave del agua, cuyo chorro encajaba más directo en el hoyo del desagüe y quedaba en paz. Después esparcía por la habitación y por las partes húmedas de la cama un poco de agua de colonia 4711, buscaba la mejor posición en la cama-bañera y se sumía en el mundo de las cosas fáciles y sencillas: en el coche-tina iba a Paris, tomaba champán en un café de los Campos Elíseos acompañada de algunos de esos antiguos pretendientes.

— ¡Qué tarde luminosa! ¡Qué brisa tan suave!

— Más suaves son tus manos, querida Clarita...

Bañaba a los gatos bajo el sol tibio de la tarde y los perfumaba.

— ¡Pásame el agua de colonia!

— ¡Hummm, qué bien huele Tomasito!

Escuchaba las poesías que había escrito para ella su hermano Francisco.

— Es que, los pobrecitos...

Mama Chana tuvo cinco hijos que no nacieron como todos los mortales; venían vestidos de monaguillos. Su padre fue el sacristán de la parroquia, el que le proporcionaba a Mama Chana los pétalos de rosa para las ensaladas de tía Catalina. Es posible que uno de ellos fuera tal vez hijo del tío Francisco: una mañana, sin saber cómo, ni cuándo, amaneció en el cuarto de Mama Chana, sin haberlo pensado, querido, ni entendido.

— ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? ¡Socorro! ¡Me han raptado! ¡Me han robado mis cajitas!

— ¡Calle, por Dios, calle don Francisco!

— ¡Ah... eres la Chana...

— ¡Si, y usted está en mi cama!

— ¡Quéeee...!

Tal vez Mama Chana le amarró con los cordones de los zapatos de San Ambrosio, y las cuerdas apretaron tanto, que logró reducirlo de tamaño, y pudo meterlo dentro de una cauta de fósforos, y lo guardó en el fondo del bolsillo de Su viejo delantal hasta que sonaron las doce de la noche: hora de los encantamientos y de las brujerías.

Nadie ignoraba que Mama Chana era medio bruja y medio curandera. Había pactado con el diablo —no el precio de su alma— sino el valor de unos quintales de maíz. Con el importe de eso compró unas varas de tierra en las que volvió a sembrar maíz, cuando llegó la cosecha, vendió el maíz y saldó la deuda.

Mama Chana vivió más de cien años, metiéndose en las historias de la familia y enredándola a su antojo. A pesar de sus embustes, Bruna la quiso porque le abrió las puertas del pasado y porque de sus labios las historias se descolgaban deteniendo el paso del tiempo y dando vida a los muertos.

Cuando Mama Chana se cansó de la vida, dio a conocer a sus hijos y a sus nietos el documento firmado por el tío Francisco en el amargo trance de la muerte, aquel documento por el cual reconocía como hijos propios a los hijos de Mama Chana. El documento estaba tan embrollado y tan diabólicamente escrito, que las letras saltaban por el papel y se juntaban a su antojo, haciendo que cada persona que leyera el documento, lo interpretara como le diera la gana. Además estaba escrito con palabras extrañas y signos desconocidos. Los Catovil eran inútiles para pelear y dejaron que la menguada fortuna de María Illacatu pasara a manos de los nietos de Mama Chana.

— ¡Es un documento ilegal, completamente ilegal!

— ¡Pero aquí está su firma!

— ¡La firma es diferente a las otras firmas!

— ¡Es porque es la firma de un moribundo!

— ¡Los moribundos no firman!

— El lo firmó, y con testigos!

— ¿Dónde están los testigos?

— ¡En la tumba, pues!

Tía Clarita pasó los últimos años de su vida entre desconocidos que se empeñaban en llamarle tía.

— ¡Y no me digan tía, no soy nada para ustedes!

Era evidente que estos no eran Catovil, no tenían la alocada sangre de los sobrinos, menos aún la de los antecesores.

Desentonaban en la casa y en la ciudad dormida. Debían ser los descendientes del Rey Midas. Siempre que compraban la lotería, se sacaban el premio gordo, por lo cual hubo que establecer algunas regulaciones en la venta de lotería.

— ¡Lotería!

— ¿No compran los Chanos...?

— No. No compran, la Junta lo ha prohibido...

— Entonces, dame un huachito.

Una vez, uno de ellos escarbando la tierra con un palito, mientras hacía lo que hacían los indios de la hacienda de María 23 —y porque tía Clarita había prohibido que los advenedizos usaran lo que quedó de su baño— encontró un pedazo de cuero debajo de la tierra. Siguió escarbando con otro palito, porque el primero se había partido, y encontró la tapa de un baúl de cuero negro. Abrió el baúl con otro palito, y vio que estaba lleno hasta los topes de monedas de oro puro... Se trataba del baúl que costó la vida a tío Panchito, con los meses y meses de preparativos y con la desilusión de encontrarlo y de ver cómo el baúl salía andando y se escapaba ante los asombrados ojos de los desenterradores de tesoros...

Y así siguieron los descendientes de Mama Chana, a quienes todos llamaban los Chanos, amontonando y amontonando tesoros. Se casaban con mujeres ricas, de las cuales quedaban viudos al día siguiente de la boda y listos y aptos para volverse a casar con otras mujeres ricas. Comprando cosas inservibles que resultaban tesoros. Extendiendo la mano para ver si llovía, y cayéndoles en la palma extendida gotas de oro. Prestando dinero a interés, sin sentir vergiienza, y con la venia y estimación de los habitantes de la ciudad dormida, que estaban de su lado por conveniencia, más que por convencimiento. Los Chanos eran temidos, pero no queridos. La exhibición de su riqueza era descarada, pasaban pisoteando el remiendo, mofándose del hambre, levantando la nariz ante la miseria.

Tenían una oscura ferretería que era como la cueva de los Cuarenta ladrones de Aladino. En ella había clavos, pastillas para el soroche, tachuelas, zapatos usados, herramientas, mantecas y sebos, tornillos, colorantes. La gente decía con envidia:

— Los Chanos tienen ojo para los negocios

— ¡Y, claro! ¡Cómo no van a tener si sólo viven para eso! ¿Ha visto usted a un Jesucristo, Aristóteles, Cristóbal Colón, Beethoven, metidos en una ferretería, ah? respondía dolido algún miembro de los Catovil que hacía vanos esfuerzos para sobrevivir, evadiendo de lado la pobreza.

La abundancia de los Chanos era ofensiva, salida de madre, desaforada. Para colmo, se había peleado con el buen gusto y la sobriedad, eran de los que ponían tres lámparas seguidas en el techo, varios floreros en la misma mesa, enormes chapas doradas en las puertas que decían desde lejos:

— Aquí vivimos nosotros y no otros.

Usaban un reloj de oro con leontina, y otro de platino, en la muñeca. Los Chanos se cargaban de brillantes y rubíes creyéndose vitrinas de joyería y para estar metidos, no más, en la ferretería.

— ¡Huy, cómo brillan los Chanes!

— ¡Aparténse los que no tienen donde Dios les llueva!

— Me faltan dos centavos para completar la compra...

— Entonces, ¡no le vendo!

— ¡Sólo dos centavos!

— Como si fueran dos mil...

— ¡Los nuevos ricos de m...

— ¡A un lado los que viven a media ración!

— Estoy enfermo, me hacen falta las pastillas... No tengo dinero... ¿Le puedo pagar mañana?

— Entonces, compre mañana.

— ¡Los macanudos! ¡La plétora! ¡Los fabulosos!

— Los pobres... Los que viven de prestado... Los pequeños...

XXXIII

Bruna pasaba el tiempo, se entretenía, se aburría y hacía de todo un poco con las chicas de su edad que vivían encandiladas bajo la luz de sus convicciones, las que nunca se habían atrevido a ponerlas en tela de juicio por temor de que un rayo de luz les cayera del cielo y castigara la osadía de atreverse a pensar por sí mismas. Seguían creyendo que comer aguacate con azúcar era pecado mortal, pero les era imposible explicar el por qué.

— ¡Comamos un pedacito, a ver qué pasa...!

— A lo mejor no pasa nada, pero cometemos un pecado mortal.

— Pero algo debe pasar para que sea pecado... algo debe sentirse... algo debe pasar...

— ¡Comamos un pedacito!

— Comer un pedacito no es chiste. Te pareces a Eva en el paraíso terrenal.

—-¡Y, mira las consecuencias...!

Organizaban con frecuencia bailes y paseos donde se cantaban canciones cuyas letras tenían significados repugnantes, que ellas las repetían sin que nadie les dijera nada porque se habían cantado hacía años y tampoco antes hablan sido vetadas. Los bailes entre mujeres eran sencillamente horribles.

— ¡Vamos a hacer una fiesta con chicos!

— ¡No, con chicos, no! ¡Qué van a decir mis padres!

—No hay por qué contarles que es con chicos...

A veces, Bruna se dejaba llevar por una compañera de baile y entre una vuelta y otra, experimentaba un creciente malestar cuando le rozaban el cuerpo, pero como se decía tanto de las otras cosas, y de esto nada, ella trataba de sobreponerse.

— ¡Mira cómo se divierten sanamente!

— Mientras lo hagan en esa forma, no hay peligro.

Se miraba como la cosa más natural del mundo la forma cómo las chicas se acariciaban los cabellos, y se tenían cogidas las manos trasmitiéndose sudor y sensaciones.

Sin saber cómo ni cuándo una ráfaga de lo que estaba pasando al otro lado de las montañas, se había introducido en la ciudad dormida. Los mayores estaban preocupadísimos porque veían en peligro los principios en que habían educado a sus hijos y consideraban que la estabilidad de sus casas estaba un poco en movimiento, no podían entender cómo la nueva generación podía encontrar halago en bailar al son de músicas tan estridentes y dislocadas.

— ¡Esto no es música, son ruidos de la selva!

— ¡La juventud está perdida!

En la ciudad comenzaba a ser denigrante el no entrar en la moda. La juventud sufría un verdadero caos mental entre sus acciones y sus deseos. La modernidad era un tira y afloja lleno de contradicciones, sin ninguna base sobre la cual realizar lo que hacían. Eran inocentes víctimas del soroche, pero tenían verdadero pavor de aparecer anticuados. El término “anticuado” iba haciéndose sinónimo de inmoral hasta para los viejos, quienes a fuerza de oírlo empezaban a sentirse incómodos y a darse cuenta de que la ciudad dormida era el último reducto de un mundo que, por añadidura, era redondo.

Ya no se hacían viajes sobre el lomo de las mulas sino en trenes y aun volando por encima de las casas y de los caminos. Gracias a esto, las comunicaciones eran más rápidas y llegaban con asiduidad paquetes de revistas que eran devoradas por los ojos ávidos de ver más cosas. En las salas de las casas de las personas que tenían medios, se había dispuesto una mesa para colocar la radio y la familia entera se congregaba a oír y a comentar c era que la voz tras pasaba las paredes...

Todo esto sucedió tan de repente que nadie se hizo cargo de iniciar a nadie en lo que se estaba viviendo. La juventud hizo su mundo caótico, sin bases; los viejos se hicieron cruces y se encerraron en sus conchas, y las pocas

gentes que tenían una mentalidad como la de Bruna, crecieron en un delicioso escepticismo.

La gente fue cine. Se conocieron algunos conatos feministas y también llegaron noticias del deporte. Se puso de gran moda el viejo y estúpido adagio de “mente sana en cuerpo sano”. Las mujeres empezaron a frecuentar las piscinas para liberarse de ciertos tejidos adiposos, aunque sin atreverse a usar todavía los vestidos de baño indecentes que se veían en las revistas. En el colegio de Bruna se construyó una piscina por lo de mente sana y las chicas se bañaban con unos horribles camisones de color azul que les llegaban a los tobillos. Al meterse en el agua para nadar, muchas lo graban mantenerse a flote y al contacto con el agua, los tremendos camisones hacían las veces de campanas de aire y se subían hasta el cuello, quedando el cuerpo desnudo como un pistillo de una flor gigantesca, por lo cual quedó terminantemente prohibido el zambullirse...

Cuando se fue la bailarina polaca de la mano del hermano de Bruna, para no volver nunca más a la ciudad, le dijo a Bruna, a modo de despedida y para contener las lágrimas que estaban a punto de escaparse de los ojos de ambas:

— Allí te dejo un regalo para ti y para tus amigas...

— ¡No te vayas!

— Nos vamos a morir si nos quedamos...

Para mitigar su pena y para no echarse a llorar como una niña a quien le quitan un juguete, abrió el paquete Y la sorpresa le hizo sonreír: ¡eran ropas de baño! Repartió los vestidos entre las chicas.

— Toma.

— ¿Qué es?

—- Un regalo de Milka.

— ¿Para mí...?

— SÍ.

— ¡Qué raro que Milka me dé un regalo si no me conoce...

El día del baño en la piscina, Bruna se quedó en su casa porque no tenía ganas de nada. La cortísima visita de sus hermanos le había dejado confundida y aniquilada. ¿Tan diferentes eran los seres de otros lados que, ni siquiera descansaban de las fatigas del viaje y salían huyendo a otros sitios...?

Las chicas se arreglaron para ir a escondidas a la piscina, porque de lo contrario no podrían hacer honores al regalo de Milka. Se lanzaron al agua entre la mojigata gritería y la satisfacción de tener la audacia de ser las pioneras de una moda que algún día se haría general.

Una vez dentro de la piscina, los vestidos desaparecieron como por arte de magia... Bruna, sin saber, les había jugado una pasada. Los vestidos de baño eran de un material soluble, al contacto con el agua, desaparecieron...

La bailarina polaca sabía escoger regalos como para las chicas de la ciudad dormida.

Y la ciudad seguiría dormida hasta que se inventaran unos ventiladores gigantescos que alejaran hacia las selvas el aire que traía las misteriosas ráfagas del soroche. El soroche se metió en la piscina y cubrió el cuerpo de las chicas y las chicas permanecieron en el agua cerca de dos días, rezando esperanzadas para que un ángel bajara del cielo con toallas que cubrieran sus cuerpos ateridos y desnudos.

— ¿Quién sale primero y nos pasa las toallas...?

— ¡Yo no!

— ¡Yo, tampoco!

— ¡Yo, peor!

— ¡Nos vamos a morir!

— ¡Dios, haz un milagro!

Sus ruegos no fueron escuchados. Permanecieron en el agua helada dos días enteros, amoratadas de frío. Ante la desnudez absoluta de sus cuerpos se quedaron allí permaneciendo abrazadas entre ellas para entrar en calor, como un pulpo gigantesco que se moría de frío y de consternación. Ni siquiera en la oscuridad de la noche se atrevieron a salir por el temor de verse mutuamente desnudas y por el horror de sentirse miradas en ciertas partes del cuerpo.

La piscina estaba en un sitio alejado donde nadie podía escuchar los gritos de auxilio. Por otro lado, los gritos no eran muy convincentes porque —llegado el caso de que alguien se presentara— ellas no podían encontrar las palabras para explicar el por qué estaban desnudas. ¿Quién podría creerles que se habían metido al agua vestidas y ya no lo estaban? A ratos, ellas mismas se creían culpables por haber hecho acto reñido con la moral inculcada. Transidas de terror y espanto esperaban que la muerte les llegara, y si les llegaba, ¿qué iban a decir la gente que les encontrara en ese estado?

— ¿Qué hacemos?

— Esperar la muerte.

— ¿Así, desnudas...?

— ¡Salgamos en fila!

— ¡Yo, no voy primera!

— ¡Yo, tampoco!

— ¡Yo, peor!

Intervino por fin la policía. Todos las buscaban y nadie las encontraba. Alguien paso por el lugar y al fin las vio. Aún así, se negaron a salir si antes no les daban primero la ropa. Casi congeladas se vistieron dentro del agua... y salieron chorreando en brazos de sus salvadores.

Cuando Bruna se enteró del suceso, se mordió los labios hasta hacerse sangre. La distancia entre ellas, sus amigas, era ya insalvable.

— ¡Tú les diste esos vestidos diabólicos!

— Yo no sabía…

— ¡Sólo tú eres capaz de esas cosas!

El asunto fue duramente criticado. Volvió a escribirse en la fachada de la casa de los Catovil una historia infame como en los tiempos en que se decían tantas cosas de Camelia Llorosa. Las chicas fueron comparadas con María Goretti y declaradas desde los púlpitos de las iglesias: mártires de la pureza.

—Estas heroicas niñas prefirieron la muerte antes que cometer un pecado de impureza…

Y la amiga a quien Bruna más quería, aquella que usaba piedrecillas en los zapatos para hacer penitencia, y no tenía nunca el genio agrio, sino la sonrisa en los labios, como si fuera una flor húmeda; aquella que miraba la vida con los ojos abiertos de sorpresa, preguntando siempre el por qué de las cosas sin entender las respuestas; aquella que andaba perdida entre tanto confusionismo, y que por eso, no hablaba nunca, porque era como un pajarillo asustado, y que era la preferida de Bruna y de todos porque ocupaba una mínima órbita llena de incógnitas, aquella, precisamente aquella, murió de pulmonía.

Bruna perdió en unas horas la labor de toda su vida. La ciudad dormida había despertado de pronto para acusarla. Las calles torcidas y sinuosas como hebras enredadas de lana, eran un hervidero de comentarios. Las iglesias de oro con sus erguidas torres, al llamar a misa repicaban su nombre con el adjetivo de asesina. Los habitantes sacudidos del soroche, le señalaban con el dedo. Los duendes, los fantasmas y las brujas que estaban relegados al olvido volvieron a gobernar las conciencias de los habitantes de la ciudad.

— ¡Pero cómo es posible si no tiene más de quince años!

— Así y todo es una asesina.

— ¡Los Catovil siempre han sido motivo de escándalo!

— ¡Lo llevan en la sangre!

Bruna decidió perderse, eliminarse de la faz de la tierra, y sin pensarlo dos veces, empezó a caminar y caminar siguiendo la misma ruta que tomó su bisabuelo el obispo de Villa-Cató. Ella sabía que, caminando un poco más de prisa, en cualquier recodo del camino, encontraría a Gabriel y a Milka, se uniría a ellos y seguiría andando por el mundo.

Cuando las fuerzas le faltaron, se detuvo a tomar aliento. Volvió sus ojos sobre la ciudad dormida y no la encontró. Subió a lo alto de una loma, la buscó por todas partes y la ciudad no estaba. Buscó las torres de las iglesias con sus puntiagudos campanarios y tampoco estaban. Volvió sobre sus pasos. Llegó al sitio donde sabía que había estado la ciudad con sus calles,

sus casas, sus habitantes, sus odios, sus hipocresías, sus pecados y no encontró nada...

Una ráfaga de viento qua tenía un olor conocido, como si nunca hubiera existido el soroche, trajo un pedazo de papel. Bruna se precipitó a cogerlo porque era el único indicio que le podía dar la pista de lo que buscaba. El papel era el pedazo de una página de la Biblia que parecía arrancado al azar y en el cual podía leerse:

—"...QUIERO IR Y VER SI SUS OBRAS IGUALAN AL RUMOR QUE HA LLEGADO A MIS OIDOS...".

Le pareció entender que era un versículo relacionado con la destrucción de Sodoma y Gomorra, dobló la cabeza abrumada por la misericordia, entendió el porqué del castigo a la ciudad y se perdió caminando en la dirección que salía el sol.

EPÍLOGO

Bruna dejó la adolescencia corno si se tratara de un vestido viejo cayéndole a pedazos, como si su cuerpo bastante desarrollado y crecido tratara de escapársele a través de la tela. Se independizó del recuerdo por necesitaba equilibrio para su vida, mediante una lucha ardua y tenaz de la que salió magullada y dolorida pero al final íntegra y contenta de sí misma. Consciente de que la vida era el supremo don que podía tener y por el cual valía la pena hacerse todas las magulladuras posibles. Si se vivía una sola y única vez era necesario sentirse plenamente ser humano, persona, mujer.

Lo consiguió cuando traspuso la ciudad y dejo de ver para siempre la niebla del soroche. Vio que a través de la mole de granito existían otros mundos. Oyó el rumor de otras latitudes en las que se sufría, gozaba, se enmudecía de espanto o de asombro y se evolucionaba a una rapidez vertiginosa.

Las torres de marfil donde había estado amurallada, en vías de convertirse en momia o en víctima del soroche, iban cayendo una tras otra. A veces bastaba un momento de pensar hondo o una noche de insomnio para escarbar los cimientos de una creencia, encontrar arena en ellos, y ver

cómo el edificio que parecía inexpugnable, se derrumbaba. Los férreos principios en que había sido educada, no eran más que caprichos de una generación caduca que se imponía para seguir dominando y agrandando la órbita personal. Sin querer ver Sus errores, sin tener la valentía de admitirlos, menos de enmendarlos.

— La autoridad de los padres está en peligro...

— La autoridad paterna no se impone, se conquista.

—A la juventud rebelde hay que dominarla.

— Si la juventud no fuera rebelde, terminaríamos con una joroba de tanto mirar el suelo...

— Los hijos quieren mandarnos...

— Los hijos quieren un lugar propio y limpio donde poder vivir.

Buscando un lugar en el mundo donde vivir, ella crecía en estatura y en peso vital, encontraba más la ratón de su ser. Al escarbar sus creencias y desecharlas encontraba que en la raíz había un fondo emotivo y nada más. Los fantasmas, las creencias, los milagros, los prejuicios se quedaron junto a los gatos de tía Clarita. Creía en lo que amaba. No podía ser juzgada por carecer de ojos sobrenaturales. Creía en un Dios que no era hecho a su medida, ni a la medida de ningún ser humano, de ninguna época, ni de ningún acontecimiento. Él era el que era...

Sabía que el inundo es grande, que los seres humanos tienen mucha más estatura de la que se ve, y que el hombre y sólo el hombre es la medida de todas las cosas... Aún tía Catalina, la pobre... debía haber mirado de otro modo los objetos y catalogarla de otra forma las circunstancias.

— ¡Nadie tuvo la culpa de nada, fue el soroche.

— Nadie enseñó a nadie la manera de vivir, porque nadie quiso aprender.

Dejó a un lado toda cobardía, y se dedicó a amar lo que la gente de la ciudad había envilecido y a enaltecer lo que hubo calumniado.

—-Un cuerpo sano y joven es más hermoso desnudo, que vestido.

—El sexo, por amor es el medio de comunicación más perfecto.

Pero vio que el mundo era un hervidero de ambiciones y lo dejó todo: trabajar y trabajar para hacerse ricos y para dejar herencias que nadie va a agradecerles, porque el “tener” como valor desaparecería un día... Ante la eterna miseria de los semejantes que nunca querían entender nada, y tergiversaban las acciones más bellas, y luego las interpretaban a su modo, hasta los actos más sutiles, había que poner una cortina de compasión: la pobre gente...

Vio que la lucha entre generaciones era un espectáculo inútil, mientras cada uno no se concretara a los límites de sus propias órbitas. ¡Era pedir peras al olmo! ¿Cómo una generación educada en y para sus mitos iba a poder enfrentarse a otra generación que salía del vientre materno con valores que nunca llegarían a ser sentidos ni comprendidos?

Los drogadictos, los sicodélicos, los rebeldes sin causa tardaron mucho tiempo en aparecer sobre la faz de la tierra...